

# ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

I N A H

S E P

DIVISION DE POSGRADOS  
POSGRADO EN ANTROPOLOGÍA FÍSICA



ENAH

**Hombres: ausentes en (el estudio de) la reproducción: una propuesta de la  
Antropología Física desde la Teoría de la Historia de la Vida**

ENSAYO

QUE COMO PARTE DE LOS REQUISITOS

PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN ANTROPOLOGÍA FÍSICA

P R E S E N T A

Fernando Said Hernández Rodríguez

Directora: Dra. María Eugenia Peña Reyes

Comité: Dra. Elsa Muñiz García

Dr. Robert M. Malina

MEXICO, D. F.

2012

**DEDICATORIA.**

**Hijo mío no te olvides de mi enseñanza,  
Y tu corazón guarde mi palabra.  
Mishle 3:1**

**Corona de los ancianos son los nietos  
Y la gloria de los hijos son sus padres  
Mishle 17:6**

**A mi Padre en todo lo alto.  
Ibarejejá Hashem  
Baruj Atá A-do-nai E-lo-he-un Melej HaOlam**

**A mi Padre en mi hogar  
A mi Padre que es Padre de mi Madre**

**A mi Madre que es todo corazón  
A mi Madre que es Madre de mi Madre que es solo calor, y a su Mamá  
Que también es la mía.**

**A la Madre de mi Padre, porque gracias a ella mi Papá es inversor  
A todos ustedes por invertir**

**A ti Pau, por toda tú, y lo que soy contigo, por la inversión que  
planeamos.**

**A mi hermano.**

### **Agradecimientos.**

Agradezco a El Shaddai por ser bienaventurado, por ser mi peña de Horeb y por la palabra que susurras diario a mis oídos *effatá*.

Gracias Dra. Maru por aventurarse conmigo a explorar nuevos lindes en la antropología física. Además por su guía, consejo y paciencia de tantos años. A usted también dedico este trabajo porque es mi Madre académica y ha invertido verdaderamente mucho.

Gracias Dr. Robert Malina. Thank you very much, I really appreciate and treasure every advice, I'm honored to meet you, I see you as the patriarch of an academic lineage I feel part of. Thank you once again for sharing your knowledge and your pupils like my teacher and mentor.

Gracias Dra. Elsa he de confesar que al inicio me hizo temblar, pero muchas gracias por sus observaciones y consejos, creo que su mano se aprecia mucho en este trabajo. Gracias por abrirme los ojos a elementos que no consideraba y a su paciencia.

Gracias especiales al Dr. Juan Guillermo. Gracias por compartir su conocimiento y su trabajo, por hacerlo de una manera tan accesible y por abrirme las puertas como lo hizo. Gracias porque desde la primera reunión me dio mucho ánimo para continuar.

Gracias Dr. Mauricio por la presteza en que colaboró en este proyecto y por sus palabras, especialmente para el artículo. Gracias porque sus artículos eran la guía que me faltaba en momentos críticos y los encontré en el momento justo.

Agradezco a las y los profesores del Posgrado en Antropología Física, Lourdes Márquez, Paty Hernández, Josefina Ramírez, José Luis Vera, Juan Manuel Arguelles, Anabella Barragán.

Agradezco a mis padres porque haber invertido en mí, y sé que desde pequeño no fui un modelo "económico". Gracias Mamá por ser el corazón, el arrojo, y la pasión ejemplar que has sido. Papá, gracias porque me diste y sigues dando el mejor ejemplo de ser Padre, esa es la mejor enseñanza que he recibido de ti, ojalá pueda hacer lo mismo la mitad de bien, gracias por ser cariñoso, por ser amor. Nim gracias por ser la risa del hogar, tu presencia ilumina.

Gracias a Paulina, mi compañera, amiga, mi sueño, mi amor. Gracias por soñar junto a mí. Gracias por tu sonrisa, por sus consejos, por tu ánimo, tu fuerza, tus oraciones, por ser incondicional. Gracias por confiar en éste proyecto de vida y por querer invertir a futuro, gracias por ser mi sol y estrellas, gracias por tomar mi mano y no soltarla, gracias porque a tu lado soy mejor. Gracias a tu familia que es un respaldo y fuerza extra, gracias porque me han aceptado como soy.

Gracias a mis abuelos, a mis tías y a mis primos y primas, siempre están en mí, son en mucho, grandes ejemplos, todos inalcanzables.

Gracias Magally, José, Mariana, Dany, Diana, Karla, Claudio, por ser incansables, y no dejarme aflojar el paso. Gracias Cuqui.

Gracias a mis grandes amigos y amigas. Paola, te extrañamos. Gracias a Carmen (por se la madrastra del grupo), Ana, Bere, Ricardo, y Carlos, por los cafés, por la amistad, por las risas, por las pláticas, por el gusto y honor de conocerles. Gracias a mis amigos IBQ, Beto, Claudia y Laura, que son muy importantes para mí. Gracias Bernardo, por tu apoyo invaluable, enseñanza y mas que nada la amistad.

Gracias a mis alumnos y colegas, por su frescura y confianza.

Gracias Obi, por ser mi centinela, mi despertador, mi distracción, por llegar y aguantarme y por las desveladas junto a mí.

## Contenido

1.- INTRODUCCIÓN A LA REPRODUCCIÓN HUMANA COMO OBJETO DE ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA. ....	6
1.1 Planteamiento del Problema .....	9
1.2 Objetivo General .....	12
1.2.1 Objetivos Específicos .....	12
1.3 Preguntas de Investigación.....	12
1.4 Supuestos.....	12
1.5 Justificación .....	13
1.6 Desarrollo del Problema .....	16
1.7 Antecedentes.....	21
2.- MARCO REFERENCIAL.....	28
2.1 Teoría Evolutiva.....	31
2.1.1 Teoría de la Historia de la Vida (THV).....	34
2.1.2 Estadios de la historia de la vida.....	37
2.1.3 Teoría de la historia de la vida y las adaptaciones masculinas.....	41
2.1.4 Tiempo de gestación.....	45
2.2. Socioendocrinología.....	49
2.3. Reproducción en poblaciones con fecundidad natural.....	51
2.4 Teorías Identitarias.....	53
2.5 Teoría de Género.....	63
2.6 Premisas.....	73
3.- ESPACIOS MASCULINOS EN LA REPRODUCCIÓN.....	76
3.1 Heterosexualidad como construcción organizadora de la sociedad.....	79
3.2 Homoparentalidad y monoparentalidad.....	86
3.3 Problemática y consecuencias al obviar la presencia masculina en la reproducción.....	95
3.4 El cuerpo de los hombres. Dar voz a quien tiene algo que decir.....	107
4.- PROPUESTA.....	119
5.- DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES.....	126
6.- REFERENCIAS.....	137
7.- ANEXO 1.....	145

## **1.- INTRODUCCIÓN A LA REPRODUCCIÓN HUMANA COMO OBJETO DE ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA.**

Es común que se considere a los humanos como la intersección de dos mundos, el biológico y cultural, un dualismo que en realidad es falso. La cultura es una parte integral de la biología humana, así como no se puede pensar que la biología es la parte residual de la experiencia humana, ambas son inseparables (Wood 1994). Marshall parafraseando a Geertz dice que la cultura es anterior al *Homo sapiens*, esto quiere decir que simultáneamente, desde hace al menos 2 millones de años, la evolución de la línea homínida que dio origen a los humanos, estuvo bajo presiones de selección, tanto natural como cultural, y de esta manera, más que ser la articulación o intersección de ambas, es imposible distinguir, en los seres humanos, una de la otra, razón por la cual se adopta la idea de que la cultura es parte de la naturaleza humana (Shallins 2011), en este sentido, la reproducción humana es uno de los campos en donde puede apreciarse lo anterior, a pesar de que esos dos mundos, el biológico y el cultural, se estudian comúnmente en disciplinas separadas

El estudio de la reproducción humana supone varias problemáticas, a saber, la reproducción es uno de los aspectos de la existencia humana más influido por la actividad, cultural o biológica, y por otro lado, nuestro genoma no presenta profundas diferencias respecto del de nuestros ancestros cazadores-recolectores, pues tenemos apenas unos cientos de generaciones, desde la aparición del *Homo sapiens* con pensamiento simbólico, que representan un periodo de tiempo muy corto como para esperar un cambio genético significativo (García 2005; Short 1976).

La reproducción humana en este estudio, se entiende como un proceso a gran escala que incluye componentes fisiológicos, culturales, comportamentales, entre muchos otros (Holman y Wood 2001). Se parte del concepto de reproducción entendiéndolo como un fenómeno biológico que va más allá del “ciclo” fecundación-parto, que abarca todo el periodo vital de los organismos y que

se caracteriza por una vinculación entre generaciones, es decir, una persona no habrá alcanzado completamente su éxito reproductivo hasta que al menos uno de sus descendientes haya procreado un hijo que alcance el completo desarrollo y adquisición de sus funciones y capacidades procreativas (reproductivas en un sentido puramente fisiológico). Al mismo tiempo se entiende la reproducción como un proceso que ha estado modulado por la actividad humana en un sentido histórico, social, cultural e individual, por lo que se trata de un producto de la relación (“de ida y vuelta”) entre el individuo y su sociedad, en donde se manifiestan la cultura, la moral, la construcción de lo que es ser hombre y ser mujer, ser madre y ser padre, las construcciones sexo-genéricas así como el valor otorgado a las mismas, y la “reproducción” o transmisión de valores a los descendientes, por lo tanto esta misma noción de reproducción, con todos los atributos culturales, es de hecho un fenómeno biológico y social toda vez que impacta directamente en el proceso de construcción de la persona. Al referirnos a esta transmisión de atributos, que conforman parte de la “materia” que los humanos emplean para construirse como personas-sujetos, además de la provisión de cuidados, recursos, alimentos, tiempo, etc., hablamos de una inversión parental (*parental investment*), desarrollada en líneas posteriores, que puede ser de diversos tipos: directa e indirecta, de transmisión-enseñanza, y en el caso específico de los padres, se puede hablar de una “mala paternidad”, esto es los padres que no participan, y los padres parásitos -aquellos que merman los recursos destinados a los hijos, la madre o ambos- y los padres que comenten abuso sexual (Gray y Anderson 2010). Dentro de las ciencias sociales existen variadas acepciones del concepto de reproducción, por ejemplo, la reproducción de la fuerza de trabajo, o la reproducción social, que puede relacionarse con las relaciones de parentesco o crianza, pero no necesariamente en todos los casos se hace referencia a este tipo de relaciones. A partir de lo anterior, cuando se haga referencia al concepto de reproducción se hará referencia al proceso biológico socializado que es un elemento clave en la construcción de las relaciones de parentesco.

Relacionado con lo anterior, se puede mencionar que el patrón de vida reproductiva es entendido como toda la serie de eventos que han tenido lugar en el periodo vital desde la adquisición de la función fisiológica reproductiva, estos incluyen la primera concepción, el primer nacimiento, los periodos intergenésicos, pérdidas de embarazos o abortos, hasta la última gestación (Arsuaga 2001; Bribiescas 2006; Figueroa 1998c, 2001; Holman y Wood 2001).

La capacidad reproductiva completa, así como el patrón de vida reproductiva se componen por eventos, como la concepción, la fecundación con implantación, la gestación de un producto viable, el parto, la ablactación, el paso a la adultez, la primera relación sexual, la primera unión, el primer hijo nacido vivo, etc. También se hace la distinción del ciclo de procreación, que será toda la serie de eventos que ocurren entre una fecundación con implantación y la siguiente, en donde se incluye el periodo intergestacional, cuando se presenta el nacimiento de un producto vivo, mientras que si hay pérdida del producto o aborto, se llama periodo de espera para la siguiente fecundación.

A pesar de los muchos intentos por comprender la reproducción humana, aun es necesario de abordar y profundizar en los componentes que se han obviado o vuelto invisibles, por ejemplo, es importante señalar que no se ha analizado de manera puntual el papel que desempeñan los hombres en este proceso, ya que se ha considerado que la presencia de los varones en éste es obvia, o bien, poco relevante y por lo tanto se le relega a una posición secundaria, desde el enfoque clásico de la reproducción, construido por el saber demográfico y biomédico, ya que sólo se ofrecen números y se cree que hablar de fecundidad equivale a hablar de reproducción o bien que la fecundidad de las mujeres es igual, numéricamente, a la de los varones; los varones son relegados al no nombrarlos específicamente en su actuar dentro del proceso, otorgándoles una posición secundaria al grado de que a pesar de ser apenas mencionados, se ha invisibilizado su presencia, como actores igualmente principales y responsables en la reproducción.

Es necesario igualmente articular un análisis sobre la relación sexualidad-reproducción, pues si bien hoy existe una multiplicidad de sexualidades, o mejor dicho, una sexualidad más libre con diversidad de prácticas, roles, libertades y espacios, aún no se ha establecido suficiente distancia de la sexualidad hegemónica, empoderada y poderdante<sup>1</sup>, pues aún existe una organización social en torno a una sexualidad procreadora.

### **1.1 Planteamiento del Problema**

La reproducción, como proceso, configura muchos rasgos de la vida cotidiana, y viceversa. Un aspecto muy importante de este problema de estudio es que no se ha tenido el suficiente interés por mencionar de manera específica, que es eso que hacen los hombres en la reproducción, ésto se debe primero a que se ha equiparado el embarazo con la reproducción. Desde esta perspectiva los hombres no se encuentran presentes en tanto que “no se embarazan”, aunque habría que apuntar algunos intentos de explicar la experiencia humana desde la perspectiva cultural como es el caso del síndrome de la covada (*couvade*)<sup>2</sup> y todas las prácticas culturales y manifestaciones fisiológicas en torno a éste síndrome. Lo anterior ayuda a comprender por qué ha costado trabajo, principalmente en las sociedades occidentales, imaginarse –y obviamente llevarlo a algo más que la imaginación- a los hombres reproduciéndose (Figueroa 2012). De tal suerte que al no tener forma de registrar, y de expresar sus experiencias (los mismos varones), ni un cuerpo de análisis, se ha obviado su presencia al

---

<sup>1</sup> Que otorga poder, el diccionario de la lengua española define poderdante como una persona que da poder o facultades. lema.rae.es/drae (accesado el 23 de julio de 2012).

<sup>2</sup> Este síndrome –aunque también es referido como fenómeno- se ha estudiado antropológicamente y se ha definido como las actividades que los padres llevan a cabo de manera ritual para transitar, ellos por el embarazo y el parto, abarca desde pequeños cambios en la alimentación, pasando por una total y completa identificación con la madre en donde los hombres experimentan dolores de espalda, inflamación de tobillos, retención de líquidos, vómitos, en ocasiones un cierto abultamiento en el pecho y producción de una sustancia que es secretada fuera del cuerpo por los pezones, hasta la emulación del embarazo, trabajo de parto y alumbramiento por parte de los varones. Actualmente es un fenómeno que la etnografía ha registrado como vivo en Asia, África, las Islas del Pacífico y América. Debido a su significado ritual, y su relación-emulación del embarazo y parto, los hombres también son sujetos de restricciones y prescripciones. En sociedades occidentales la covada se refiere a la presencia, subjetiva y simbólica, de los padres en la gestación y nacimiento, incluyendo a los hombres como esenciales en el proceso, y busca atender la relación directa entre el padre y el hijo Drenth J. 2005. The origin of the world: Science and fiction of the vagina. London: Reaktion Books, Reed R. 2005. Birthing fathers: the transformation of men in american rites of birth. New Jersey: Rutgers University Press..

grado de invisibilizarlos<sup>3</sup> pensando que la fecundidad femenina represente al mismo tiempo, y de manera implícita, a la masculina.

El presente ensayo parte de revisar brevemente una parte de la historia de la reproducción humana, para obtener el marco que nos ayude a explicar el actual modelo de la reproducción. Lo anterior con el fin de conocer la participación diferencial de los sexos en la reproducción, para encontrar las causas y consecuencias de las mismas, particularmente de los varones.

Se busca rescatar la concepción de la reproducción de una manera que sea más incluyente, que si bien parte del cuerpo, no busca hacer énfasis en las diferencias sexuales sino en la complementariedad no solo en el aporte cromosómico y si en diversos niveles de interacción entre los sujetos-personas (se emplea la noción de persona en un sentido más próximo a la filosofía sartreana que a la psicología) en los espacios reproductivos y al mismo tiempo que permita dismantelar la dicotomía entre los roles estereotípicos de lo masculino y lo femenino en estos espacios. Se busca enunciar la existencia de espacios que los hombres pueden, buscan y actualmente ocupan en el proceso reproductivo, espacios que han existido desde hace miles de años, y que se han velado, obscurecido, invisibilizado, y consecuentemente los hombres se encuentran, hoy en día en una “paradoja”, primero en una posición relegada, secundaria, y por la otra, en una posición privilegiada, ya que la construcción de lo masculino los excluye de ciertas responsabilidades en lo relativo a la crianza, la convivencia parental, la vida doméstica y esto perpetua la división de la vida social, entre lo publico-privado, natural-cultural, masculino-femenino, apoderado-poderdante.

Para este ensayo se propuso realizar una revisión histórica a partir de los documentos publicados entre los años de 1995 y 2010, sobre los estudios que se

---

<sup>3</sup> Esta invisibilidad se refiere a que los varones no son nombrados de manera clara, específica y explícita en el proceso reproductivo, principalmente porque no pensamos en los hombres reproduciéndose, y porque no hay términos universales para hablar de las experiencias masculinas en la reproducción, lo que se traduce en una ausencia en el análisis y entendimiento de la presencia, y por lo tanto la relevancia, de los varones en la reproducción Figueroa J. 2012. Comunicación personal. México..

consideraron como los más relevantes en cuanto dar cuenta de la presencia masculina en la reproducción para establecer el estado del conocimiento sobre la reproducción masculina. Este trabajo se apoyó en la revisión de más de 120 referencias. Las revistas especializadas en evolución y antropología física, que se consultaron, son: *Journal of Evolutionary Biology*, *Human Ecology*, *Annual Review of Anthropology*, *Evolutionary Anthropology*, *Yearbook of Physical Anthropology*, *Science*, *Journal of Anthropological Research*, *American Journal of Human Biology*, *Trends in Ecology and Evolution*, entre otras. Las revistas médicas consultadas son: *Ambulatory Pediatrics*, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, *Best Practice & Research clinical Endocrinology & Metabolism*, *Universitas Scientiarum*, *The Journal of the American Medical Association*, *Journal of Advanced Research*, *Reproductive Toxicology*, *Cadernos de Saúde Pública*, etc. Las revistas relacionadas con la demografía, sociología y psicología de la reproducción consultadas: *Journal of Women in Culture and Society*, *Enseñanza e investigación en psicología*, *The Journal of Marriage and Family*, *Papeles de Población*, *American Anthropologist*, *American Journal of Sociology*, *Social Psychology Quarterly*, *Reproductive Health Matters*, entre otras. La temática de los libros consultados versa sobre: bioquímica, evolución, crecimiento y desarrollo, historia natural, corporeidad, psicología, género, paternidad, reproducción, demografía, evolución entre otros. A partir de la revisión crítica de éstos se pretende generar una propuesta de estudio que describa explícitamente la presencia de los hombres en el proceso reproductivo.

Se considera que es un estudio pertinente para la antropología física, ya que la reproducción humana ha sido uno de los mecanismos evolutivos y que contribuyen a una mayor variabilidad, por otro lado, se piensa en la reproducción como un hecho social total, es decir, en la reproducción humana se “integran a la vez y de un golpe instancias religiosas, jurídicas, parentales, etc.”.

## **1.2 Objetivo General**

Describir el proceso reproductivo a partir de los estudios que incluyen a los hombres con base en la revisión de la literatura especializada en evolución, medicina, demografía, sociología y antropología producida entre 1995 y 2010.

### **1.2.1 Objetivos Específicos**

1. Describir y analizar cuál es el estado del arte respecto de los estudios sobre la presencia masculina en la reproducción publicados entre los años 1995 y 2010.
2. Analizar, en la construcción “clásica” del concepto de reproducción, la cual señala que la reproducción es un espacio único de las mujeres, las causas de la presencia implícita de los varones en el estudio del proceso reproductivo.
3. Elaborar una propuesta de investigación que haga explícita la presencia de los varones en la reproducción.

## **1.3 Preguntas de Investigación**

1. ¿Cómo se ha estudiado la reproducción humana desde la medicina, demografía y antropología física?
2. ¿Cómo se explica el hecho de que no se mencione de manera específica a los varones en el proceso de reproducción?
3. ¿Qué puede aportar la Antropología física al estudio de la reproducción humana?

## **1.4 Supuestos**

En el estudio de la reproducción humana, las diferencias biológicas han servido como la base de la conceptualización de la reproducción como un terreno exclusivamente femenino. Se parte de que tanto hombres como mujeres, sin ninguna alteración de cualquier tipo, fisiológica, genética, etc., tienen un potencial para la reproducción, es decir, producen células germinales que son el punto de partida del nuevo ser. A pesar de este rasgo común, se ha vuelto “más importante” la posibilidad de cuantificar. En cuanto a lo anterior, los hombres atraviesan por la

espermaquia, evento análogo en un sentido fisiológico a la menarquia de las mujeres, no obstante, se trata de un suceso que no presenta un indicador como el sangrado de la menstruación además de que en proporción se le menciona muy poco, principalmente por la dificultad para determinar ese marcador que señale su ocurrencia. Estas mismas diferencias biológicas, así como la falta de certeza en la cuantificación, se hacen presentes al hablar de la historia reproductiva, pues las mujeres saben con seguridad cuantos embarazos, hijos y abortos han experimentado, mientras que los varones no tienen como asegurar la misma información. El registro estadístico, y las herramientas empleadas para tal fin, privilegian el enfoque hacia la mujer, pues el dato es “fiel” a lo ocurrido, razón por la que se ha equiparado el embarazo y fecundidad con el proceso reproductivo, y por tanto los hombres no son reconocidos como actores en el proceso en tanto que la gestación ocurre en los cuerpos femeninos, siendo las mujeres las “únicas que pueden experimentar la reproducción”, es decir los hombres no se reproducen. Lo anterior lleva implícito el supuesto de que hablar de fecundidad femenina es lo mismo que hablar de fecundidad masculina, supuesto que se ha minimizado, dada la dificultad para cuantificar, con certeza, la fecundidad masculina.

Por otro lado, la carencia de terminología que ayude a entender las experiencias reproductivas masculinas, la normalización que los mismos hombres han hecho de esta construcción de la reproducción, así como la lectura del discurso que permite la no legitimación de “intervención” en los hombres y sus cuerpos, se ha articulado para reproducir estereotipos y discursos obsoletos sobre la reproducción, la paternidad, la salud sexual y la salud reproductiva.

### ***1.5 Justificación***

El realizar un estudio que por un lado de cuenta en un sentido histórico sobre las perspectivas y formas de aproximación al fenómeno de la reproducción humana señala, primero, que es un tema que ha despertado inquietudes desde hace tiempo, también que continúa siendo de interés y que es necesario hacer un recuento de las ideas, perspectivas, enfoques y metodologías empleadas para

estudiar el fenómeno, así como de los resultados, conclusiones sobre el fenómeno y las propuestas más recientes.

Este trabajo, parte de considerar que el estudio de la reproducción humana como un problema de estudio que no es exclusivo de una sola disciplina y se encuentra en el centro de diversas perspectivas, estrategias y problemáticas de carácter médico, psicológico, demográfico, histórico, sociológico, etc., que han tenido el propósito de contribuir al conocimiento de un proceso tan complejo como la reproducción humana.

Para la antropología física es de importancia el estudio de la reproducción humana ya que los cuestionamientos que han surgido sobre este proceso han aumentado así como las relaciones entre disciplinas afines y aparentemente distantes por la cada vez más salvable brecha entre las ciencias sociales y naturales. El resultado de esta expansión y encuentro interdisciplinario ha sido una gran producción de ideas y perspectivas. Debido a que en la antropología física comparte límites conceptuales con muchas disciplinas, puede proveer de marcos explicativos o complementar las propuestas que se han elaborado anteriormente.

El abordar el proceso reproductivo, como un problema de estudio, significa abordar un campo de estudio con el cual la antropología física ha tenido contacto desde otras perspectivas como la sexualidad, la genética de poblaciones, etc. y sobre el cual hay mucho por hacer. En un sentido antropofísico, la reproducción humana, incluye necesariamente, por un lado, la sexualidad humana, y por otro, la gestación de un nuevo individuo, sin embargo, el aspecto que considero más importante es el contexto de referencia, acción y lugar donde ocurre y que le confiere sentido, **el cuerpo**. En otras palabras, para que ocurra la reproducción, se requiere de un cuerpo que actúe para experimentar y practicar la sexualidad, que resguarde el embrión-feto hasta el final de la gestación, que proporcione nutrimentos, ya que durante la gestación y la lactancia será la fuente de alimentación, y también de transmisor y de referencia pues el cuerpo y la

experiencia de los otros ayuda, con un saber de lo cotidiano y lo empírico, a los padres (mujeres y hombres) primerizos a tener alguna idea sobre lo que es y lo que no es riesgoso o bien representa una señal de alarma, entre muchas otras funciones, algunas de las cuales se abordarán en este texto.

En la antropología física, el cuerpo merece especial atención, primero porque en todos los aspectos de la vida humana el cuerpo es la primera evidencia, de nuestra existencia, nuestra experiencia e historia, pues somos cuerpo. En este sentido todos podemos compartir experiencias que son descritas de manera muy semejante, no obstante, a pesar de la posibilidad de la regularidad todos las experimentamos, las vivimos y las significamos de manera diferente, las reelaboramos de tal manera que se convierten en una nueva experiencia. El embarazo, desde la experiencia del cuerpo femenino, se encuentra desarrollada principalmente desde la perspectiva fisiológica, aunque recientemente, hay otros estudios de carácter cualitativo, sin embargo, para el hombre se ha descrito la experiencia culturalmente y también fisiológicamente a partir del fenómeno de la covada (Drenth 2005; Reed 2005), y otros ejemplos como la transmisión vía paterna de daño fetal o anomalías congénitas, por lo que actualmente la visión respecto a que la reproducción solo es experimentada por las mujeres ya no es válida, ya que es posible hablar de una relación paterno-fetal en la experiencia masculina de la reproducción esta idea aún es incompleta pues como señala un colega antropólogo físico, es necesario pensar la relación existente entre la madre, el padre y el feto, refiriéndose específicamente al crecimiento prenatal (Peñuela 2008), apuntando específicamente a la falta de datos que hablen sobre cómo influye el padre en el crecimiento intrauterino sin desarrollar más ésta idea, sin embargo, para el presente trabajo se señala que se puede -y debe- pensar ésta relación no sólo para el crecimiento intrauterino, sino también en la vida postnatal, así como las variantes que puedan existir a partir de las nuevas formas parentales y de organización familiar.

## **1.6 Desarrollo del Problema**

Antes de cualquier estudio empírico es recomendable hacer una revisión crítica del conocimiento producido en relación con el tema y problema de estudio. Debido a mi experiencia, encuentro el tema de la reproducción muy atractivo, además de que considero que la antropología física mexicana ha contribuido poco en la construcción de conocimientos relacionados con la reproducción humana, su valor simbólico, su valor demográfico y la importancia que tiene para la salud, etc.

La reproducción es un proceso de gran importancia ya que supone la continuidad en la existencia de los seres humanos que ya viven, los que procrean y la existencia de otros seres humanos que están por nacer, además de que requiere de una complicada “cadena” de procesos moleculares muy específicos, y durante los cuales tienen lugar grandes transformaciones anatómicas, fisiológicas, neuronales, endocrinas, psicológicas, comportamentales, culturales, sociales y demográficas.

La reproducción es un proceso biológico que permite la creación de nuevos organismos, siendo una característica común de todas las formas de vida existentes en el planeta bajo dos principales tipos de reproducción, la asexual y la sexual.

Hasta el momento no he encontrado una definición sobre la reproducción que no se refiera a ésta como un proceso biológico, común a todos los seres vivos, por el cual se da vida a otros organismos de la misma especie que los progenitores en cada evento reproductivo, entendiendo este último concepto como un parto, en el caso de los mamíferos. Pero esta definición no expresa ni de manera muy básica el nudo gordiano de todo lo que implica en los seres humanos.

De primera instancia podemos decir que la reproducción tiene tres niveles de expresión. El público, el personal y el íntimo. El primero se refiere al aspecto más social, lo que se sabe, se enseña y se transmite sobre la reproducción. El

nivel personal, implica la relación de confianza fraternal con amistades, conocidos, y personas cercanas, en este nivel se encuentra la relación con el médico, por ejemplo, en el nivel íntimo se incluye a la experiencia individual, que aunque se comparte y transmite a través del relato, el cual configura una reelaboración y resubjetivación de la experiencia, por lo que ésta se transforma y se modifica y adquiere otro “rostro” para la persona-sujeto que la experimenta, toda vez que recrea para sí, su ser y estar en el mundo en la intimidad de su subjetividad.

Si se le asocia con el coito es íntima, porque tiene lugar en la intimidad de dos personas, salvo que sea por métodos de asistencia médica, además de que es sexual, es un evento que puede producir discriminación, actualmente aún persisten prácticas de discriminación laboral hacia las mujeres embarazadas; es evolutiva, ya que gracias a los mecanismos genéticos es que se puede transmitir la información evolutiva-adaptativa, es riesgosa, primero porque la reproducción humana es muy costosa en términos biometabólicos, pero también es riesgosa porque involucra el tener prácticas sexuales no seguras, facilitando la transmisión de enfermedades venéreas, y no solo en este sentido, sino que para la mujer, su condición de preñez representa una alta morbilidad, pues aumenta el porcentaje de infecciones genitourinarias, y a mismo tiempo, conforme progresa la gestación también aumenta el riesgo de muerte. La reproducción humana también es construida, por los que la estudian, la experimentan y han experimentado, por la sociedad. La reproducción también es una decisión, un derecho, un deseo y un plan, la reproducción humana es controlada, idealizada e histórica, entre muchas cosas más.

Se mantiene en el desarrollo de este trabajo que el cuerpo es la primera evidencia de nuestra experiencia y a la vez, la primera referencia, pero no por esto debe entenderse que es la que explica mejor los fenómenos relacionados o la más importante. Al situar el cuerpo como la primera evidencia, el embarazo ocurre en la mujer, y por lo tanto es “fácil” creer que la reproducción es embarazarse y dar a luz a un hijo, incluso extender el periodo hasta la lactancia, y por lo tanto equiparar

la reproducción con procesos como la gestación y lactancia, o con conceptos como la fecundidad, por lo que no es necesario especificar la presencia de los varones.

Para que una gestación tenga lugar es necesario que previamente ocurran dos procesos diferentes, la maduración sexual en un hombre y la correspondiente en una mujer quienes aportan sus gametos para que ocurra la recombinación genética. En el caso particular de la maduración sexual de los varones, se le ha otorgado un valor menor al que realmente le corresponde pues se reduce su importancia al no tratarse de un proceso observable y susceptible de registro como la menstruación en las mujeres, pues a ciencia cierta, nadie ha identificado un evento en los hombres que sea tan claro como la menarquia que señala la madurez sexual femenina. También hay que mencionar que, antes de que se alcance la madurez sexual, tuvieron que ocurrir dos procesos durante varios años, el crecimiento y desarrollo, pues sin estos procesos, no es posible alcanzar la madurez sexual, que puede comenzar a advertirse por la aparición de los caracteres sexuales secundarios que marcan un periodo crítico en el crecimiento y desarrollo, pero también se relacionan con el cambio de roles, estatus y en la construcción de la persona.

En relación con lo anterior, la reproducción ha “dictado ciertas reglas” con las que es necesario jugar. Entre estas reglas encontramos, particularmente en los mamíferos, la relación entre la ingesta de nutrientes, la sexualidad, el estro, y la cópula. Entre los mamíferos, y especialmente entre los primates la inflamación de la vulva y su coloración en rojos muy vivos, periodo que dura poco más de una semana, señala una fase del ciclo menstrual en donde las hembras muestran que están en condiciones de ser fecundadas, después de este periodo su atractivo sexual y disposición a copular se reduce, y de haber fecundación con implantación, las hembras no estarán disponibles para los otros machos hasta el destete de la cría en gestación, pues los chimpancés, como la mayoría de los animales con reproducción sexual, no desperdician energía en actos sexuales estériles (García 2005).

La relación más importante de estos ciclos menstruales en los humanos es con los procesos fundamentales de la ontogenia, el crecimiento y desarrollo, así como el estado de madurez, procesos que guardan íntima relación con el sistema neuroendocrino. Esta relación es hoy bien conocida, pues durante todo el periodo de vida de cualquier organismo, la fisiología de éste busca sincronizar los eventos con las condiciones óptimas y el momento adecuado en función del proceso que ocurra, por lo que la energía es la primera condición que debe ser satisfecha para que sucedan tales eventos. En este punto, es importante que los mecanismos biológicos y las acciones del organismo tengan un alto grado de eficiencia para decidir y distribuir la energía a donde más se necesite, principalmente porque los organismos no tienen procesos de consumo de energía homogéneos, es decir cada componente del cuerpo tiene requerimientos específicos y no son iguales entre los distintos componentes, y siempre está la posibilidad de que los órganos, tejidos o sistemas no obtengan todo el suministro que necesitan por lo que deben existir respuestas adaptativas que caracterizan los ajustes finales de todo el cuerpo, es decir de la tasa metabólica ajustada para las condiciones nutrimentales, los procesos que ocurren en el cuerpo del organismo y la capacidad de respuesta de los mismos, es decir de la plasticidad fenotípica, y esta compleja interacción entre los sistemas metabólicos, neuroendocrinos y los procesos ontogenéticos son reflejo de nuestra historia evolutiva ya que guardan relación con el desarrollo altricial humano, y su “retraso” en la adquisición de las capacidades reproductivas (Bohinski 1991; Bribiescas 2006; Tortora y Grabowski 2002).

De esta manera muy “simple”, podemos explicar un principio básico para el funcionamiento del cuerpo, todo proceso representa una **inversión** biometabólica, que en este caso se refiere al consumo de biomoléculas (aminoácidos, proteínas, carbohidratos, lípidos y micronutrientes) para poder llevar a cabo las funciones corporales, desde el mantenimiento de la temperatura y funciones vitales, hasta procesos como el crecimiento, desarrollo o el movimiento.

Algunas actividades son más demandantes que otras, así, la respiración en reposo exigirá menor energía que la caminata o una carrera corta, sin embargo,

procesos de larga duración como el crecimiento suponen mayores requisitos nutrimentales que hay que cubrir. Tocante a lo anterior, Wood (1994) dice que en términos generales, un organismo puede repartir la materia ingerida hacia cuatro objetivos: el primero hacia el mantenimiento, lo que significa el mantener la integridad tisular contra traumas o infecciones mientras el cuerpo desempeña completamente sus procesos metabólicos; los puede dirigir hacia el crecimiento o la construcción de nuevo tejido; los recursos pueden ser destinados a la reproducción; o simplemente eliminarse por la excreción, incluyendo pérdida por calor y la eliminación de materiales indigeribles y subproductos del metabolismo. Y dado que cualquier partícula de recursos nutricionales no puede ser destinada a más de uno de estos procesos, estos cuatro compiten entre ellos por recursos limitados, lo que, bajo una perspectiva ecológica, significa que el organismo intentará resolver esta competencia de la manera que maximice su aptitud genética.

Sin embargo esta idea fue expresada previamente por otros investigadores (Bentley 1985; Frisancho 1978; Frisch y Reville 1970; Hewlett 1991; Hofman 1993; Howell 2010; Hurtado y Hill 1990; Short 1976; Stearns 1976, 1977; Trivers 1972), especialmente desde la Teoría de la Historia de la Vida, la cual señala que los recursos tienen tres destinos posibles: crecimiento, mantenimiento y reproducción. Así, un recurso destinado específicamente al crecimiento solo sirve para ese propósito, sin embargo, cuando se invierte un recurso para que el organismo crezca más rápido, o para que alcance el estadio adulto, se favorece el éxito reproductivo del organismo, de ahí que todo recurso provisto por los padres represente una inversión destinada específicamente a cualquiera de estos tres destinos y que además apoye el éxito reproductivo.

Bajo esta noción de inversión se aprecia como, al igual que las madres, los padres invierten mucho en la reproducción, es decir participan en este proceso. Este concepto de inversión parental ha adquirido mucho interés como se ha visto en distintos estudios (Gray y Anderson 2010; Hewlett 1991, 1992; Howell 2010;

Hurtado y Hill 1990; Trivers 1972), y resulta muy importante para este trabajo, pues se considera que los hombres participan en la reproducción porque invierten muchos y diversos recursos en este proceso.

### **1.7 Antecedentes.**

La reproducción ha sido abordada de muy distintas maneras y bajo lentes igualmente diversos, los cuales fueron moldeando las ideas y explicaciones sobre la reproducción humana, sus mecanismos e implicaciones, y cada lente, apunta a responder a preguntas específicas.

Fue a través de la reproducción que se establecieron principios que cambiaron el mundo y la percepción de éste, pero de manera más importante, la forma en que se pensaba la historia de los humanos, de las especies, y en general de la vida. El cuerpo, rápidamente adquirió un gran interés para determinar sus mecanismos, limitaciones, y principalmente, para comprenderlo en su totalidad, los estudios realizados para comprender estos procesos, desde la concepción, hasta la edad adulta, tienen una larga historia. Por ejemplo, la práctica obstétrica, entendida en su sentido más simple como la atención para la reproducción humana durante el parto, ha sido llevada a cabo desde hace algunos miles de años, tratándose de una obstetricia primitiva caracterizada por la ausencia de conocimientos sistematizados. Por otro lado, Hipócrates realizó la primera descripción detallada de un parto, mientras que Soranus de Efeso escribió un libro, en el siglo II d.C., que fué de gran influencia para la práctica médica, titulado *Gynaecology*, que trata, entre otras cosas, de la menstruación, la virginidad, la concepción, el parto y los cuidados del neonato, las condiciones ginecológicas, entre muchos otros temas (PRSM 1957).

Respecto del cuerpo encontramos que Galeno fue uno de los primeros en estudiarlo (Cameron y Jones 2010). Fue Aristóteles, con su obra "*Physiognómica*", el pionero en el estudio de la relación entre la forma y la función humana. La historia del estudio del cuerpo también incluye los trabajos de Tales de Mileto, Hipócrates, Alcmeon de Crotona, y se incluyen a Marco Vitrubio Polión, DaVinci y

Dürer (Durero) (Porta s/f), y entre estos podemos incluir trabajos como los de Vesalio, Muscio, Kerckring, Hartsoeker, que a pesar de que no centran su atención en la reproducción, estudiaron eventos reproductivos al realizar observaciones anatómicas sobre el crecimiento prenatal (Hernández y Mundo 2010), y no fue hasta que en el siglo XVII Elsholtz utilizó por primera vez el término de “*anthropometria*” en la publicación de su tesis, en la que realizó estudios de morfología humana durante su estancia en la universidad de Padua, en 1654 (Cameron y Jones 2010; Gladstone 1933; Porta s/f; Tanner 1981), señalándose el inicio del estudio sistemático del cuerpo, su crecimiento, su relación proporcional y los cambios que sufre.

Respecto de la reproducción se puede afirmar que desde la época clásica hasta inicios del siglo XVI, se pensaba que los cuerpos de hombre y mujer eran iguales salvo por los genitales ya que los de la mujer eran equivalentes a los del hombre pero invertidos. En el siglo XVII, Malebranche afirmaba que todas las personas existían preformadas desde la creación, lo que implicaba que todos los hombres y sus generaciones habían sido formados en el génesis, y que el ser preformado sólo requería un estímulo. Fue en 1677, cuando Leeuwenhoek descubrió a los animáculos, que se levantaron profundas interrogantes sobre el papel del hombre en la reproducción, sin embargo Leeuwenhoek sugirió que en ellos estaba la fuente de toda la generación humana (Daniels 2006; Jacob 1970; Laqueur 1994; Tanner 1981).

El estudio del progreso del crecimiento y desarrollo humano necesitaba un punto de vista diferente del habitual, la visión de un organismo en desarrollo, con características propias y no como un adulto en miniatura, es decir, un pensamiento diferente al de la preformación. Los estudios sobre crecimiento surgieron en el marco del cambio de mentalidad social frente a la infancia y estimularon los nuevos puntos de vista. Ciertamente, dichos acercamientos, que se interesaban en una de las etapas más distintivas de la vida humana, incrementaron la percepción social de la existencia de situaciones de desigualdad y desamparo y la

necesidad de combatirlas y, a la vez, la sociedad ejerció su influencia para que continuaran estudiándose estos temas (Ballester y Perdiguero 2003).

En siglo XVIII se retomó la noción de la generación espontánea, no obstante, a finales del siglo XVIII y principios del XIX comenzaron a elaborarse ideas importantes para el estudio de la reproducción como las de Erasmus Darwin y Lamarck quienes, de manera diferente, hablaron del cambio de los organismos. En 1827, von Baer logró ver el óvulo humano y reavivó el interés en la reproducción y su funcionamiento, lo que promovió la creación de un modelo epigenético sobre la procreación.

Fue a principios del siglo XIX que Thomas Malthus señaló que los organismos vivientes producen más individuos de los que normalmente se espera sobrevivan hasta alcanzar la madurez que les permita reproducirse, ya que, a pesar de la capacidad de reproducción masiva observada en diversos organismos, la población adulta tiende a permanecer en un número relativamente estable, sentando como factible la posibilidad entre seleccionar quien sobrevive y quien no, es decir se invierte más en la cantidad que en la calidad de los descendientes (Leakey 1981). Herbert Spencer, también en el siglo XIX, expuso una idea similar a la de Darwin al decir que la naturaleza garantiza “la supervivencia de los más aptos” (Bohannan y Glazer 1993; Leakey 1981).

En la primera edición completa de *On the Origin of Species by Means of Natural Selection or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life* (publicado en 1859), Darwin señala que la evolución, que ocurre por pequeños cambios, requiere de un mecanismo, que denominó selección natural. También apunta a que no estaba seguro de que la evolución condujera al aumento global del número de especies, así como que ésta produjera “progreso” biológico. Por otro lado, es posible observar en sus descripciones, su sorpresa respecto a lo bien conformados que están los organismos, especialmente, en relación con sus hábitos de vida (Arsuaga 2001; Darwin 1981).

Para Darwin, las condiciones de vida dirigen el curso de la reproducción de los organismos y por lo tanto, la evolución resulta de la lenta acumulación de pequeños cambios que operan por selección natural, cuya acción puede producir adaptación y se transmite gracias al proceso reproductivo. Esta idea de la selección natural, incluye la dependencia a los padres, es decir, los recién nacidos son dependientes de aquellos que les proveen la protección y soporte por medio de las acciones filéticas (Hall 2010). De acuerdo con Darwin, la selección natural no explica el origen de todos los caracteres de los animales, tal es el caso por ejemplo del plumaje de la cola del pavo real, respecto del cual, Darwin señala que el tamaño, peso y color de la cola no significa precisamente una ventaja para la sobrevivencia, ya que limita su posibilidad de escapar de los predadores, sin embargo esta cola si favorece el éxito reproductivo al resultar atractiva para la hembra. Debido a lo anterior, Darwin postuló la selección sexual, que es en esencia selección natural pero con otra dirección. Según el naturalista del Beagle, el objetivo de algunos caracteres es el perfeccionamiento estético, los vistosos colores, las crestas, canto etc., son signos que indican a la hembra cual es el macho mejor dotado, por lo que es un mecanismo que sirve para garantizar la diversidad de las razas y especies (Darwin 1880).

Al observar como se transmitían características de los progenitores a la descendencia, Darwin dio a la teoría evolutiva un giro trascendental al postular, lo que puede considerarse como cinco argumentos que estructuran la teoría evolutiva moderna: 1) la transformación de la biósfera, 2) el origen único de todas las especies, 3) la presencia de cierto gradualismo entre las especies, 4) la descendencia con modificación, y 5) el motor del cambio de las especies, la selección natural.

Al mismo tiempo, durante el siglo XIX, la generación espontánea había sido rechazada por Spallanzani, quien además, al realizar exitosamente trabajos de inseminación artificial en una perra proporcionó importantes argumentos que

favorecieron la tesis ovista a principios de ese siglo, por lo que se creyó que la mayoría de los órganos eran formados en el huevo que era estimulado por el animáculo (Barcat 2009; Daniels 2006). Posteriormente, las autopsias, así como la recolección y estudio de productos abortados, cuestionaron de nueva cuenta el papel del espermatozoide, lo que condujo no a un cambio en el balance reproductivo —pues no se aclaró el papel masculino en la reproducción, y se decía que los espermatozoides eran únicamente parásitos, incluso llegando a negar su contribución a la formación del embrión—, sino que justificó la división social, no solo reproductiva (la reproducción se vio como la actividad femenina característica) sino laboral y en toda la vida en sociedad (privado-femenino-pasivo / publico-masculino-activo) (Daniels 2006; Lamas 1996; Yalom 2003), dicho en otras palabras, la forma de pensar respecto al conocimiento de la biología reproductiva, especialmente femenina, reflejó la condición social de la mujer durante el siglo XIX, y durante la primer mitad del siglo XX, por lo que su estatus, social y biológico, era una condición natural, la mujer existía únicamente para procrear y criar hijos.

Hay que hacer una mención especial sobre la construcción social del siglo XIX, que si bien hereda toda una importante tradición proveniente desde el siglo XVII, es durante la segunda mitad del XIX que la medicina toma las riendas de la sexualidad, particularmente en dos aspectos de la sexualidad, el primero el limitar la existencia de las sexualidades periféricas, es decir, toda variedad de práctica sexual no heterosexual. En relación a lo anterior está la noción de la higiene; la práctica médica higienista también se manifestó pues argumentó de manera científica como las conductas afectaban la vida comunitaria y propuso, contra la degeneración humana, una moral preventiva, contra “terrores” como el alcoholismo, la tuberculosis, la sífilis y consecuentemente la prostitución, males que era posible prevenir con las buenas conductas, no teniendo una vida licenciosa, practicando la sexualidad normal, en las edades recomendadas, se garantizaba no solo la salud, sino también un buen matrimonio, por lo que comenzaron a publicarse textos en donde se manifestaba, por ejemplo, cómo la

prostituta mataba y envenenaba a la sociedad, o bien cómo los hijos nacidos en el matrimonio, eran más sanos, más inteligentes, más normales. Es así como se estructura el segundo aspecto, la sexualidad solo debe ejercerse al interior del matrimonio y con fines procreativos, hay que evitar, a toda costa, los fraudes a la reproducción, no es posible una sexualidad sin fruto y para cimentar esto desde la niñez es imperante el evitar el onanismo y las “prácticas solitarias” de los niños (Foucault 2011; Nuñez 2006; Vigarello 2006). Este es uno de los legados que recibe el siglo XX, una sexualidad fragmentada en practicas socialmente aceptadas y no aceptadas, con un discurso moral, un discurso de la perversión, de lo sano y lo malsano, en donde lo importante es evitar el placer y procrear, perpetuar la buena sangre, las buenas costumbres.

En el siglo XX la genética sentó las bases de la reproducción y apoyó el reconocimiento del papel del espermatozoide, lo que significó discutir sobre la fisiología reproductiva y las hormonas, especialmente entre 1930 y 1940. Al tener en cuenta las hormonas sexuales masculinas y femeninas se generó una teoría hormonal, que más tarde sería el sustento de la creación de las pastillas anticonceptivas. Por otro lado, el periodo entre 1950 y 1970 fue fecundo para varias propuestas, muchas originadas desde la sociobiología, las cuales señalaban que las diferencias en tamaño de las células reproductivas ofrecían evidencia para inferir estrategias reproductivas distintas en hombres y mujeres. A pesar de que entre 1980 y 1990 se confrontaron estas ideas sobre las diferencias sexuales, algunas perduran debido al significado social que desde la biología se establece en las diferencias de las estructuras psicológicas, pues las diferencias funcionales producen intereses y roles sociales distintos entre los sexos en relación a la reproducción, lo que resulta en diferencias al interior de las estructuras familiares, políticas y económicas (Daniels 2006). Hay que señalar que desde 1956 ha habido un gran interés por estudiar la reproducción y todos los factores asociados que modifican la reproducción humana con los estudios de

Davis y Blake<sup>4</sup>, quienes postularon un esquema de variables que actúan de manera directa sobre la fecundidad, en donde hacen una mención muy limitada de los hombre en torno a la fecundidad, la abstinencia y la contracepción, y que posteriormente Bongaart simplificó y operacionalizó, construyendo el modelo de las determinantes próximas.

Uno de los primeros estudios que se interesó por la evolución de la reproducción fue el de Short, publicado en 1976, en este artículo, el autor comienza a hacer un análisis sobre la reproducción humana, sin dar énfasis a algún sexo, y hace comparaciones entre estudios en poblaciones con fecundidad natural y fecundidad con contracepción, además de hacer una evaluación de la importancia de los hábitos y de lo que el llama la unidad humana, el comportamiento cooperativo en la crianza de los hijos, como un rasgo cultural que ha favorecido la reproducción humana, desde la transición de la poliginia a la monogamia.

Un interés reciente y generalizado, manifiesto desde principios de la década de 1990, de encontrar una postura necesaria para dar explicaciones sobre la interacción entre estos dos grandes campos sobre los cuales se desarrolla cada día la vida humana, apunta a que las teorías de historia de la vida tienen nuevas respuestas, en un sentido evolutivo, social, cultural, biológico, demográfico y de salud.

De ahí que se encuentren muchos autores como Wood (1994), Ellison (2001 y 2006), Kaplan (1996), Kaplan et al (2000), por citar algunos, que han realizado una revisión de la propuesta de las determinantes próximas, empleando teorías como la Historia de la vida y de el almacén energético corporal para argumentar, cómo la reproducción humana es un proceso evolutivo en un sentido amplio, de ahí que en este trabajo se piense que la reproducción no sólo es un

---

<sup>4</sup> Davis K y Blake J. 1956. Social structure and fertility: an analytic framework. *Economic Development and Cultural Change* IV(3):211-235.

proceso biológico que implica cierto comportamiento basado en pulsiones, sino que se trata de una construcción, y se ha resignificado con el paso de los años y generaciones provocando transformaciones a nivel individual, familiar, grupal y poblacional.

## **2.- MARCO REFERENCIAL.**

Actualmente, en la biología del siglo XXI, dos de los principales fundamentos son la teoría evolutiva y la teoría de la historia de la vida (THV) (Bribiescas 2006). La primera, explica el origen y desarrollo de las especies a través del tiempo, mientras que la THV provee una explicación evolutiva de eventos de gran importancia como el crecimiento y la reproducción, y dado el papel central de la reproducción en el proceso evolutivo por medio de la selección natural, es que se ha resaltado la relevancia de este proceso, de tal manera que podemos aceptar como ciertas las palabras del paleoantropólogo Juan Luis Arsuaga (2001): “ La evolución por selección natural es una lucha por la reproducción”.

A pesar de las semejanzas entre hombres y mujeres, las diferencias son muy evidentes. Pues al observar el cuerpo, dicho sea de paso no se requiere un conocimiento muy especializado, las diferencias saltan a la vista, y no únicamente las diferencias somáticas, sino también las comportamentales. Los hombres tienen mayor masa muscular, aunque esto ha ido cambiando con los años reduciéndose cada vez más esta diferencia, los varones no menstrúan, y aunque si tienen un ciclo de gametogénesis muy claro para las ciencias de la salud, los hombres jóvenes, no experimentan un evento que pueda equipararse, simbólicamente, a la menarquia de las mujeres, por otro lado, los hombres no dan a luz a sus hijos, y eso reduce la confiabilidad de los autoreportes sobre la fecundidad masculina. Respecto de los procesos biológicos, los hombres tienen menor resistencia desde el periodo fetal pues se ha registrado que hay mayor mortalidad, especialmente en los primeros meses, gestacional de productos masculinos que de femeninos. Y esta mayor mortalidad en varones se aprecia tanto en el inicio de la vida postnatal,

como al final, pues los varones mueren a edades más tempranas y a una tasa mayor que las mujeres.

En un sentido evolutivo, los hombres se distinguen de las mujeres en función del éxito reproductivo, esto ocurre principalmente debido a la selección natural y a otro proceso evolutivo, la selección sexual, ya que para los hombres, el proceso de eliminación no aleatoria que es la selección natural implica, entre otras cosas, realizar grandes inversiones para ser preferidos sobre otros organismos, de ambos sexos, competir con otros machos por las hembras y competir por los recursos, lo que representa un tipo de intercambio o transacción de recursos al interior de cada varón, pues como nadie puede estar en dos lugares a la vez, hay un intercambio en el destino del esfuerzo, ya sea por adquirir recursos o por encontrar pareja, este intercambio se debe, principalmente, a que las mujeres son quienes deciden quién es más apto para satisfacer sus necesidades, de tal manera que los hombres tienen que desarrollar diversas estrategias que favorezcan su éxito reproductivo (Bribiescas 2006). En relación con lo anterior, está la espermatogénesis, proceso continuo con un ciclo relativamente corto pues tarda unas 72 horas en volver a iniciar, al compararlo con la ovogénesis, encontramos un potencial para la reproducción diferencial, pues las distinciones entre uno y otro son muy claras, es decir, mientras que el periodo de vida con una completa capacidad de procrear (años en los que tiene la capacidad fisiológica de fecundar un óvulo) es mucho más extenso en los hombres, además de que ellos no tienen un cese en la producción de gametos como ocurre con las mujeres, no obstante las mujeres tienen una certeza del 100% sobre su relación con los hijos que crían, mientras que para los varones la cuantificación veraz del número de hijos de cada uno, es decir la fecundidad, presenta complicaciones originadas en el mismo diseño del proceso ontogenético y por lo tanto en la fisiología de la reproducción, por lo que el saber a ciencia cierta cuantos hijos tienen los hombres es muy difícil de determinar. Lo anterior significa, al menos desde un punto de vista teórico, que la descendencia de un macho es proporcional al número de óvulos que es capaz de fecundar (García 2005).

El problema se sitúa a partir de que se ha obviado la presencia masculina en la reproducción haciendo que no se les nombre con la especificidad que se requiere para que los varones sean vistos como actores igualmente relevantes del proceso, una suerte de coautoría entre hombres y mujeres respecto de los hijos que procrean y crían. En este apartado se aborda la Teoría Evolutiva que incluye la Teoría de la Historia de la Vida, se revisan las principales diferencias ontogenéticas y finalmente se aborda algo que en ocasiones cuesta trabajo apreciar en su relación con la teoría evolutiva, esto es las teorías sociales, especialmente las teorías identitarias (TI), se incluyen en este apartado ya que sin duda alguna, considero que hoy en día no existe un antropólogo físico (antropólogo biológico) que se atreva a negar que existen presiones o fuerzas culturales y sociales que tienen un gran efecto sobre cómo los humanos nos comportamos y de que manera nuestra fisiología responde al ambiente. Es por lo anterior que se propone como la principal articulación entre la THV y las TI la relación padre-hijo, ya que las experiencias tempranas del hijo determinan en buena medida cómo se comportará con su propia descendencia y esto último tiene gran relevancia a la luz de propuestas como la programación fetal y la epigenética moderna, propuestas que no se desarrollan en este trabajo.

Actualmente la reproducción es un tema que se está abordando con una diversidad de enfoques novedosos como la etnografía global, que busca integrar la relación entre lo local, influido por las políticas estatales en un contexto de tendencias globales, o bien en el empleo de conceptos y explicaciones que trasciendan la barrera de lo local y que se extiendan a un marco global. Otra tendencia moderna, empleada en el análisis de la reproducción es el análisis de la agencia y su relación con la estructura y el individuo, en relación a esto se ha propuesto la teoría práctica, que se interesa en cómo los actores resisten, persiguen o negocian con los cambios o transiciones en su “mundo particular”, proponiendo así que hay un constante juego entre las estructuras y los individuos, es decir, las estructuras sociales se normalizan y son corporeizadas por los

actores sociales como principios moduladores y motivadores de la acción (de los sujetos-persona) que además dirigen la forma de enfrentar su estar en el mundo, lo que, más allá de reificar al cuerpo como una fuente de absoluta verdad, nos permite percibirlo en la justa medida como la construcción, producida por la tensión entre discursos dominantes, constreñimientos sociales, la operación de las estructuras, lo que no necesariamente se refiere al cuerpo físico, sino al sujeto, en donde convergen múltiples agendas, como son: políticas, sociales, culturales, económicas, etc (Browner y Sargent 2011).

### **2.1 Teoría Evolutiva.**

La reproducción es, al mismo tiempo, una característica fundamental de la vida y también es una de las fuerzas que guían la evolución biológica, pues esencialmente, el mundo biológico se compone de especies de organismos que existen no como arquetipos perfectos, sino como variaciones individuales en constante competencia para perpetuarse a sí mismas en la siguiente generación, en otras palabras, las variantes con el mayor éxito reproductivo son las que predominan, mientras que aquellas con menos éxito reproductivo, desaparecen, por lo que las especies evolucionan a través del tiempo en función del éxito reproductivo de sus miembros, de tal manera que toda característica biológica que influya en el éxito reproductivo de los individuos tiende a ser producto de la selección natural (Bribiescas 2006; Ellison 2006). Para que lo anterior sea cierto, la selección en el sistema reproductivo debe ser en particular fuerte, pues una variación de la función reproductiva a menudo se traduce directamente en una variación del éxito reproductivo, por lo que la selección sexual adquiere una gran relevancia, pues aquellos que presentan las características más atractivas a las hembras, son los que tendrán un mayor riesgo de aparearse y procrear.

Evolutivamente la reproducción humana, y por lo tanto la recombinación genética, la conducta y la cultura, ha transformado al *Homo sapiens*. Afirmo esto porque, para que ocurra la reproducción se necesita la recombinación (dentro de la gestación) para producir una réplica de los progenitores que pueda reproducirse

a su vez. La recombinación genética, que al mismo tiempo está incluida en el proceso de gestación y los procesos ontogenéticos, requiere que exista una selección de la pareja con la cual se ha de reproducir la mujer y el varón. Esta selección de pareja está modulada tanto por la biología como por la cultura, como Marvin Harris señala en *Nuestra especie* (1989), diciendo que muchos de los cambios y diferencias entre los humanos, no tienen explicación por si solos a partir de la selección natural, sino que requieren de la selección cultural. Por otro lado, también señala que los cambios en el código genético, de aspectos físicos y de conducta que como resultado aumenten la tasa neta de reproducción, se verán favorecidos en las generaciones siguientes y constituirán una parte intrínseca de su código genético y estrategias culturales para satisfacer o atender necesidades específicas, así con la recombinación existe un flujo genético, mientras que con la transmisión y aprendizaje, existe un flujo (cultural) continuo en las formas de pensar-actuar de las personas cuya capacidad para satisfacer tales necesidades está constantemente a prueba, siendo importante el hecho de que no todas las variaciones resultan igualmente benéficas, haciéndose presente un gradiente de costos-beneficios, conservación-propagación, de estas variaciones al interior del grupo y entre generaciones, siendo las más deficientes las que menor propagación y conservación presentan al igual que un mayor costo y menor beneficio (Harris 1989) por lo que es de esperar, que existan diferencias entre los individuos, en términos reproductivos, que se manifiestan como el esfuerzo reproductivo y el éxito reproductivo –entendido como el flujo de genes hacia la siguiente generación, de tal manera que ésta sea capaz de procrear una tercera generación que porte los mismos genes y cuente con una función reproductiva que posibilite el flujo del genoma seleccionado-, el esfuerzo reproductivo, concepto central en la ecología reproductiva, se refiere a la asignación de recursos para reproducción en vez de destinarlos a otras funciones biológicas que pueden ser “competidoras” como el crecimiento o mantenimiento, este cambio o intercambio de recursos es también un ejemplo de lo que se conoce como *trade-offs* (costos) dentro de la teoría de la historia de la vida (Ellison 2001) y que se entiende como inversión parental cuando se aprecian como los recursos depositados por los

padres en los hijos con el propósito de alcanzar el potencial reproductivo, éxito reproductivo, tanto parental como de los hijos. Hay que señalar, aunque sea evidente, que el esfuerzo reproductivo es una variable que depende de las condiciones específicas ecológicas, biológicas y culturales de los individuos-poblaciones.

Lo anterior, distingue la perspectiva evolutiva de la médica, bajo la que se piensa que la reproducción solo tiene un nivel óptimo de funcionamiento, mientras la ecología reproductiva estudia el esfuerzo reproductivo desde una perspectiva evolutiva con la suposición de que la asignación del esfuerzo reproductivo ha sido modulado, en la misma medida, por la selección natural y la cultura, y por lo tanto puede ser ajustado comportamentalmente. Entonces es posible decir que la forma en que los sistemas reproductivos humanos muestran evidencias adaptativas, responden a condiciones ambientales, culturales y biológicas. En resumen, podemos decir que al final, todas las “acciones” de la selección natural pueden ser reducidas a la variación en el éxito reproductivo de los individuos, aún la sobrevivencia sólo tiene valor selectivo si conduce a una mayor representación genética en las generaciones siguientes, y alcanza mayor representación sólo mediante la reproducción (Ellison 2001).

Desde la publicación del origen de las especies, han coincidido dos hechos aparentemente disonantes, por un lado, somos sólo una especie más entre las millones existentes de seres vivos y por otro lado, tenemos un dominio ecológico que es mayor que el de cualquier otro animal (Bingham 2000). Actualmente existe un consenso entre los científicos sobre la herencia biológica de los humanos que compartimos con todos los demás organismos del planeta, sin embargo, la dependencia de los *Homo sapiens* en la cultura y en los comportamientos cooperativos o decididamente altruistas, ha derivado en lo que puede llamarse una espectacular anomalía evolutiva que somos (Arsuaga 2001; Hill et al. 2009).

Estas características únicas resultan de un complejo paquete de atributos que son individualmente distintos, incluyendo la capacidad cognitiva, el lenguaje complejo, el sentido ético, etcétera. Colectivamente, éstos y muchos otros elementos, constituyen el problema de la unicidad humana, y resulta un problema debido a su gran complejidad, pues es difícil lograr dar una explicación pese a que han existido ya varios intentos. No obstante, estos trabajos, aunque aislados, han aportando grandes reflexiones, sin embargo ninguno de ellos ha sido suficientemente convincente (Bingham 2000).

Las características de los organismos contemporáneos son el resultado de una historia evolutiva, para comprenderlas, se requiere hacer inferencias sobre ambientes pasados que hace mucho desaparecieron o se transformaron, para comprender la relación que guarda evolución de la reproducción humana y su fisiología con los contextos ecológicos de los seres humanos en el pasado y presente. Por lo anterior, primero se abordará la teoría de la historia de la vida, y desde ésta, nos enfocamos a algunos aspectos de importancia evolutiva y reproductiva en la historia humana, tales son, la evolución de la pelvis, la duración de la gestación, la menstruación, socioendocrinología para cerrar este apartado con la reproducción en sociedades con fecundidad natural. Se abordan aspectos más cercanos a la mujer ya que hasta la fecha, las fuentes consultadas, dan algunas explicaciones relacionadas con los varones que no resultan suficientemente amplias para desarrollarlas, sin embargo se sabe que actualmente hay abundantes investigaciones especialmente relacionadas con la epigenesis.

### 2.1.1 Teoría de la Historia de la Vida (THV).

La necesidad de organizar los recursos es innata en los organismos, al menos cuando se organiza el “presupuesto de recursos” destinados al crecimiento, mantenimiento, reproducción, etc. por lo que cada especie, y por lo tanto cada organismo, debe responder a estas necesidades particulares en función de sus “agendas” y capacidades. En el centro del paradigma de la evolución, a finales de los 70's, se encontraba el concepto de “aptitud”, *fitness*, y aún permanece, ya que por definición, los organismos más aptos son los que se

podrán “copiar” con mayor frecuencia en comparación con los organismos menos aptos. La evolución enfatiza la importancia de la reproducción, ya que tanto el modo como el éxito reproductivo de un organismo afectará a las futuras generaciones en la medida en que los “mejores genes” –y otras cualidades- se expresen.

El pasado de la teoría de la historia de la vida se encuentra en los modelos deterministas de la teoría del equilibrio-o estrategias-  $r/K$ , que en resumen predice que los organismos expuestos a altos niveles de mortalidad independiente de la densidad, grandes fluctuaciones en la densidad poblacional, o episodios repetidos de colonización, evolucionarán hacia una combinación de madurez temprana, mayor número de crías por gestación, mayor esfuerzo reproductivo, y tiempos de vida más cortos en comparación con organismos expuestos a la mortalidad dependiente de la densidad o densidad de población constante. En 1909, Lotka estableció que hay cierta distribución de edad, una proporción fija de sexo y una edad específica de fertilidad, a la cual tenderá una población. Esto fue comprobado en 1911 por Sharpe y Lotka quienes probaron que esta distribución de edad es estable y en 1925, Lotka sugirió que la tasa de nacimientos no es únicamente un rasgo adaptativo capaz de ser modificado por la selección natural sino que está ajustado a un intermedio óptimo (Stearns 1976, 1977).

A mediados del siglo XX, se realizaron varias suposiciones sobre las posibles causas en las tendencias reproductivas de distintos organismos, sin embargo estas ideas perdieron el valor empírico y se convirtieron en una maraña difícil de eliminar. El término teoría de las tácticas de la historia de la vida (*theory of life-history tactics*) o tácticas de la historia de la vida (*life-history tactics*) fue propuesto en 1976 y requería un punto de vista que combinara el estudio de la reproducción, el crecimiento y la genética bajo un marco ecológico que permitiera la generación de hipótesis sobre los cambios evolutivos, definiendo táctica como un conjunto de rasgos coadaptados y diseñados por selección natural, para hacer frente a demandas ecológicas particulares, por ejemplo, en un cardumen una

táctica es la distribución de tasas de crecimiento específicas para la edad, esfuerzos reproductivos o número de crías producidas, siendo el problema principal no la sobrevivencia sino el “diseño” para la sobrevivencia. En esencia, la teoría de las tácticas de la historia de la vida intenta predecir las mejores decisiones para hacer frente a distintas situaciones, a pesar de que la variación individual es sumamente importante, estas tácticas solo pueden ser evaluadas a nivel poblacional (Stearns 1976).

Actualmente los ecólogos afirman que hay una correlación, en todas las especies, entre la cantidad de energía invertida en crecimiento y desarrollo y el número de hijos que producen. Si se buscara simplificar el problema se podría intentar poner a cualquier especie entre los dos extremos – pocos recursos invertidos en crecimiento con un muy alto número de crías, y por el otro gran inversión en crecimiento pero muy pocas crías- de un continuo. Esta relación dicotómica, entre los extremos, es más clara cuando se comparan dos organismos, por ejemplo al comparar un delfín con un atún aleta amarilla, ambos habitan en ambientes semejantes pero el delfín solo da a luz a una cría muy madura cada 2 o 3 años, mientras el atún pone hasta 10 millones de huevos en una sola nidada produciendo crías muy pequeñas y menos maduras, el delfín es del tipo K mientras el atún es del tipo r. Por lo que, de manera muy resumida, actualmente la “historia de la vida” (*life history*) se refiere a la manera en que los organismos distribuyen los recursos disponibles como el tiempo y energía entre crecimiento, mantenimiento y reproducción (Reiches et al. 2009).

En esta propuesta teórica, uno de los elementos centrales está en la transacción de recursos entre procesos o necesidades, por ejemplo, entre el número de hijos y la inversión depositada en cada uno de ellos. Por otro lado, las inversiones son fundamentales para el éxito reproductivo de los organismos ya que no es alcanzado, en su totalidad, al dejar de ser fértil o de procrear, sino hasta que sus descendientes procreen.

Esta teoría tiene como elementos básicos que existen tres grandes “destinos” de los recursos: el crecimiento, el mantenimiento, y la reproducción, la distribución de estos recursos depende, de la edad, o fase de vida postnatal, en la que se encuentre el organismo, la sincronización de sus procesos de crecimiento-desarrollo-maduración, y al mismo tiempo de la disponibilidad de los recursos (Bingham 2000; Bogin 2003; Bribiescas 2006; Charnov 2001; Hill et al. 2009; Kaplan 1996; Kaplan et al. 2000; Short 1976; Stearns 1977). Algo fundamental en esta teoría es que cuando un recurso se destina por ejemplo al crecimiento, no puede reutilizarse para otro objetivo. Esta distribución de recursos nos lleva a las nociones de inversión y costos. Un recurso empleado para un fin, como la reproducción es “invertido” en el proceso reproductivo, y al incluir la noción de éxito reproductivo, se puede decir que se invierte al mismo tiempo en los hijos, tanto los que pueden tenerse, los que están en gestación y en los que están en crecimiento en la vida postnatal, por lo que hay una **inversión parental** (*parental investment*).

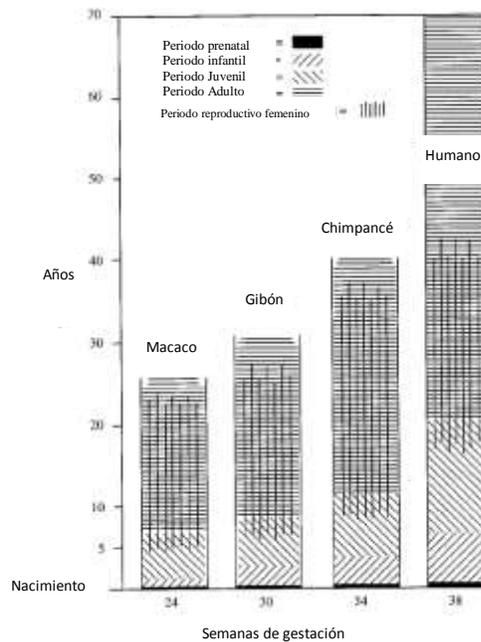
Finalmente lo anterior nos lleva a la idea del **costo** (*trade-off*), ya que cualquier proceso biológico implica para el organismo la necesidad de realizar ajustes, ya sea para favorecer el crecimiento o acelerar el proceso de maduración. Por otro lado, los organismos solo pueden operar con los recursos disponibles, es decir, solo pueden distribuir los recursos que posean, esto es, el material del que pueden echar mano, por lo que los costos e inversiones están íntimamente ligados con la ecología, que entre los humanos contempla también la capacidad de comprar alimentos o satisfactores, el acceso a bienes, a servicios de salud, etc. lo que al mismo tiempo depende del contexto histórico, político, social y cultural.

### 2.1.2 Estadios de la historia de la vida.

El tiempo de vida de un mamífero se puede dividir en seis periodos, de acuerdo a lo que propuso Schultz: fetal, infantil, juvenil, subadulta, adulta, y postreproductiva (Figura 1), así los diferentes modos en que las especies distribuyen los recursos en cada estadio define la historia de la vida.

a) *Vida fetal.*

En este periodo el producto es totalmente dependiente de la madre quien le provee de los nutrientes necesarios para el crecimiento y desarrollo del feto, quien tendrá mayores oportunidades de sobrevivir después del nacimiento si la distribución de energía y tiempo fue abundante. No obstante, la gestación impone grandes demandas a la madre en términos de gasto energético, haciéndose más vulnerable y aumentando los costos al retrasar la siguiente gestación (Jasienska 2001; Langdon 2005; Zeveloff y Boyce 1982).



**Figura 1 Comparación de las historias de vida primates, se observa como los primates en general han ampliado cada fase y es aún más amplia entre los humanos, quienes tienen periodos muy largos de inmadurez y vida postreproductiva. Modificado de (Hawkes et al. 1998)**

Un aspecto importante es el tiempo que debe durar la gestación, ya que durante el crecimiento del feto, el costo energético impuesto a la madre aumenta, por lo que debe haber un punto en el que el costo supera las ventajas que podría recibir el feto al permanecer en el vientre materno, no obstante el producto tiene mayores oportunidades al encontrarse dentro de la madre por lo que retrasará el nacimiento lo más que se pueda, por lo que existe un diálogo bioquímico muy específico entre la madre y el feto para que así estas señales desencadenen las

contracciones necesarias para el nacimiento. Por otro lado, el tiempo de gestación entre los humanos, no es muy largo, en comparación con otros mamíferos, sino todo lo contrario, es extremadamente corto en proporción al tamaño del cerebro al nacimiento. Entre los primates, nuestro cerebro continúa creciendo, con la misma velocidad que lo hacía en la vida fetal, durante el primer año después del nacimiento (Jasienska 2001; Langdon 2005; Zeveloff y Boyce 1982).

Es probable que la placenta juegue un papel muy importante en la transición del crecimiento prenatal al postnatal, principalmente porque en algún punto, la placenta que “envejece” no podrá satisfacer las demandas energéticas del cerebro, en particular, y el feto en crecimiento en general, por lo que se ha sugerido que el cambio tiene que ser promovido por las mismas señales bioquímicas (Jasienska 2001; Langdon 2005; Zeveloff y Boyce 1982).

*b) Infancia.*

Es un periodo de gran dependencia de la madre quien es la proveedora de nutrientes al producir la leche, lo que impone también grandes demandas energéticas, por otro lado, representa una ventaja para el infante, ya que puede desarrollar habilidades y cualidades como fuerza y al mismo tiempo explorar el ambiente sin tener que enfrentarlo por si solo. La ablactación deberá ocurrir cuando el infante puede valerse en algunas circunstancias por si mismo. En comparación con otros primates, el destete debería ocurrir, en los humanos entre los 2.5 y 6 años de edad, y al hacer el estudio empírico en sociedades tradicionales, se observó un patrón de ablactación por debajo de los tres años, resultando en un periodo de amamantamiento relativamente corto (Langdon 2005).

*c) Vida juvenil y niñez.*

Entre los otros primates, la infancia termina con el destete y debe poder alimentarse por si mismo para sobrevivir, y mientras sea inmaduro, en un sentido reproductivo, se le considera un “joven”. En este periodo el aprendizaje y la socialización son muy importantes entre muchos mamíferos. En contraste, la niñez

humana es un periodo único de transición entre la total dependencia infantil y la relativa independencia de la vida juvenil. Hay que hacer notar que solo los niños humanos son incapaces de conseguir alimento y requieren una dieta que provea de mucha energía ya que tienen un sistema digestivo inmaduro aunado al continuo crecimiento cefálico.

*d) Subadultos y Madurez.*

Un individuo sub adulto, se encuentra en el desarrollo de la madurez sexual, sin aún alcanzar la madurez reproductiva, proceso que requiere de mayor tiempo para alcanzar un desarrollo funcional. Durante este periodo se aprenden habilidades para conseguir pareja, además del resto de habilidades sociales. Una vez que la capacidad reproductiva comienza, no es útil seguir creciendo, ya que el apareamiento, la gestación y la lactancia imponen grandes demandas metabólicas tanto a hombres como a mujeres, por lo que la madurez sexual se asocia con el cese de crecimiento en longitud, y en este punto las hormonas ejercen un mayor control en la regulación de estos dos procesos (Langdon 2005).

*e) Vida postreproductiva.*

Entre los mamíferos es muy común observar la disminución de la capacidad reproductiva en ambos sexos, sin embargo, en los humanos, la menopausia, es un rasgo distintivo ya que implica el cese completo de la ovulación cuando aún quedan muchos años de vida, hecho que se ha vuelto evolutivamente significativo, pues forma parte de un rasgo que hace única a nuestra especie, posibilitando la contribución de las abuelas en la crianza y alimentación de los nietos, lo que corresponde a la llamada hipótesis de la abuela, transmitiendo también su conocimiento y ayudando con cuidados y forrajeo (Hawkes et al. 1998).

El envejecimiento es el resultado del daño acumulado en el cuerpo, comenzando a nivel molecular, ya que con la especialización celular, la alteración de las proteínas, y las mutaciones cromosómicas, los mecanismos de reparación pierden su eficiencia para atender las del organismo, lo que influye en la longevidad de los individuos. Este envejecimiento inicia, en las mujeres, con la

menopausia, que junto con la disminución de la fecundidad, puede ser entendida como parte de una estrategia reproductiva (Langdon 2005).

### 2.1.3 Teoría de la historia de la vida y las adaptaciones masculinas.

La evolución por selección natural resulta en una serie de rasgos que favorecen la sobrevivencia y el éxito reproductivo. Parte de estos rasgos, también llamados adaptaciones, tienen que ver con la organización de recursos, es decir, con las transacciones realizadas a nivel fisiológico, en sincronía con los procesos de crecimiento y desarrollo, de tal manera que el concepto de adaptación es central en la teoría evolutiva.

Una de las principales, y puede ser, más distintivas adaptaciones masculinas tiene que ver con la producción de células germinales, proceso que es sensible a la temperatura, pero en este proceso subyace otra importante adaptación, por ejemplo la producción y los efectos de la testosterona en los cuerpos de los hombres. Esta y otras adaptaciones son producto de la inercia filogenética, predisposición de presentar ciertos rasgos debido a su relación con el linaje evolutivo del organismo, que afecta a los varones de todas las edades.

Sería ingenuo pensar que las “adaptaciones masculinas” surgieron aisladas de la contraparte femenina, es decir, a cualquier rasgo que podamos señalar como una adaptación masculina, es necesario encontrarle una correlación femenina, pues en la evolución de la reproducción sexual, el paso de la isogamia a la anisogamia (gametos diferentes), nos ligó a unas con otros de manera indisoluble, ya que no podríamos reproducirnos sin la asistencia de los otros, y por lo tanto nuestra historia reproductiva es la misma, por lo que esta asimetría, macho hembra, en realidad es benéfica en la medida que permite que se perpetúen las inversiones e “intenciones” del otro al dejar descendencia que continúe con el mismo propósito, es decir, descendencia efectiva, proporción de hijos que sobrevive y procrea una siguiente generación. Por otro lado, hay que recordar que la anticoncepción, comparándola con la evolución de la reproducción sexual, surgió “prácticamente ayer”, ya que a pesar de que mucho de nuestro

comportamiento se distingue, de manera inconmensurable, de la de nuestros ancestros paleolíticos, o anteriores, es cierto que la base de nuestro comportamiento aún mantiene un fuerte vínculo con el comportamiento humano de hace unos 100 mil años.

a) *Espermátogénesis.*

La anisogamia resultó, en los mamíferos, en dos especializaciones incuestionables, las hembras están especializadas para producir óvulos y los machos están especializados para producir espermatozoides, pero no sólo eso, las especializaciones en los machos, también implican la de órganos específicos para depositar los espermatozoides en un ambiente que posibilite, y maximice esta oportunidad, la fecundación y los órganos para soportar la implantación del óvulo fecundado y nutrirlo.

En los organismos masculinos, la espermatogénesis se caracteriza por ser un proceso en donde la producción de células germinales es continua después de que ocurre la espermaquia, y cada ciclo de espermatogénesis produce un gran número de espermatozoides, en contraste, la ovogénesis no produce un número relativamente infinito de gametos, pues esta proporción de células está predeterminado desde la gestación, es decir, las hembras nacen con un número de gametos, de los cuales, no todos llegarán a madurar, por lo que su potencial de fecundidad, es mucho menor que el de los machos.

El mecanismo de espermatogénesis, al menos entre los humanos, depende de muchos otros factores, como la temperatura, la edad, la concentración de testosterona u otras hormonas, etc. Tampoco es pertinente asociar la fecundidad masculina con el conteo de espermatozoides, como señala Wood (1994), ya que no todo es cantidad, también hay que ver la calidad de estas células.

El desarrollo de este proceso comienza realmente con la fecundación del óvulo debido a que se complementa la carga cromosómica entre ambos gametos y se inicia todo el proceso de crecimiento y desarrollo del individuo. Los gametos

son originados por las células germinales primigenias, formadas en la segunda semana de gestación en el epiblasto y que posteriormente migran hacia la pared del saco vitelino. Dos semanas después, continúan su migración hacia las gónadas en formación y las alcanzan en la quinta semana. Ya en las gónadas hay un gran número de divisiones mitóticas<sup>5</sup>. En los varones, estas divisiones mitóticas significan el aumento de células germinales diploides, a éstas se les denomina espermatogonios, muchas de estas células, antes de la adolescencia, permanecen como células en estado indiferenciado y sirven como células de reserva para la producción subsiguiente de espermatozoides. Ya en la adolescencia, las espermatogonias que pierden contacto con la membrana basal se diferencian en espermatoцитos primarios, células que también son diploides<sup>6</sup>.

Los espermatoцитos, crecen antes de atravesar por dos divisiones meióticas<sup>7</sup>. Después de la primera meiosis, las células hijas se llaman espermatoцитos secundarios y son haploides<sup>8</sup>, sin embargo cada cromosoma de éstas tiene dos cromátides, por lo que puede ocurrir una segunda meiosis, dando como resultado las espermátides, células haploides que inician una fase conocida como espermiogénesis, que consiste en la transformación de las espermátides en espermatozoides, y culmina con el desprendimiento de las células germinales en formación de las células de Sertoli. Estos espermatozoides maduran a un ritmo de unos 300 millones diarios y el proceso de espermatogénesis dura, en promedio 70 horas, a diferencia del proceso de oógenesis en el cual, luego del nacimiento no se produce un ovocito primario, es decir, células que no han completado la primera división meiótica la continúan hasta la adolescencia (Langman 2008; Moore y Persaud 2008; Tortora y Grabowski 2002).

---

<sup>5</sup> Reproducción celular de tipo asexual en donde se conservan los organelos e información celular contenida, así como el reparto equitativo del material genético de las células somáticas

<sup>6</sup> Células somáticas, contienen 23 pares de cromosomas, es decir la carga genética completa (2n).

<sup>7</sup> Reproducción celular asexual, de las células germinales o gametos (espermatozoides y óvulos), en este proceso una célula diploide, pasa por dos divisiones celulares y genera cuatro células haploides

<sup>8</sup> Células gaméticas después de la segunda división celular en donde no hay una duplicación del material cromosómico por lo que cada célula solo tiene la mitad de ésta, es decir 23 cromosomas (n).

*b) Cantidad – Calidad.*

El proceso de espermatogénesis garantiza, entre otras cosas, una gran variabilidad en la carga cromosómica de cada espermatozoide, no obstante, esto también implica que no siempre se produce el mismo número de gametos y no todos con la misma calidad, pues a pesar del gran control que existe en el proceso de gametogénesis, no es posible prevenir todos los errores que pueden ocurrir. Muchas de las causas de errores, principalmente a nivel genético aun se desconocen o bien no se sabe el mecanismo por el que operan.

En los hombres, la fecundidad depende directamente de los espermatozoides, y la capacidad fecundativa de éstos al mismo tiempo depende de su concentración, conteo, su motilidad, morfología, por lo que el grado de variación, para considerar a un varón completamente fértil, es muy amplio (Bribiescas 2006). En este sentido ha existido un gran desacuerdo sobre las características que debe presentar un hombre para que se le considere, de manera óptima, fértil, y se ha dando especial importancia al conteo de espermatozoides (Bribiescas 2006; Carlsen et al. 1992; Daniels 2006).

La razón de esta variación en el conteo, es muy difícil de determinar, ya que operan múltiples factores, temperatura, nutrición, frecuencia eyaculatoria, etc. Después del estudio de Carlsen et al (1992), se dio una gran importancia al número, sin embargo, también se postularon diferentes teorías en donde la calidad de los espermatozoides afectaba en la medida que era posible que fecundaran a un óvulo maduro, como la del huevo seductor, que se desarrolla más adelante.

*c) Tiempo.*

El tiempo de vida de un organismo tiene que ver precisamente con la inercia filogenética, y no solo eso, sino la sincronización del tiempo que dura cada periodo o etapa de la vida de los organismos se encuentra demarcado por esta relación, sin dejar de lado la importante asociación existente entre las condiciones de vida, desde la gestación hasta la muerte, con los procesos de crecimiento y

desarrollo. Así el tiempo de vida de los organismos depende de su relación con otros factores, como la resistencia a enfermedades, su capacidad de resistir fuentes extrínsecas, las cuales aumentan su riesgo de muerte al estar expuesto a ellas, etc. esto resulta en una gran variedad de estrategias para maximizar el tiempo de vida.

Estas estrategias, tienen como fin distribuir de la manera más eficiente el tiempo disponible, esto es, decidir cuándo y de qué alimentarse, cómo hacerlo, cuándo buscar pareja, en dónde, cuándo procrear, y cuánto tiempo se le dedica a cuidar a los descendientes. Entre los hombres una de las estrategias más comunes es la transacción entre el tiempo para proveerse alimento y el tiempo para encontrar pareja, ya que la búsqueda de pareja implica una gran inversión para los machos, cuando menos, de todos los primates. Este tiempo también es invertido al cuidar a la pareja y en el cuidado de los hijos, de hecho se ha registrado un incremento en el tiempo que los padres de sociedades occidentales pasan con los hijos, y se ha encontrado que este aumento en el tiempo de convivencia se asocia con notas más altas y mejor desempeño escolar.

#### 2.1.4 Tiempo de gestación.

El desarrollo temprano del cerebro es una característica de los mamíferos y regulado por el programa ontogenético, necesario para establecer las capacidades del sistema nervioso central lo más rápido posible. En función de lo anterior, es poco ventajoso posponer el crecimiento del cerebro así como disminuir su tamaño, una alternativa sería acortar el periodo de gestación para conseguir que las dimensiones cefálicas fetales resultaran menores, lo que parece ser aún menos probable, ya que en comparación con otros primates, los recién nacidos humanos son especialmente débiles, indefensos y en algunos casos incapaces, incluso, de encontrar el pezón materno sin ayuda, de tal suerte que una gestación de menor duración, en relación con el crecimiento y desarrollo del cerebro, aumentaría notablemente la probabilidad de muerte (Ellison 2006; Lovejoy 2005).

Un producto se considera viable desde las 27 semanas de gestación, en donde se ha formado por completo, salvo los pulmones, casi todos los órganos han alcanzado el grado de maduración con el que nacerá el feto, por lo que durante el último trimestre del embarazo, solo hay una preparación, y una importante ganancia en peso en forma de grasa, también empleada para la mielinización. Como parte del programa ontogenético, el aumento en peso es relevante durante la vida prenatal y especialmente para los neonatos e infantes. Se habla de que un recién nacido con peso por debajo de los 2500 gramos se encuentra en condición de riesgo, estos bebés tienden a ser prematuros, y es probable que sean hijos de madres con algún grado de desnutrición, por lo que se establece la relación entre el programa ontogenético, las condiciones de vida durante la gestación, y el tiempo que dure el embarazo. En cuanto a lo anterior, en una investigación previa, se encontró que en condiciones óptimas, esto es baja paridad, buen estado nutricional, ninguna enfermedad durante el embarazo, buena alimentación, actividad física de ligera a moderada, etc., y bajo una constante vigilancia prenatal, los fetos se desarrollan y crecen conforme a lo esperado, es decir no presentan dimensiones por debajo de lo normal aunque, es posible que en algún indicador sean grandes para la edad gestacional (Hernández y Mundo 2010).

La relación entre las dimensiones fetales, el patrón de crecimiento del mismo, los cambios evolutivos del programa ontogenético, la ingeniería de la gestación y la neotenia en la evolución humana, se aprecian –en diferente medida– en la altricialidad de los recién nacidos humanos. Montagu en su artículo *Time, morphology and neoteny in the evolution of man* (1955) revisó algunos rasgos morfológicos considerados típicamente como humanos y encontró que era probable que estos rasgos no fueran tan modernos como se pensaba en la “versión clásica de la evolución humana, en la que el tiempo y la morfología tenían una relación uno a uno y una simple relación concomitante, concibiendo esta relación como: a mayor tiempo de existencia más avance del desarrollo morfológico” (Montagu 1955).

Posteriormente, Montagu publicó un artículo sobre la neotenia – y los rasgos altriciales- en los recién nacidos. En dicho artículo señala que los recién nacidos humanos son tan inmaduros que requerirían de otros 8 a 10 meses de gestación para que los productos pudieran gatear, y unos cuatro a seis meses adicionales para que pudieran caminar, aunado al tiempo que los hijos permanecen con los padres antes de poder valerse por sí mismos, lo que demuestra que el ser humano nace y permanece inmaduro durante mucho más tiempo que cualquier otro animal (Montagu 1961).

Se ha encontrado que el feto es el que tiene un importante papel en la regulación del tiempo de la gestación, sin embargo no se niega la relevancia que tiene la placenta y su grado de madurez en la regulación del tiempo de gestación, siendo la retroalimentación existente entre la segregación de hormonas fetales y maternas la que actúa como el factor limitante en la duración del embarazo (Ellison 2006).

A principios de la década de los 80's, se argumentaba que la placenta humana era la que permitía las tasas de crecimiento acelerado, aunque la mayor velocidad de crecimiento en talla se alcanza más cerca del final del embarazo, resultando en esta combinación de súbito crecimiento y altricialidad, menor grado de madurez en relación con la longitud, que caracteriza al neonato humano. A este respecto Gould escribió que, las grandes dimensiones y los embarazos con pocos productos son característicos de las “especies precoces”, por otro lado señaló que los humanos somos “altriciales en segundo grado”, como parte de una condición neoténica, lo que provocaba que nuestra gestación se acelerara en un punto, ya que el peso elevado del producto, causado por un largo periodo de desarrollo embrionario, además de que la cabeza del feto es especialmente grande y por lo tanto, ocupa mucho espacio y tiene que ser expulsado “prematuramente” – en comparación con otros primates- para así poder pasar por el canal de parto (Zaveloff y Boyce 1982), lo que nos conduce de nuevo a la relación de la

proporción del perímetro cefálico con el diámetro del canal de parto, como una explicación de la inmadurez de los recién nacidos humanos, sin que sea la única.

Hoy en día, sabemos, a partir de experimentos en ovejas, que la progesterona reduce la capacidad de contracción muscular del útero, mientras que el estradiol y las prostaglandinas tienen el efecto contrario. El estradiol reduce los efectos de la progesterona, facilita el desarrollo de conexiones sensoriales en las células musculares uterinas y estimula la producción de prostaglandinas y sus receptores. Las prostaglandinas son estimulantes de las fibras musculares y también pueden provocar vasodilatación. Otra hormona importante es la cortisona, pues ayuda a mantener los niveles de glucosa en sangre y su producción es estimulada por la adrenocorticotropina. De tal manera que, la placenta es la principal productora de progesterona, durante la gestación, y es en el aparato bioquímico placentario (placentomas) que se produce pregnenolona, el primer paso en la síntesis de esteroides, que después se convertirá en progesterona. Hacia el final del embarazo, hay un importante incremento en la producción de cortisona, que estimula la maduración pulmonar y la producción de ciertas enzimas en los placentomas, que en vez de producir progesterona producen estradiol. La cascada de hormonas es conducida por la cortisona secretada por la glándula adrenal del feto, pues en ausencia de las conexiones entre la pituitaria y el hipotálamo fetal, no se desencadenan las contracciones de parto, de la misma manera que si se administra cortisona se provoca un alumbramiento prematuro. Así se propuso la teoría de que el feto y no la madre, inicia el trabajo de parto. Sin embargo, en los humanos no ocurre de manera tan abrupta, ya que la producción de progesterona no disminuye hasta que la placenta es expulsada, además de que la administración de cortisona no inicia la labor de parto y la producción de estradiol no está en función de la progesterona, por lo que se propone que es un mecanismo lento y progresivo que se relaciona también con la producción de oxitocina, hormona estimulante de las contracciones de las fibras musculares, que aumentan en fuerza y velocidad durante el alumbramiento junto con las prostaglandinas. No se tiene evidencia de un detonador bioquímico preciso del

parto, sin embargo, se tiene conocimiento de la relación entre el grado de nutrición materna y la nutrición fetal, por lo tanto, las reservas de energía tanto maternas como fetales parecen ser la respuesta a la interrogante sobre la señal que marca el inicio del fin de la gestación (Ellison 2006).

## **2.2. Socioendocrinología.**

Actualmente se habla de que los factores socioendocrinos, esto es la relación existente entre el ambiente social en interacción con la producción hormonal y el comportamiento, construyen o modulan las trayectorias ontogenéticas desde el útero y estas se encuentran activas hasta la muerte, esto está de acuerdo a la propuesta de la programación fetal y se sabe que las diferencias en los mecanismos de retroalimentación neuroendocrina tienen un papel predominante en la mediación del proceso reproductivo en individuos púberes y adultos, pero más aún, también se sabe que estas diferencias, manifiestas desde el periodo fetal afectan los futuros perfiles neuroendocrinos adultos. Todo esto significa que el éxito reproductivo, es influido por el desarrollo social, demográfico, mediante el comportamiento sexual y los mecanismos neuroendocrinos.

Un hecho fundamental de esta postura es que los individuos han evolucionado de tal manera que han adquirido una gran plasticidad que les permite ajustar cuanto invierten en el esfuerzo reproductivo y el éxito reproductivo. Por ejemplo se sabe de la relación que hay entre la producción de prolactina en machos Tamarinos que cargan mucho tiempo a sus hijos, incluso se ha documentado que los machos y hembras jóvenes retrasan su salida del grupo familiar para cuidar a sus hermanos más pequeños y al hacer esto también presentan altas concentraciones de prolactina. Por otro lado, las concentraciones de prolactina están altamente correlacionadas con el número de hijos previos con los que ha tenido contacto el macho. A pesar de que no se conocen los mecanismos específicos que regulan la actividad endocrina pre y post parto, sí se sabe que hay señales producidas por las hembras y que detectan los machos, lo que posibilita un sistema de cuidado de los recién nacidos por una red de familia

extendida, es decir por varios individuos en el grupo familiar, lo que necesariamente involucra el cuidado paterno de los neonatos. La socioendocrinología del cuidado parental en los monos tamarinos es muy semejante a la de los humanos, como los cambios endocrinos ocurridos en la mujer durante el embarazo, no solo la preparan para el parto, sino que son estimulantes neuronales de los cambios neuronales que regulan el comportamiento materno. De este modo, las señales femeninas, similares a las de los tamarinos, son recibidas por los hombres y se han detectado altas concentraciones de cortisol y prolactina en varones antes del parto y justo después del alumbramiento seguido por un descenso de esteroides en los siguientes meses, y de hecho se ha encontrado una asociación, en hombres, entre la concentración de prolactina, el número de hijos (embarazos) previos y la presencia de “síntomas de embarazo”. Esto coincide con el aumento en la participación paterna en el cuidado directo de los hijos registrado en Europa y América (Bercovitch y Ziegler 2002).

En cuanto a la prolactina, actualmente se sabe que ha tenido un lugar muy importante en la evolución de vertebrados y es conocida como la hormona más versátil al haberse integrado a más de 300 procesos bioquímicos, lo que sugiere una gran capacidad de exaptación<sup>9</sup>. Por otro lado, se han realizado comparaciones interespecie y se ha sugerido que el aumento en prolactina (PL) disminuye el esfuerzo por aparearse en los hombres, estos posibles aumentos en PL están asociados con la edad, el embarazo, y la crianza paterna, por lo que también se le asocia negativamente con el deseo sexual y actividad sexual. En un estudio recientemente publicado se ha encontrado que, comparativamente, el “comportamiento” de la PL es semejante en humanos, y otros mamíferos, pero también con aves y peces. También se encontró que los padres de hijos menores de un año, tienen más prolactina que aquellos con hijos mayores, y se ha

---

<sup>9</sup> Este término fue propuesto por Gould y Lewontin en su famoso artículo para referirse a aquellas adaptaciones que fueron “desarrolladas de manera secundaria” para convertirse en funciones primarias, escrito en 1979 *The spandrels of San Marco and the Panglossian paradigm: a critique of the adaptationist programme. Proceedings of the Royal Society of London* 205:581-598

señalado que es posible que las bases para el aumento de PL en hombres comience antes del nacimiento de sus hijos, pero el verdadero aumento en la secreción de PL ocurre con la transición hacia la paternidad, poco después del nacimiento de sus descendientes. Ésta mayor producción de PL también se asoció a hombres en relaciones románticas y cohabitación con la pareja e hijos (Gettler et al. 2012) esto sugiere que el papel de muchas hormonas, especialmente el de la prolactina es mucho más complejo que lo que se esperaba, particularmente para el comportamiento sexual y reproductivo y no solo el rol de ésta hormona, sino también el de las estrategias reproductivas tanto como el del contexto social y cultural, además hay que realizar más estudios que nos permitan entender la relación entre esta hormona y otras como la testosterona. Finalmente este tipo de estudios ayudan a dirigir la mirada hacia otros elementos importantes que sin duda alguna nos refieren a aspectos que habíamos ignorado, como la relación gestacional entre los padres, madres e hijos durante la gestación.

### ***2.3. Reproducción en poblaciones con fecundidad natural.***

Se define como la fecundidad que existe o ha existido en ausencia deliberada de control natal (Wood 1994). En los grupos cazadores-recolectores, la cría de los hijos depende de la cooperación entre los padres, es claramente importante reforzar los lazos que los mantienen juntos, una forma de hacer esto es desarrollar una estricta división del trabajo entre sexos, así, uno se vuelve dependiente del otro. También parece probable que se haya explotado el comportamiento sexual para mantener y reforzar este vínculo de pareja parental. Somos los únicos mamíferos, en los que se ha abandonado el fenómeno periódico-comportamental del celo, cuando la mujer es instintivamente atractiva y receptiva al hombre, cambiándose por la situación en la que ella es potencialmente atractiva y receptiva en cualquier momento entre la adolescencia y la edad adulta (Short 1976).

También parece que somos el único primate entre los cuales las mujeres reciben una “gratificación añadida” de la relación sexual, en la forma de un orgasmo. El “uso” de las relaciones sexuales por propósitos sociales, pudo haber

dejado su marca en el hecho de que el hombre tiene el pene mas largo de todos los primates, pero testículos y reservas de espermatozoides relativamente pequeños, tanto que si la eyaculación ocurre más de una vez cada dos o tres días, el volumen y densidad disminuye. Este hecho con el relativamente largo periodo refractario que sigue a una relación sexual, sugiere que nos hemos adaptado a un bajo nivel de actividad sexual continua. Las consecuencias de un sistema de apareamiento monogamo o polígamo se encuentran bien documentadas a partir de los estudios en primates contemporáneos. Debido a que las mujeres son menos pesadas que los hombres, sin tomar en cuenta las diferencias en la forma del cuerpo y distribución pilosa, se puede suponer un pasado polígamo. A este respecto se han realizado estudios en sociedades humanas tradicionales encontrado que solo el 16% de ellas son exclusivamente monogamas. Por otro lado, la monogamia puede representar una estrategia de la “negociación” entre nuestra naturaleza polígama y la necesidad de mantener el vínculo de pareja de los padres en beneficio de los hijos (Short 1976).

Un estudio de mujeres rurales en el estado indú de Punjab, efectuado entre 1953 y 1960, mostró que la edad promedio en la que estas mujeres experimentan su primer parto es a los 17 años, y pueden experimentar partos subsecuentes cada 32 meses hasta los 40 años, mientras menos del 2 % de las mujeres del Punjab alcanzan la edad de 45 años sin haber tenido un hijo. El interés por las sociedades tradicionales, con fecundidad natural, se fundamenta en que el nivel de fecundidad en estas comunidades juega un papel importante en el desarrollo de modelos teóricos en demografía y antropología, y más recientemente en la biología reproductiva (Wood 1994).

Muchos estudios de sociedades tradicionales han investigado si los padres “producen un número óptimo” de hijos. Basándose en Lack, Smith y Fretwell, Blurton Jones, mostró que entre los sudafricanos ¡Kung San, el periodo intergestacional de 48 meses era el patrón común, además de que este patrón reducía la mortalidad infantil lo suficiente para maximizar el número de hijos

sobrevivientes que las madres crían durante su vida. En contraste, entre los Ache de Paraguay, no hay evidencia de que la mortalidad infantil se encuentre asociada al número de hijos (o hermanos del último hijo) y la duración del periodo previo al nacimiento del último hijo. Esto puede deberse al rápido crecimiento de la población Ache previo al contacto del muestreo demográfico. Por otro lado, estudios en poblaciones con una baja tasa de fecundidad muestran que las familias con un tamaño intermedio son óptimas para la producción de más hijos y nietos sobrevivientes (Smith et al. 2001).

Uno de los aspectos más conocidos y característicos de los !Kung San del Kalahari es su baja fecundidad, lo que ha sido difícil establecer es si esto es originado por directrices socioculturales o por procesos fisiológicos y biológicos. Como es de esperarse, este problema refiere a la adaptación específica, y por lo tanto su modo de sobrevivencia, a su medio ambiente, lo que hace necesario, para entender las dinámicas demográficas de esta sociedad, y otras sociedades con baja fecundidad, comprender cómo se articulan, interrelacionan y superponen, los componentes culturales, y por lo tanto “controlados”, con los componentes biológicos involucrados (Bentley 1985).

#### ***2.4 Teorías Identitarias.***

Este trabajo, al tener como idea principal “los hombres también se reproducen” en contraste con el hecho de que son los cuerpos de las mujeres los que experimentan el embarazo fisiológico directamente, no busca tratar únicamente la presencia de los hombres en la reproducción durante la gestación. Recordando que el tiempo se considera como un recurso que se puede invertir desde la teoría de la historia de la vida, la selección del momento en el cual es oportuno invertir tiempo en prodigar cuidados a la mujer o a los hijos, el tipo de cuidados y las actividades que se realizan en ese tiempo tienen que ver con las experiencias tempranas de quien los invierte. En otras palabras, la manera en que un hombre fue tratado por su padre al inicio de su vida es relevante pues señala un punto de partida, un primer referente, que servirá como base para la construcción de una identidad, masculina, parental, paternal, etc. sin embargo,

como este proceso de identificación es sumamente dinámico y se retroalimenta con otras experiencias, sobre esa base previamente construida se articulan otras experiencias significativas, como las que se viven a partir de la convivencia con los pares por ejemplo, sin dejar de lado que también existen mecanismos de resistencias a los pares. Por todo esto, se considera a las teorías identitarias como un fundamento que permite explicitar más claramente la pertinencia del estudio. Al tomar como base el trabajo de Stets y Burke (2000), en donde se explica como la teoría de la identidad o identitaria (*identity theory*) (TI) comparte muchos elementos con la teoría de la identidad social (*social identity theory*) (TIS). El primer punto tiene que ver con la base de la identidad (categorías o grupos en la teoría social y en los roles o papeles en la teoría identitaria). El segundo punto tiene que ver con la activación de las identidades y el concepto de relevancia como es empleado en ambas teorías. Y el tercer punto, señala los procesos básicos que surgen una vez que se ha activado una identidad.

Para ambas teorías, el ser de cada persona, tiene una cualidad reflexiva a partir de la cual puede percibirse como un objeto y puede clasificarse, categorizarse o nombrarse en relación a otras categorías o clasificaciones sociales, en la teoría de la identidad social esto se conoce como autocategorización y en la teoría de la identidad como identificación y es a través de este proceso que la identidad es formada. En la TIS, la identidad social es el conocimiento o certeza que una persona tiene de que pertenece a una categoría o grupo social, es decir una colectividad de individuos que se identifican porque se perciben como pertenecientes al mismo grupo o categoría social.

De manera semejante, en la TI lo que importa son los papeles denominados, pues es a partir de estos que se entiende la estructura social y que las personas se reconocen y reconocen a los demás como ocupantes de una posición y por lo tanto, estas denominaciones o posiciones permiten el surgimiento de significaciones dependientes del comportamiento propio y de los otros. En otras palabras, lo relevante es la categorización que cada persona tiene de sí como

ocupante de una posición o rol, y a partir del cual se pueden incorporar significados y expectativas asociados a ese rol y a los roles de los demás, esta comparación y apropiación de roles permite la “elaboración de una guía” de comportamiento, que incluye todo aquello que puede resultar significativo para nuestros planes y actividades. En este sentido, se ha incorporado a esta idea el concepto de recursos, esto es todo aquello que mantiene a las personas y sus interacciones, como un punto central en el proceso de identificación (Stets y Burke 2000).

Al interior de la TIS, la relevancia tiene que ver con la significancia psicológica de la pertenencia a un grupo, sin embargo, en esta teoría no valora ninguna de las realidades del contexto social, pues no las relacionan con la situación o el comportamiento, motivos o metas individuales. No obstante, la relevancia tiene dos rasgos característicos, la accesibilidad –que tan rápido se activa una categoría en una persona en relación con sus actividades, metas, etc.- y el ajuste –que se refiere a la congruencia entre la categoría y la percepción de la situación en que surgió-, por lo que estos grupos sociales o categorías, son reales para las personas que se identifican con ellos en un sentido más allá de lo perceptual, pues esta identificación y el propio grupo están ligados a las necesidades sociales, esto es, la relación, así como el producto de esta, entre el individuo y las condiciones, tanto del grupo como a su alrededor.

En contraste, la Teoría de la Identidad, se interesa más por cómo la posición de los individuos al interior de la estructura social afecta la activación de una u otra identidad, siendo de particular interés el “compromiso” de los individuos con una identidad. Una primera característica de este compromiso tiene que ver con la cantidad de personas a las que uno “está atado”, pues mientras se mantenga este lazo con más personas es más probable que cierta identidad se active. La segunda característica se relaciona con la fuerza de este lazo con los demás, pues lazos más fuertes provocan que surja una identidad con mayor relevancia para cierta situación.

En cuanto a los procesos llamados básicos, se muestra aspectos centrales de ambas teorías y que se complementan. En la TIS, el núcleo del proceso cognitivo conocido como *despersonalización* –representación cognitiva de la categoría social con la que se identifica, contiene significados y normas que la persona asocia con esa categoría- en pocas palabras, se ve a sí mismo como la corporalización del grupo, por lo que la activación de una identidad social produce despersonalización, pues percibe las normas del grupo y actúa en consecuencia, y esta despersonalización significa también el proceso básico de creación de estereotipos sociales, cohesión social, etnocentrismo, altruismo, cooperación, y trabajo colectivo, entre otros rasgos del comportamiento humano. Un proceso semejante se estudia en la TI, la auto-verificación, esto es, verse a sí mismo como en función del rol, que contiene significados y normas que la persona asocia al mismo, de tal manera que cuando una identidad se activa, ocurre la auto-verificación, en donde los individuos se comportan de acuerdo a su rol para mantener la consistencia y coherencia con su identidad corporalizada.

La relevancia de estas teorías, para este trabajo, resulta en la construcción de diferentes categorías, como la paternidad, la categoría de padre y la de hijo, sin dejar de lado su estrecha relación con la construcción de la identidad sexual y de género. Por otro lado, resaltan la importancia de lo que se ha denominado, en este trabajo, las experiencias tempranas, pues los hijos experimentan, en la construcción de la relación con sus padres, vínculos con la imagen “del padre”, esto implica ¿Qué es ser padre?, ¿Cómo ser padre? ¿Qué hace un padre?, en otras palabras, la experiencia de la paternidad, que puede comenzar a vivirse desde la infancia, pero solo se experimenta completamente al procrear y criar a un hijo.

Los primeros etnógrafos del siglo XX estudiaron los lazos parentales y reforzaron el sentido de la importancia de la paternidad al hacer evidente que existe algún lazo entre padre e hijo y éste se encuentra presente casi en todas las

sociedades humanas, al mismo tiempo encontraron que el “tabú del incesto” era la base de la construcción del parentesco, que a su vez, incluía la reproducción social y biológica, es decir, la formación de parejas, la construcción de la identidad del niño, la herencia y sucesión de roles sociales, etc. en algunos sistemas de parentesco africanos, como el de los Beti, los Ashanti o los Yoruba, la paternidad es tan importante que puede haber dos figuras, el padre biológico, *genitor*, y el padre social, *pater*, y en términos de la reproducción social, el *pater* es mucho más importante que el *genitor* ya que en sociedades como las mencionadas, la sobrevivencia social del niño es el reconocimiento paterno sea o no el *genitor*, pues como reporta la autora, en algunos grupos el vínculo es también de tipo espiritual con los ancestros para poder obtener y perpetuar la continuidad espiritual entre las líneas ancestrales ya que este componente espiritual solo puede ser transmitido de padre a hijo, además de que sin el *pater*, el niño no puede atravesar por diversos rituales de paso pues se requiere de su padrino, orientación y participación en el ritual (Guyer 1998).

En contraste con lo anterior, y a pesar del creciente interés, se señala que antes de 1990 había pocos estudios etnográficos detallados que dieran cuenta de la relación, en sociedades no occidentales, existente entre padres e hijos, ya que los enfoques teóricos, metodologías empleadas y la misma naturaleza de la relación padre-hijo, resultaron en el énfasis en el rol materno y la ausencia de datos que clarificaron el rol paterno, además de que las relaciones materno-infantiles fueron entendidas como un prototipo que debería existir entre la madre y sus futuros hijos; Freud y Bowlby señalaron que para que alguien sea mentalmente sano era necesario tener total, completa e incondicional confianza con su madre, mientras que la figura paterna no era relevante en tanto no se encontrara en la situación edípica de conflicto padre-hijo. Estos enfoques, y las metodologías empleadas, sesgaron mucho la información ya que se privilegiaron los análisis comportamentales -de las relaciones materno-infantiles- de actividades diurnas, omitiendo otro tipo de actividades, por ejemplo las que llevan a cabo los padres antes de que los hijos-hijas se duerman y cuando duermen –los hijos-

durante la noche, lo que provocó que los padres y sus cuidados, es decir su actividad paterna y su inversión parental, fuera mucho menos conspicua que la de las madres (Hewlett 1991).

En un estudio que utilizó la Muestra Intercultural Estándar<sup>10</sup> (MIE), se encontró que de 186 sociedades en la muestra, 120 presentan participación de los padres en el cuidado desde el alumbramiento, y de las 120, el 27% de los hombres estaban presentes al nacimiento, aunque proporcionando asistencia indirecta o en reconocimiento de la paternidad, tanto por parte del padre al hijo, como del grupo, ya sea familiar o social hacia el hombre en su rol de padre. Por otro lado, gran parte del involucramiento paterno, que es de gran importancia en muchas sociedades, no necesariamente tiene que ver con el cuidado directo, sino con el entrenamiento social-moral de los hijos, así como con el desarrollo emocional y la percepción de cercanía en la relación padre hijos, o bien padres-hijas (Gray y Anderson 2010). En términos de inversión de otro tipo de capital – como el capital cultural de Bourdieu- la convivencia con los padres, permite entre otras cosas, el desarrollo de ciertas habilidades, pues los padres participan en actividades más relacionadas al juego o deportes que las madres, y se ha hallado que los niños responden a este tipo de interacción reforzando, por un lado el vínculo padre-hijo, padre-hija, y por el otro permite, dada las edades de desarrollo, la construcción, a partir de la apropiación de valores, de su personalidad y la adopción de las expectativas que la pareja parental tiene respecto de su descendencia así como las expectativas que los otros miembros de la familia y de la sociedad “imponen” en los hijos o hijas.

Lo anterior nos conduce a preguntarnos qué pasa con la inversión parental en las sociedades industrializadas. La inversión parental es relevante en las sociedades industrializadas ya que se han registrado, desde finales de 1950 a la

---

<sup>10</sup> La muestra intercultural estándar, contiene información sobre las sociedades preindustriales mejor descritas, se trata de una serie de datos seleccionados por George Murdock y Douglas White de 186 sociedades. Originalmente fue publicado en 1969 en *Ethnology*, y muestra los primeros resultados del Cross-Cultural Cumulative Coding Center (CCCCC) establecido en la Universidad de Pittsburgh en 1968 (vol 8 #4)

fecha, cambios en el tiempo de convivencia entre padres e hijos (Gray y Anderson 2010; Sayer et al. 2004) y más aún, cuando se conceptualiza la inversión parental en articulación directa con las relaciones de pareja (*pair-bonding*) ya que en un sentido no solo evolutivo, sino social y cultural, este tipo de relaciones han dado “forma” a la variedad de sociedades humanas, pues la mayor proporción de nacimientos ocurren en un contexto de relaciones de pareja de larga duración, incluyendo matrimonio o cohabitación sin matrimonio –y aún entre estas últimas, la presencia de hijos es un elemento importante para la transición de cohabitación sin matrimonio, a matrimonio-(Chapais 2008; Gray y Anderson 2010).

Los hombres, al igual que las mujeres, también tienen que enfrentar el reto de balancear todas las actividades [y roles] de la vida cotidiana en aras de lograr una buena distribución de uno de los recursos más fugaces, el tiempo. El hombre tiene que ser esposo, amante, amigo, trabajador, administrador, maestro, compañero de juegos, proveedor [a diferencia de lo que se argumenta como el “mito del hombre proveedor”, se ha visto, desde la THV que el hombre provee con diversos recursos el núcleo del grupo familiar, de nuevo en un sentido amplio, como es tiempo dinero, alimento, cuidados, etc., entre otros. Estas variables, modulan el proceso reproductivo, de tal manera que, las predicciones que pueden obtenerse a partir de modelos de sociedades tradicionales, para las sociedades industrializadas, no concuerdan con el presupuesto de la maximización de la aptitud, esto es, a menores recursos menor cantidad de hijos para proveerles con mayores recursos, ya que se ha visto que hay una correlación negativa entre el número de hijos y el nivel de educación, ingresos o estatus socioeconómico, entre los más importantes. Otra diferencia se relaciona con los modelos cantidad-calidad, ya que el tener la posibilidad de adquirir y acumular muchos recursos, es decir tener un gran potencial para invertir en muchos hijos, no representa que se tendrá un alto índice de fecundidad, sino que los índices de fecundidad tienden a ser negativos, por la misma correlación negativa entre nivel de educación-estatus socioeconómico y el número de hijos (Gray y Anderson 2010; Kaplan 1996; Kaplan y Gangestad 2004; Kaplan et al. 2000; Sayer et al. 2004). Estas

desviaciones, o contradicciones en el modelo de la inversión parental no son otra cosa que producto de las sociedades con modo de subsistencia basadas en el mercado de trabajo asalariado (Kaplan 1996), pues han tenido lugar numerosas transiciones, que no pueden entenderse una separada de la otra, tales transiciones, que han ocurrido de manera acelerada y a escala global, son de carácter económico, demográfico, sociopolítico, comportamental, nutrimental y epidemiológico, por lo que se señala que el crecimiento es el reflejo de la sociedad –incluyendo los aspectos morales-(Lejarraga 2011), si entendemos esto de manera más amplia, el crecimiento depende de las inversiones parentales, por lo tanto la forma en que se distribuyen los recursos, es decir el capital parental para ser invertido, es un reflejo de la sociedad y sus condiciones, por lo que la inversión parental, depende, en todas las sociedades, y particularmente en las sociedades modernas, del efecto que han tenido las transiciones en la forma en que crecen y se desarrollan los individuos, ya que el contexto ecológico-social-político-económico, establece ciertos límites o constricciones al comportamiento humano.

La distribución de los recursos, depende de la organización familiar, la edad de inicio de la vida sexual, la edad en que se concibe por primera vez, el estatus socioeconómico, el estatus de salud, el nivel de educación, la idea del tamaño familiar ideal, la historia reproductiva y, como se señaló líneas arriba, de las experiencias como hijo en una relación padre-hijo / madre-hija, por mencionar los que se han reportado más en la literatura (Bentley et al. 2001; Bingham 2000; Coleman 1998; Daniels 1997; Ellison 2001, 2006; Figueroa 1998b; Garfield y Chung 2006; Gray y Anderson 2010; Guyer 1998; Jasienska 2009; Kaplan 1996; Kaplan et al. 2001; Konner 2010; Lejarraga 2011; Sayer et al. 2004).

A este respecto, se ha señalado que la actividad paterna en el cuidado y crianza de los hijos, es decir su inversión directa e indirecta en los hijos o hijas, se ha asociado con mayor tiempo de lactancia, con mejoras en las habilidades sociales, y también mejores resultados en las pruebas cognitivas y emotivas, así como menor depresión infantil y ansiedad, entre otros, y más aún, se ha

comprobado que el tiempo que los padres pasan con los hijos se ha incrementado, lo que se ha tomado como evidencia de mejores relaciones padre-hijos (Garfield y Chung 2006).

Se ha encontrado que entre muchos grupos sociales, los adolescentes conviven en gran medida con hombres adultos, lo que muestra patrones de asociación diferenciados por sexo, siendo la madre la figura más importante para las mujeres y el padre para los hombres. Por otro lado, también se encontró que debido a que los padres en sociedades modernas destinan una buena parte de su tiempo en actividades económicas además de el tiempo que pasan con sus hijos, se establece un relación de distancia-cercanía que modela la enseñanza-aprendizaje de los comportamientos apropiados en función del modo de subsistencia, no obstante se sabe que los roles sociales y morales de los padres están cambiando rápidamente en muchas sociedades, lo anterior a raíz de diversas causas como son el desplazamiento del rol paterno como principal educador al expandirse la educación institucionalizada, la reducción en la importancia del conocimiento transmitido a los hijos ya que se ha dado más importancia al cuidado paterno indirecto como es el dinero invertido en la educación de los y las hijas.

A este respecto, Gray y Anderson señalan que la gran inversión indirecta en la educación es uno de los motores principales de la dinámica sociodemográfica en las sociedades industrializadas. En éstas la mayor acumulación de recursos no representa mayor cantidad de hijos, sino una mayor cantidad de capital acumulado en los padres, lo que determina el tipo y cantidad de capital acumulado en los hijos; en este punto los costos que representa el pagar por la educación de un hijo se han incrementado y al mismo tiempo, en las sociedades modernas representan una mayor oportunidad de alcanzar el éxito reproductivo, por lo que, en estas sociedades es la mejor estrategia invertir muchos recursos, especialmente en la educación de pocos hijos (Gray y Anderson 2010; Kaplan 1996).

Entre las metodologías empleadas para evaluar este tipo de relaciones y la presencia paterna en la crianza de los y las hijas, es la metodología cualitativa llamada TLC3 por sus siglas en inglés (*Time Love and Cash in Couples with Children*) que podría traducirse como “Inversión en tiempo –de calidad- y dinero en parejas con hijos”, metodología propuesta en un estudio de gran alcance llamado Estudio sobre la fragilidad familiar y el bienestar infantil (*Fragile Families and Child Wellbeing Study* o FFCWS). El estudio FFCWS tenía, entre otros objetivos, el comenzar a entender el impacto de la participación paterna, es decir la inversión paternal directa, en los hijos. Este estudio contó con una cohorte de 4900 padres reclutados en el hospital al nacimiento de sus hijos o hijas entre 1998 y el año 2000 en Chicago, Milwaukee y New York. El diseño del TLC3 permite obtener tanto información cuantitativa como cualitativa, el primer tipo de información permitió establecer un marco socioeconómico, entre otros aspectos nominales como el estar presente o no en el parto, que el recién nacido llevara el apellido paterno, etc. Mientras que la información cualitativa, obtenida a partir de entrevistas semiestructuradas, permitió acceder a valiosa información como la condición de la pareja, estado civil, funcionamiento psicosocial, inversiones paternas directas e indirectas (tiempo y dinero), etc. El marco referencial fue la teoría fundamentada de Fassinger, definiendo ésta como una propuesta que busca comprender cómo los grupos definen sus realidades según el contexto social en que viven. Se aplicó el TLC3 a 75 padres de los cuales sólo 28 estaban casados (Garfield y Chung 2006). Este tipo de estudios se centran en una nueva problemática que ha emergido rápidamente, el descenso en el número de matrimonios, lo que se traduce en un aumento de hogares donde los padres cohabitan, sin que exista un vínculo jurídico o legal a través del matrimonio, y la familia tiene un mayor riesgo de separarse, es decir una mayor fragilidad, este término lo refiere el estudio FFCWS como aquellas familias que presentan mayor riesgo de fragmentación lo que conduce a algunos miembros de las familias fragmentadas a experimentar condiciones de pobreza.

En el estudio de Garfield y Chung, al aplicar el TLC3, se encontró que no existían diferencias significativas en los datos cuantitativos, pero al analizar y comparar las narrativas, se encontró que, por un lado, los padres no casados estaban al tanto de que no siempre estarían presentes en la vida de sus hijos por lo que recalcan la importancia de maximizar su contribución o presencia en la crianza desde edades muy tempranas, mientras que la perspectiva de los padres casados era distinta, haciendo énfasis en el respeto por las madres y priorizando las labores de crianza y cuidado de los hijos sobre otras actividades no laborales, lo que sugiere un mayor compromiso con la familia. En la práctica pediátrica, esto significa que el personal debe considerar el estatus marital como un indicador de las necesidades parentales al interior de la familia. Por otro lado, se encontró que entre los padres no casados, se presenta con mayor frecuencia la “incomodidad” de procurar cuidados a las hijas, es decir, se da menor atención a las hijas, respecto de los hijos, lo que es producto de la diferencia de género y de la transmisión de valores desde el abuelo paterno (Garfield y Chung 2006). Este tipo de estudios sugieren entre otras cosas que hay necesidades distintas al interior de las diversas estructuras familiares, mientras que se presentan algunas limitantes al contar con una muestra reducida, ya que en estudios cualitativos es más difícil, pero no imposible, lograr un control y análisis de la información de grandes grupos.

### ***2.5 Teoría de Género.***

Sin duda alguna, la Teoría de Género tiene mucho que aportar en la construcción de la reproducción, pues, están implicados los cuerpos, y las identidades, la construcción de sí mismo, y lo que significa ser hombre y ser mujer, ser madre y ser padre, estar casados, divorciados, en unión libre o cualquier otro arreglo familiar.

Cabe recalcar que en el desarrollo del presente trabajo, no se pensó en una oposición naturaleza-cultura o naturaleza-crianza, pues como se señala al inicio, se parte de que la cultura, e implícitamente la crianza, forman parte de la naturaleza humana. Lo anterior no deja de lado que efectivamente, toda “la

verdad” que pueda ser escrita por académicos tiene un componente político, social y moral al interior de las luchas culturales y económicas en nuestras sociedades, y al mismo tiempo, estos componentes y conflictos son corporalizados, normalizados y apropiados de tal manera que se incorporan, incluso en algunos casos, a la misma fisiología de nuestro ser (Fausto 2000).

En la actualidad es difícil pensar que en la construcción de las identidades se reproduzcan fielmente los estereotipos asociados a lo que es ser mujer o ser hombre, no obstante, tampoco se puede decir que se hayan superado por completo las normas y expectativas que en el siglo XX se impusieron a las personas, sino que aún apreciamos y vivimos la tensión entre los “viejos moldes” y los nuevos referentes asociados a las conductas de género. Un ejemplo de esto lo da la emergencia de nuevas identidades, especialmente femeninas, que se han apropiado de espacios que anteriormente se les habían negado (Montesinos 2002).

El denominar a alguien hombre o mujer, es en buena medida una decisión social, pues a pesar de poder apreciar las diferencias anatómicas, que no siempre son tan evidentes como en el caso de María Martínez Patiño<sup>11</sup> –entre otras famosas deportistas- lo que está en juego, no es el poder identificar bajo una categoría a una persona, sino la corporalización de la identidad y las experiencias –que no son individuales en realidad sino que tienen un carácter profundamente social-.

El diseño de nuestros cuerpos, es tan complejo, y algunas veces no es preciso, ya que no siempre se pueden utilizar los mismos “cortes” para identificar o dar respuesta a las diferencias sexuales, lo que, de manera social se ha traducido

---

<sup>11</sup> En las Olimpiadas de 1988, la vallista María Patiño, de nacionalidad española, olvidó su certificado médico, por lo que tuvo que reportarse ante el comité para que se le practicara un análisis que confirmara lo que la vista señalaba, que era mujer. Después del primer análisis se le practicó un segundo, y justo antes de la primera carrera en que participaría se dijo que el examen no confirmaba que era mujer, pues se encontró que sus células tenían un cromosoma Y, además de que sus labios escondían testículos, no tenía ovarios ni útero (Fausto 2000). Otras atletas con casos semejantes son: Stella Walsh, Santi Soundarajar, Ewa Klolukouska, Caster Semenya, entre otras.

en expectativas y oportunidades diferenciales por sexo. En otras palabras, la continua presencia y experiencia que hemos tenido de nuestros cuerpos, histórica e individualmente, ha significado un proceso que, más que revelar verdades absolutas, nos muestra interrogantes nuevas que ese mismo descubrimiento nos plantea, y sin duda esto se hace más complejo por la situación cultural que profundiza los alcances y las incógnitas, los significados y las relaciones, incluso la experiencia y el mismo cuerpo.

La revisión histórica sobre la reproducción, muestra cómo el cuerpo y sus funciones, capacidades y segmentos, sirvieron de sustrato para generar diversas concepciones, a partir de las cuales se establecieron condiciones éticas, morales, políticas y culturales sobre su cuidado, alimentación, limpieza, protección, fragilidad, etc. (Vigarello 2006). Ya en esta sucinta revisión se puede apreciar cómo, a partir de las diferencias biológicas y a la vez desde las diferencias, construidas, del género las personas fueron encontrando su lugar en la reproducción.

Estas personas –estos cuerpos- bajo los procesos culturales, fueron apropiándose de esos discursos, de esos papeles que tenían que personificar en las distintas sociedades de diferentes épocas, estableciéndose categorías que hasta hoy están vigentes, sin que esto quiera decir que son las únicas o son la mejor herramienta para explicar las experiencias, estas categorías organizaron una proporción del mundo humano en lo femenino y lo masculino creándose un sistema de relaciones, entre estos dos órdenes, basado en la diferencia biológica, que justificó la jerarquía de poder sobre las supuestas diferencias de género derivadas de la anatomía y fisiología.

Esto es relevante ya que desde la ilustración pero más significativamente desde mediados del siglo XIX, el conocimiento natural del cuerpo, es decir, científico, fue construyéndose como el único conocimiento válido, estos conocimientos naturalistas y por tanto médicos sustentaron un discurso que

además de regular los cuidados del cuerpo, sirvió para dictar las normas de comportamiento de hombres y mujeres, a partir de las categorías de lo sano y lo malsano o patológico, llegando incluso a tener una gran participación en la construcción de la moral, al interior de las sociedades y aún en lo que se consideraba como normal en la práctica sexual, de tal manera que la diversidad de construcciones genéricas provocó que tanto hombres como mujeres percibieran al otro desde los parámetros socialmente aceptados y por lo tanto limitando su experiencia al construirse y concebir al otro bajo estas reglas con la esperanza de encajar y cumplir las expectativas propias y de la persona “de enfrente”.

No obstante, el tráfico comercial, el movimiento de las personas y la necesidad de nuevas dinámicas de relacionarse supuso el cuestionamiento de los modelos rígidos de los comportamientos de los géneros, y a pesar de que se llega a “un desarrollo cultural en donde lo sexual ha logrado ocupar un lugar importante dentro de la construcción social de los sujetos”, y que implica “un reconocimiento de la diversidad” vemos que aún, la moral sexual refiere, a inicios del siglo XXI en México, a una heterosexualidad-monógama-reproductiva como modelo a seguir (List 2005), al menos esto es evidente en los discursos oficiales.

A pesar de que las personas somos cuerpo, nos construimos por las relaciones sociales, es decir desde nuestra relación con los otros, y precisamente gracias a ella es que podemos apropiarnos de nuestra experiencia, y lo mismo ocurre con nuestra identidad y rol, pues al ser enculturados es que vivimos bajo ciertas limitaciones que son impuestas con base en la correspondencia sexo-generica que crea expectativas de nuestro comportamiento, por lo que en cualquier arreglo doméstico familiar nacemos bajo cierta expectativas y nuestra identidad y actuar dependen de ellas y la reelaboración de las mismas tanto como de las decisiones individuales. En este sentido es necesario destacar la importancia de esta correspondencia de los roles sociales –roles genéricos- que tanto mujeres como hombres aprendemos y reforzamos pues nos permiten reconocer nuestra individualidad. Es por esto que la identidad de género está

imbricada en la identidad de las personas cuando son parte de un grupo o categoría específica. De tal manera que la identidad de género es una de las primeras estructuras de identidad que las personas se apropian.

Hay que destacar que ninguna estructura de identidad es estática, sino que tienen una dinámica que responde a procesos culturales, históricos, sociales, etc. lo que le confiere una gran plasticidad y complejidad, por lo que no es pertinente buscar un solo paquete de atributos universales que nos permitan, de manera inequívoca, identificar una limitada variedad de expresiones de lo masculino y lo femenino.

Tal como se señala en la introducción de *el segundo sexo*, al decir que la feminidad no es algo con lo que se nace sino en lo que se participa, y por lo tanto la condición biológica de tener un útero no debe determinar la situación de ser mujer (Beauvoir 2000), es válido apuntar que por tener pene y testículos no debemos pensar que los hombres tienen un “apetito sexual incontrolable”, o en el caso de la reproducción y la ausencia del embarazo fisiológico, que los varones no se reproducen o son menos aptos para el cuidado de los niños. Suele ocurrir que, cuando una mujer está embarazada y su pareja –varón- tiene antojos, náuseas, dolencias, inflamación en los tobillos, en ocasiones se les dice “...sientes como mujer...” (Figueroa 2012) limitando la experiencia reproductiva y calificándola de una manera que puede ser negativa, y no porque sea algo negativo ser y sentir como mujer, sino porque con estos discursos se refuerzan y mantienen los estereotipos que quieren cambiarse-.

Las preguntas generadas por el interés, tanto de las mujeres en su vida cotidiana, como de las y los investigadores que querían rescatar a las mujeres de la invisibilidad en que se encontraban, significaron disminuir la distancia entre el interés y la construcción-empelo de nuevos conceptos (Muñiz 2002) pero también un mayor acceso de las mujeres a diferentes espacios.

El género, como concepto, es entendido como una serie de atributos y funciones, que van más allá de lo biológico, construidos social y culturalmente, que son adjudicados a los sexos y son constitutivos de las relaciones –basadas en las diferencias sexuales- entre ellos, y estas relaciones entre los géneros son también una forma de relación y ejercicio de poder (Montesinos 2002; Nicholson 2003). De esta manera, el cuerpo, como una realidad, no solo da sentido sino que, cual cabilla<sup>12</sup>, a partir de él se sujetan todo el entramado de mecanismos que se relacionan y regulan el comportamiento de los sexos. Así, el cuerpo, también es una construcción cultural, un “aparato semiótico” fundante de la identidad y un espacio histórico en donde se inscriben diversos significados y que al mismo tiempo dan significado a los individuos según son representados por la sociedad y por ellos mismos (Muñiz 1995, 2008).

Así el género, es una representación que va más allá de la relación signo-referente, sino que es la representación de una relación de pertenencia, entre una entidad y otras entidades, y por medio de ella los sujetos-personas adquieren una posición en la jerarquía de clase, por lo que dentro de esta relación social, una persona no se convierte en sujeto hasta que es significado como hombre o mujer, de tal manera que el género no sólo es el producto sino también el proceso de su construcción y representación, y cuya función es conformar individuos concretos como varones y mujeres (Lauretis 1991)

En otras palabras, lo anterior se relaciona con la pregunta ¿Cuál es el significado de lo masculino y lo femenino, del sexo y la reproducción, en contextos sociales y culturales?, es necesario reconocer, en primer lugar, que la importancia con que tomamos los “datos biológicos” para justificar una categoría que debe estar sujeta a un juicio serio pues actualmente no podemos decir que los procesos “naturales” estén libres de ambigüedades (Ortner y Whitehead 1996), como en el caso de la intersexualidad (Fausto 2000). De tal manera que el género es una

---

<sup>12</sup> Término náutico para designar el punto en donde se amarran las drizas, cabos que sirven para izar las velas en un navío.

construcción que ha cobrado vida propia, pues la dinámica al interior de los grupos depende de la relación existente intra e intergrupala, pues se sabe que las “realidades” en que viven las personas, son configuradas por ciertas ideas específicas sobre el género y la sexualidad, es decir determinantes que modulan y rigen no sólo el comportamiento, sino condiciones de estatus y función social, como el identificar al hombre con la fortaleza, la virilidad, la provisión de alimentos, con la construcción, la fabricación e innovación tecnológica, como señala James Brown en *This is a man’s man’s world*:

*“...This is a man’s world...you see, man made the cars to take us over the road, man made the trains to carry heavy loads, man made electric light to take us out of dark...”*

Y de igual manera a las mujeres se les asocia casi enteramente por su función en las relaciones de parentesco, esposa, madre, hermana, siendo la categoría de madre una condición que, casi inherentemente, otorga prestigio, y no necesariamente depende del tipo de relación establecida con una figura masculina, como *la esposa de, la hermana de* (Ortner y Whitehead 1996).

La utilidad de una perspectiva de género para este trabajo radica fundamentalmente en que como categoría permite abordar las cuestiones no resueltas y los hechos olvidados, obviados, sin nombrar, a partir de la exploración y análisis de la compleja serie de relaciones (Muñiz 1995), y por lo tanto, la forma en que se construyen los géneros, las relaciones entre ellos, sus transformaciones –tanto de los grupos sociales como de las relaciones entre ellos-, por lo tanto, considero que de las tradiciones de los estudios de género, este trabajo busca aproximarse a la propuestas integrativas en donde el género no solo es un constructo social, sino también es un mecanismo estratificante especialmente a partir de la lógica de poder establecida entre los géneros (Muñiz 1995; Risman 2004).

Es innegable que gracias al movimiento feminista, se ha logrado una importante apertura de espacios en donde las mujeres se pueden insertar y para construir su *ser mujer*, no obstante aún hay otros espacios en los que se busca una mayor apertura. De frente a lo anterior hay que preguntarnos ¿Cómo han reaccionado los hombres ante estos cambios? ¿Cómo se han transformado los varones y su identidad masculina? ¿Son los varones los agentes de ese cambio? ¿Cómo viven los hombres sus nuevas relaciones consigo mismos y con las mujeres? (Montesinos 2002).

Sin lugar a dudas, el movimiento más interesado en los hombres, lo que hacen y los cambios que pueden, y se espera que ocurran en su identidad masculina, es el feminismo (Daniels 2006; Montesinos 2002). Actualmente no se puede pensar en estudios sobre hombres, que dejen de lado los aportes con los que los estudios sobre la mujer han contribuido a las ciencias sociales y a la comprensión de las nuevas masculinidades emergentes o latentes.

Solo a fines del siglo XX fue que en la investigación se empezó a indagar la relación entre la masculinidad y la salud. A pesar de que los trabajos que indagaron sobre la asociación entre género y salud comenzaron desde 1960. Sin embargo, para esas fechas ni siquiera en las áreas biomédicas había una especialidad encargada de la salud de los varones. Por otro lado, desde 1990 aparecieron análisis feministas sobre los hombres y la salud, haciendo énfasis en que son las diferencias de poder las que modulan las relaciones entre las personas. Además argumentaron que la identidad de género y el comportamiento no son simplemente impuestos de manera social, sino que son las personas las que construyen y reelaboran constante y activamente su identidad de género y sus comportamientos (OPS s/f), es así que, a lo anterior, se aplica el término “hacer género”.

Respecto de los hombres, su masculinidad y su comportamiento se ha encontrado que cuando “hacen género” en relación a una masculinidad tradicional,

esta se asocia a un mayor riesgo de morbimortalidad, especialmente al tratar de cumplir con las expectativas de hombría, fortaleza, resistencia, comportamiento violento, etc., por lo tanto se les asocia y enseña que deben ser poco cuidadosos con su salud, pensar que no necesita cuidados ni ayuda, enfrentarse al peligro y asumir riesgos. Sin embargo no todos los elementos de la masculinidad implican necesariamente un riesgo para la salud de los hombres, ya que se espera, y por lo tanto se promueve y motiva, al menos en los hombres mexicanos, una mayor actividad sexual con múltiples parejas (OPS s/f; Szasz 1998).

Como se señala en diversas publicaciones, se ha permitido, y por lo tanto, aceptado, justificado y mantenido, el prejuicio biologicista que domina el campo de los estudios, tanto de sexualidad, género y reproducción (Beauvoir 2000; Daniels 1997, 2006; Fausto 2000; Figueroa 1998b, c, 2001; Lamas 1996; Lerner 1998; Ortner y Whitehead 1996).

Igualmente, como señala la autora de *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional*, las investiduras tradicionales (hegemónicas) de lo que es ser hombre y mujer pueden cambiarse (Muñiz 1999).

La definición propuesta por el Foro Económico Mundial (FEM), sobre equidad de género, que se refiere a un desarrollo social tal que los derechos, responsabilidades y oportunidades de los individuos no sean determinados por su condición biológica de nacimiento –ser hombre o ser mujer- y que todas las personas puedan alcanzar su potencial completo, resulta muy útil para poder evaluar los avances que se han alcanzado y en dónde hay que poner más esfuerzos. En la brecha entre los géneros, es posible apreciar que hay, de acuerdo con esta perspectiva del FEM cinco puntos básicos: la participación económica, la oportunidad económica, el empoderamiento político y la salud y bienestar. A partir de este trabajo se ha encontrado que los países nórdicos son los que están más cerca de eliminar esta brecha empoderando a las mujeres y así eliminar esta brecha (Lopez y Zahidi 2005).

En este punto, parece oportuno resaltar un hecho que, a pesar de que ocurre a todas luces, no siempre se le presta la justa atención. Es verdad que se ha buscado, especialmente desde la Conferencia de Beijing, el asegurar e incrementar la presencia y participación femenina en las actividades principales de la vida económica, política y social, esto es que las mujeres sean actoras activas igualmente importantes en los procesos de reproducción social. En contraste, en esa misma Conferencia se propuso que los hombres tuvieran mayor responsabilidad y presencia en las actividades domésticas y familiares, es decir, que los hombres tengan presencia y participación activa en la reproducción [biológica] humana.

La creciente presencia de las mujeres en estructuras de autoridad, en espacios económicos y con mayores oportunidades de empoderamiento ha generado que las mujeres puedan competir con los hombres. Al interior de la familia esto indudablemente ha tenido consecuencias al cambiar las dinámicas de parentesco y la jerarquización generica de la autoridad al interior de las familias así como transformaciones en las estructuras familiares, así, las mujeres al interior de la familia, desde la década de los noventa, se encuentra menos subordinada a la autoridad masculina, lo que generó profundos cuestionamientos a los roles de género “tradicionales”. En pocas palabras, se cuestionó al hombre como el *sedibus* natural de la autoridad familiar, especialmente en tres ejes: a) mayor flexibilidad en la división sexual de trabajo b) conformación de jefaturas femeninas y/o autonomía femenina, c) construcción de sistemas de autoridad paralelos o complementarios en donde se comparte la responsabilidad en la decisión y control de recursos y toma de acciones (Lopez y Zahidi 2005; Nicholson 2003; Risman 2004; Schmukler 2001).

Esta transición de lo privado a lo público, de lo doméstico a lo laboral, significó, por un lado, poner en duda las explicaciones “naturalistas” de la jerarquización y subordinación entre los géneros al interior de la familia, y por lo

tanto de la sociedad, pero por otro, a pesar del aumento, entre 1950 y 1990, de padres ausentes o fugitivos en México, de una mayor proporción de rupturas de uniones y del incremento de hogares uniparentales, también reflejó la existencia de nuevos procesos de acuerdo, negociación y relación de la pareja, conyugal y/o parental, que apuntan hacia una mayor flexibilidad e intercambio. En este sentido, el cambio de los hombres ha sido más lento, sin embargo no es despreciable la medida del cambio, pues se ha visto una mayor presencia masculina en actividades domésticas, en la crianza de los hijos, en el cuidado de los mismos e incluso en la reproducción (Schmukler 2001).

La familia, como centro en donde se produce y reproduce la cultura es una institución con una gran dinámica interna, pues se reelabora de manera cotidiana. Esto resulta de un proceso en donde los actores no están sometidos a una estructura jerarquizante, en donde lo privado participa de la producción social y reproducción social por medio de las relaciones de poder entre los géneros y generaciones. Además esta dinámica impacta directamente en los procesos de construcción y socialización de género al apuntalar las relaciones entre las figuras de autoridad (padre y madre) y las figuras de los hijos y de esta forma renovar o proponer nuevos modelos de género (de Keijzer 2003; Figueroa 2001; Schmukler 2001).

## **2.6 Premisas.**

Se parte, en este ejercicio de reflexión, de algunas premisas que considero la base de mi argumento:

1. *Los hombres también se reproducen.* Esta idea implica que los hombres participan, de diversas maneras en el proceso reproductivo al proveer de cuidados y atenciones, al proveer de alimentos y demás recursos a la familia en general, al invertir tiempo en el crecimiento y desarrollo de sus hijos, al transmitir

los valores sociales y morales del grupo al que pertenecen, y al invertir con recursos a favor del éxito reproductivo de sus hijos.

2. *La presencia masculina en el proceso reproductivo no es, ni debe ser, una “imagen especular” de la participación de la mujer*, pues la mujer no es reflejo el hombre, como tampoco los padres lo son de las madres (Gray y Anderson 2010). En otras palabras, no es pertinente continuar haciendo énfasis en las diferencias, esto es, establecer al hombre y la mujer en los extremos opuestos en el proceso de reproducción, ya que ambos son actores y autores del proceso reproductivo y del éxito reproductivo propio y del otro (abuelos, pareja e hijos)

3. *Reproducción no es igual a procreación*. En tanto que la persona no alcanza su éxito reproductivo, si sus descendientes no han procreado, es decir, un padre o una madre no habrán terminado de reproducirse, hasta que al menos uno de sus descendientes haya tenido hijos, es decir, se comprende la reproducción como un proceso que también implica la crianza y provisión de recursos y cuidados.

4. *La importancia de la decisión*. La premisa anterior requiere tomar en cuenta las decisiones reproductivas, es decir, ¿Quiere procrear?, ¿A qué edad se ha decidido procrear?, ¿Con quién se quiere procrear?; el querer procrear, y por lo tanto el aumento en la exposición al riesgo de procrear, significa un tipo de participación en la reproducción, pues se participa de manera directa al aportar no solo el material genético, sino como se menciona en la primera premisa, hay una participación extendida y diversa, durante la inversión para aparearse, la gestación y la crianza de los hijos. La segunda opción, el no querer procrear en un momento dado, es decir, la renuncia a esta posibilidad, es una participación indirecta. Se dice que es una participación indirecta, ya que a pesar de no transmitir su material genético y no tener un organismo que herede su capital de inversión, en cualquier forma que se presente, la persona se encuentra inserta en una dinámica social en la que las demás personas pueden ver favorecido su éxito reproductivo al haber menos competencia por recursos que sean destinados a la reproducción.

5. *Sexualidad no es lo mismo que reproducción.* En este punto se persiguen dos objetivos, dejar claro que no todas las relaciones sexuales buscan terminar en una fecundación con implantación, y de hecho la mayoría de las relaciones sexuales no tienen como objetivo procrear, y el segundo es, a partir del anterior, señalar, que la salud sexual no es igual a la salud reproductiva, y consecuentemente los derechos sexuales no son los derechos reproductivos de los individuos, por ejemplo, las personas tienen el derecho de tener relaciones sexuales consensuadas, con otra persona que acceda a ello de manera libre, en materia legal, si una mujer decide abortar, “es su cuerpo y es **su decisión**”, mientras que, siguiendo argumentos semejantes a los expresados por personas proaborto, un hombre que tuvo relaciones sexuales consensuadas sin la intención de procrear, cuando ninguno de los participantes utilizó algún método para prevenir un embarazo no deseado, por mandato de una autoridad civil puede ser, en contra de lo estipulado en la cartilla de derechos sexuales y reproductivos, “coercionado” a reconocer, en caso de encontrarse relacionado consanguíneamente vía línea paterna, a la persona recién nacida sin que se le dé la opción de **decidir** (Daniels 2006; Figueroa 1998c; Lerner 1998; Meler 2000) si desea reconocer o no al niño o niña como descendencia suya y al mismo tiempo reconocerse como padre, lo anterior de acuerdo al Código Civil Federal en la sección referida al reconocimiento de los hijos nacidos fuera del matrimonio y en oposición al Artículo 4 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos que señala que *Toda persona tiene derecho a decidir de manera libre, responsable e informada sobre el número y espaciamiento de sus hijos.*

### **3.- ESPACIOS MASCULINOS EN LA REPRODUCCIÓN.**

Entre los estudios más destacados que vinculan el estudio de la reproducción, el comportamiento humano, las condiciones sociales, ambientales y el efecto del cambio en un eje temporal encontramos que en 1992, los autores concluyeron que la calidad del semen (semen quality) había disminuido y dado que la fecundidad masculina está íntimamente relacionada con el conteo de espermatozoides, aunque no únicamente, los resultados obtenidos reflejaban la reducción de la fecundidad masculina, además de una mayor susceptibilidad a padecer anomalías genitourinarias como el cáncer testicular o criptorquidismo (Carlsen et al. 1992). En esta investigación Skakebaek –quien en la década de 1980 ya había notado el aumento en la incidencia de cáncer testicular y malformaciones genitales (Daniels 2006)- y sus colaboradores, revisaron un total de 61 documentos publicados (Tabla 1), que incluían a 14947 hombres, entre 1938 y 1991, relacionados con la calidad del semen en hombres sin historia clínica de infertilidad (Carlsen et al. 1992).

Seleccionaron, como indicador de la calidad del semen, el conteo de espermatozoides, encontrando que hacia 1940 el conteo “normal” de espermatozoides se consideraba igual a  $60 \times 10^6/\text{ml}$  mientras que al momento del estudio el valor había cambiado a  $20 \times 10^6/\text{ml}$ . Se identificaron, entre otras cosas que la duración de periodos de abstinencia previos a la eyaculación analizada influía en la densidad de espermatozoides, no obstante, los autores no encontraron evidencia de un cambio en la frecuencia coital o de masturbación desde 1930. Los estudios seleccionados fueron aquellos en los que se evaluó la calidad del semen de hombres sanos con fecundidad probada.

En este estudio, los autores concluyeron, a partir de la revisión, que la calidad del semen había disminuido entre 1938 y 1990, los resultados obtenidos reflejan la reducción de la fecundidad masculina, lo que, además, es de relevancia biológica, pues estos cambios tienen efectos al desarrollar una mayor

susceptibilidad a padecer anormalidades genitourinarias como el cáncer testicular o criptorquidismo (testículo no descendido) (Carlsen et al. 1992).

**Tabla 1** Número de artículos publicados entre 1938 y 1990 por país de origen.

País	Número de publicaciones
Estados Unidos	28
Europa	17
Asia	7
África	5
América latina	3
Australia	1
Total	61

Luego del trabajo de Carlsen et al (1992), se realizaron estudios en peces, tortugas, lagartos y otros animales –como los de Colborn y Liroff que estudiaron las toxinas en los grandes lagos en 1990, Louis Guillet en 1994 en la Universidad de Florida, el de Lean y Sadler quienes en 2002 analizaron la relación entre los químicos de desecho en ríos británicos y la “feminización” en peces, etc.- y se encontró que efectivamente había un descenso en la producción de espermatozoides además de un menor número de crías machos por lo que se realizaron estudios en diversos países como en Dinamarca, Argentina, Inglaterra, entre muchos otros, periodo que, por las discusiones generadas, se conoce como las guerras de los espermatozoides (*Sperm Wars*, término acuñado por Meredith Small en un artículo publicado en *Discovery* 1991). En este periodo, se habló de una preocupación vital, la reducción del número de hijos varones recién nacidos por padre, y la feminización de los hombres, debido a contaminantes en diversos productos como la alta concentración de estrógenos en la leche. Este hecho señaló diversos puntos que no habían sido puestos en la mesa como la vulnerabilidad masculina, el significado, e importancia de la génesis y construcción de lo masculino, la virilidad, la masculinidad y la hombría.

Gran parte del debate terminó cuando se aceptó que “la culpa es de las mujeres” porque los hombres están cautivos en su vientre y es a través de la madre que se transmiten los agentes teratogénicos, por lo que la discusión no dio una respuesta clara a la pregunta central ¿Cuáles son los mayores riesgos para la capacidad reproductiva de los hombres, su posición social, su rol en la familia y aún la permanencia de los atributos “masculinos”? La voz de alarma- “los hombres necesitan más protección y atención”-, no fue escuchada, no se generó un movimiento que se interesó por lo masculino, la salud de los varones, sus riesgos y necesidades, no obstante, el interés surgió del movimiento feminista (Daniels 2006).

A nivel mundial, la preocupación internacional por el crecimiento poblacional, la mortalidad materno-infantil, las enfermedades de transmisión sexual, especialmente el VIH/SIDA, se manifestó en La Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo celebrada en El Cairo en 1994, en el preámbulo se puntualizó que era necesario considerar, en una estrecha relación, a la población, la pobreza, las modalidades de producción y de consumo, el medio ambiente, etc. en esta conferencia se elaboró un programa de acción para los siguientes 20 años, en el que se establecen algunas recomendaciones en materia de educación, salud, ética, derechos reproductivos y sexuales, entre otros tópicos. Entre las recomendaciones, destaca el interés, originado de las preocupaciones feministas, por conocer el desempeño masculino en la vida familiar con el objetivo de alcanzar una mayor equidad de género. Para esto se mostró la necesidad por aumentar la presencia masculina en las decisiones reproductivas así como en las actividades domésticas (Mena y Rojas 2010).

Después de tales recomendaciones, muchas miradas voltearon en la dirección masculina dentro del proceso reproductivo, como resultado, hasta la fecha, se ha encontrado que: a) se piensa que la presencia masculina en la reproducción es secundaria (Daniels 1997, 2006; Figueroa 1998b; Lerner 1998), b) se piensa que los hombres son menos susceptibles que las mujeres a enfrentar

padecimientos relacionados con el proceso de procreación-gestación-crianza (Daniels 2006; Joffe 2011), c) se asume que el hombre debe ser viril, capaz de reproducirse y criar a sus hijos (Coleman 1998; Daniels 2006; de Keijzer 2003; Figueroa 1998b; García y Nader 2009; Konner 2010; Litton y Bruce 2001; Szasz 1998), d) Se asume que los hombres se encuentran relativamente distantes de las complicaciones de salud de los hijos que crían (Daniels 1997, 2006; Mostafa 2010).

Entre otros aspectos resaltados en las investigaciones, están el descenso en los niveles de fecundidad (Ferlin et al. 2006; Krausz 2011; Menken et al. 1986; Mostafa 2010), así como las dificultades metodológicas que implica el estudio de la reproducción en hombres, como la ausencia de un indicador tan evidente como la menarquia en las mujeres que señale el inicio de la capacidad reproductiva en hombres, los sesgos en la recopilación de información a partir de encuestas reproductivas, o la dificultad de realizar mediciones sobre el número de hijos de los varones (Lerner 1998; Figueroa 1998; Daniels 2006).

### **3.1 Heterosexualidad como construcción organizadora de la sociedad.**

De manera velada se ha manifestado aquí un tipo de orden, de forma de concebir el mundo que ha permanecido desde los albores del siglo XVIII pero particularmente desde el siglo XIX. La instauración de un robusto aparato que para hablar en secreto, terminara “hablando”, brindando la “luz” de la ciencia, la medicina, la higiene, la moral, promovió la creación de un discurso ampliamente difundido, lo que resultó en el establecimiento de una autoridad científica y moral, pues no todos podían emplear el discurso, estaba permitido a todos escuchar, pero no a todos pronunciarse a favor o en contra, sino solo acatarlo. De este modo, la ciencia, y sus productos, sus discursos, adquirieron un valor más allá de toda medida y proporción.

Este discurso encerrado, antes –en el siglo XVII- abierto, público, laxo, es embargado, confiscado y obligado a mudarse. Ahora solo puede ser empleado por los especialistas, los poseedores del conocimiento, pero que únicamente se

permite experimentarlo a aquellos pertenecientes a un grupo muy bien delimitado y diferenciado, es decir a hombres y mujeres dentro de la vida conyugal con “todas las de la ley”. De tal manera que *la pareja* se convierte en el eje de la sexualidad, y no cualquier sexualidad, solo la permitida, la sexualidad procreadora. Esta pareja, está claramente definida en los espacios sociales, tiene una función, que legitima, y al mismo tiempo la obliga a seguir y servir como modelo, la sexualidad procreadora, que regula y define lo normal, lo correcto, lo acepto, lo legal, así, lo que se aleje de esta sexualidad permitida, que más tarde se convertirá en una sexualidad hegemónica, estara transgrediendo los estatutos, y consecuentemente, debera afrontar las consecuencias (Foucault 2011; Nuñez 2006).

Uno de los argumentos mas fuertes, que contribuyeron a la permanencia de esta sexualidad, apoyado además en la perspectiva religiosa occidental de la relación entre hombres y mujeres, la cual tiene que ver con *el amor verdadero* (*true love*) caracterizado por la pureza, es decir, la libertad de la sensualidad, y todo lo que ella implica, al menos en los escenarios que así lo requerian, mientras que en aquellos espacios de tolerancia, aunque era posible experimentarlo, el placer era acaso un “extra” que debia permanecer bajo el más profundo silencio, hermetismo y prohibición (Foucault 2011).

Socialmente, y de manera extensiva en el mundo occidental, el alejamiento de las explicaciones no científicas de los males y enfermedades y la elaboración de una teoría celular que situaba cuestionamientos a las explicaciones de la vida, su materia y estructura. Es en el siglo XIX que se aprecia la transición de la filosofía natural a la historia natural y finalmente a la biología. En el contexto de esta transición y establecimiento de un pensamiento biológico científico, convergen el establecimiento formal de la medicina, especialmente en una genuina preocupación por la salud pública, y una explosión discursiva en torno al cuerpo, su salud, sus procesos, estructura, historia, etc. Toda esta amplia discursividad, apuntó a un eje común, la construcción de lo verdadero, atributo que

se le asignó a lo científico, por lo tanto únicamente algunas personas estaban facultados para hablar, con autoridad, sobre diversas temáticas.

Esta autoridad discursiva, relacionada con la sexualidad, recayó en la medicina y el higienismo, la moral, la iglesia y la política. La “puesta en discurso”, y no cualquier discurso sino uno elaborado por un aparato formal, normalizador, “todopoderoso” por detentar el conocimiento y así el poder, de la sexualidad señala, según Foucault (2011), un doble juego muy bien articulado, por un lado, se habla del sexo ampliamente porque hay que eliminar todos los mitos y establecer la verdad, y por el otro, el establecimiento de los límites, la sexualidad permitida, la tolerada, y la prohibida. De esta manera se reguló el actuar desde la infancia, prohibiendo las “prácticas solitarias”, es decir el onanismo, los espacios de tolerancia como los prostíbulos y la sexualidad no permitida, aquella vinculada al placer, y especialmente a la no procreación, ya que a pesar del discurso naturalizado del cuerpo, el victorianismo estableció, de manera incuestionable, una suerte de correspondencia entre el discurso médico, lo moralmente [socialmente] aceptable, y el dogma religioso, así estos tres ejes normaron el mundo.

Es de destacar que especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, el discurso racional del cuerpo, creado por la mirada sobre el que arroja no otra cosa más que la luz del propio [cuerpo] irradiada desde sí y para sí, construyó un lenguaje “cifrado”, un código que si bien era accesible para que todos lo escucharan no lo era para que todos lo emitieran. Es así como retornamos a la importancia del lenguaje, el acotamiento desde el lenguaje significó controlar la circulación, ya no había una expresión tan libre, porque no todo lo que se decía era “verdad” y no todos estaban capacitados para hablar “la verdad” de la sexualidad. Esta potencia y poder discursiva, que promovió una dualidad de enfoques, lo prohibido y lo permitido. La mirada siempre vigilante de los médicos e higienistas ayudó a construir la modernidad llena de una angustia colectiva, angustia por causa de la mecánica sexual y reproductiva construida. Esta mirada

disectante encontró en la pobreza y marginalidad, la concentración de vicios sociales, relacionados con una elevada mortalidad.

Así esta economía sexual y reproductiva, empleando el cuerpo como texto para inscribirse y desde el cual ser “emitidas” para así poder evitar el desperdicio, consecuencia de diversas prácticas sexuales. Esta actitud, al extenderse, propició discusiones sobre los derechos y obligaciones de hombres y mujeres, dentro del matrimonio como fuera de este, y no sólo eso, sino que hubo necesidad de regular la relación entre géneros, su papel y su espacio de juego (Foucault 2011; Nuñez 2006) un ejemplo de esto será la *psychopatia sexualis*, publicado en 1882, de Richard Kraft-Ebing (Vera 1998).

Es así, bajo esta segmentación de la vida social en todos los ámbitos, que es posible apreciar cómo se integra la ruta para transitar de un espacio a otro, por ejemplo vemos que no se abandona completamente la idea de finales del siglo XVIII de la degeneración, muy empleada en el estudio de la historia natural. Esta degeneración marca la línea por la cual se va hacia los estados perturbados de la salud. En el contexto del siglo XIX, bajo la sobrevalorada fuerza de trabajo y el estado industrial, la importancia de la vacuna, las nuevas epidemias –que abundan en el *aire mutado*–, la fuerza vital siempre en relación al trabajo, y el desarrollo de estrategias para aumentarla, como las de Clais y Amoros publicadas en la década de 1820, la aparición del confort 10 años después, la relación entre el nivel educativo y la salud, entre muchos otros ejemplos, ponen en este marco los límites de las prácticas saludables y aquellas que no lo son, siempre teniendo un eje que las orienta, y que resulta fácilmente distinguible y va de la higiene ambiental, que implícitamente integra la higiene moral y la higiene comportamental, a la higiene mental, que implica una higiene corporal, de nuevo comportamental y alimentaria. Es así que se establece la norma entre lo público y lo privado, se coloca al comportamiento bajo una suerte de selección, que, me parece, ayuda a explicar el establecimiento de, en términos de Rubin (1996), el

sistema de sexo/género a partir del cual se justificó la separación masculino/femenino, laboral/doméstico, publico/privado, etc.

Lo anterior nos pone de frente a la reproducción, de los medios de transmisión de la cultura, de las necesidades, y las estrategias para satisfacerlas, pero también de la familia, todas determinadas por elementos históricos, morales y culturales que se heredan y son la base sobre la que continuamente se elaboran los modelos heterosexuales de comportamiento. En otras palabras, lo que el sexo tiene de “sexo” está determinado por pautas culturales, lo mismo ocurre con el género, la cultura, etc. esto es, que siempre hay un conjunto de disposiciones mediante las cuales el sexo y la procreación son transformadas por la acción humana. En este sentido, la disposición heterocentrada (Wittig 1992) es una herencia de la cual no nos hemos librado.

La reproducción de convenciones sociales, como la de los roles de género, sistemas sexo/género, o bien construcciones sexogenéricas, se nos presenta como un elemento rector en la organización social, en donde no sólo se domina a las mujeres, sino que también los hombres son sometidos a “encajar” en una estructura de parentesco, que forman y reproducen estas formas concretas de sexualidad social (Rubin 1996). De acuerdo al análisis que hace Rubin del tráfico de mujeres, los hombres son los únicos beneficiarios de este sistema, antiquísimo y muy difundido, al situarlos como los receptores de los regalos (las mujeres), además de ser ellos los organizadores del sistema y por lo tanto detentores del poder, ya que son los hombres los que comercian con mujeres, sin embargo son esos hombres, los que constituyen la fuerza de intercambio comercial, laboral, etc. es decir, los hombres se convierten en máquinas a las cuales se les exige que transformen su potencial biológico para desarrollar trabajo y obtener satisfactores, alejándolos de la vida familiar y “encerrándolos” en largas y extenuantes jornadas.

Por otro lado, en el texto ya clásico de Rubin, se señala cómo se ha ordenado a partir de los sistemas de parentesco la vida en los extremos de la

heterosexualidad y por lo tanto la interacción social. Así la división de los sexos, tiene como propósito asegurar la unión de los hombres y mujeres al hacer que la unidad económica tenga un sujeto de cada sexo, es decir una interdependencia sexual, a partir de la cual las diferencias son magnificadas y surge el género, por lo que todo arreglo contrario es tabuado, imponiéndose así el orden heterosexual obligatorio.

Desde este análisis, lo que hace falta es la voz de los actores y la presencia de sus corporalidades, en tanto que, como se ha señalado, mucha de la producción antropológica se trató de hombres, hablando de hombres, a otros hombres, hasta principios de la década de los 90 (Gutmann 1998). En el primer volumen de la “trilogía” de Foucault, se hace un énfasis especial a la comunicación por el lenguaje, la construcción de un discurso, no obstante, considero, se omite el poder del vacío discursivo. Al tener un orden de la sociedad, una autoridad que dirige el conocimiento, otra que se empeña en escuchar y juzgar el comportamiento, y la mirada siempre atenta del otro, es decir los espacios y las reglas del juego, lo que se transmite, más que un saber, es la rigidez sobre el sexo. Al tener los espacios correspondientes, las experiencias masculinas y femeninas, fueron mutiladas, ya que todo aquello sin correspondencia al espacio-actuar se encontraba fuera de lo aceptable. Así el vacío que existió en la relación paterna con los hijos e hijas fue creciendo de manera acelerada, creando, tanto para hombres como para mujeres, la necesidad de comunicar en un mundo en donde, todos los sujetos somos signos.

Esta necesidad de comunicar, se ha visto coartada en la medida en que los moldes ya no son suficientes, es decir, actualmente la sociedad se organiza con mayor dificultad en el modelo de la heterosexualidad obligatoria, y aún en el esquema heterocentrado, el diálogo entre los participantes genera tensiones necesidades que no se había presentado antes, pues los límites “hetero” se han difuminado o en algunos casos invalidado, lo que nos presenta problemáticas como la imposibilidad de comunicar, presente en mujeres, hombres,

homosexuales, lesbianas, etc. Los discursos victorianos, aun presentes, presuponen que la heterosexualidad (victoriana) es fundamental en las sociedades, lo que imposibilita nuevos discursos. En contraste, a principios de los noventa, se encontró que la comprensión de la masculinidad en Zambia depende del lenguaje masculino, lo que los hombres dicen sobre sí como hombres, tratándose de una masculinidad que no surge por la oposición a la feminidad, sino que emerge de ella y por lo tanto resulta muy específica e intensa (Gutmann 1998).

La tradición de la “verdad” ha permanecido por más de un siglo, cuando Wittig (1992) declara que “no tienes derecho a la verdad porque tu discurso no es científico”, nos trasporta, de nuevo al siglo XIX en donde el discurso autorizado, normaba y regulaba la vida.

A partir de lo anterior es posible señalar que la noción de reproducción es heterocentrada-feminizada, pues se trata de una interpretación, apriorística, totalizadora de la realidad social, la cultura, el lenguaje y la experiencia subjetiva, además de tener una tendencia a formar leyes que valen para todas las sociedades, épocas e individuos (Wittig 1992). Así en la reproducción no podemos visualizar a los hombres, porque no “es su espacio” lo que perpetua la diferencia dicotómica y limita la diversidad de expresiones y experiencias, tanto para la heterosexualidad como la homosexualidad, y todas las sexualidades no hegemónicas.

Con esto, considero que se pone de manera clara, la necesidad por acabar con ideas problemáticas, y que han sido rebasadas, como la de la dominación universal masculina, o la maternidad natural, y por lo tanto, superior a la paternidad. Si pensamos el sexo y el género como construcciones culturales, en donde todas las categorías son interdependientes y no pueden explicarse sino en la relación con las demás, entonces podemos incluir el cuerpo como parte de ese discurso, y con un discurso polisémico propio. Este último rasgo, la polisemia,

puede extenderse hacia todos los procesos, experiencias, acciones o prácticas que inciden en el cuerpo, y de ahí partir para en primer lugar eliminar todo esencialismo, como el hecho de que el hombre sólo busca inseminar indiscriminadamente, que es dominador por naturaleza, que no se preocupa de sus hijos, que es irresponsable en la crianza, que la mujer siempre está sometida, o que solo ella puede y sabe cuidar a sus hijos, o bien que el ser hombre es totalmente opuesto a ser mujer, entre muchos otros.

### **3.2 Homoparentalidad y monoparentalidad.**

Aunque no es el eje central de este trabajo, considero necesario abordar, aunque de manera superficial, la homoparentalidad, la monoparentalidad y la problemática que representan para la reproducción, la salud reproductiva, la salud sexual, la crianza, los derechos sobre los hijos, etc.

Si retomamos un hecho central en este trabajo el cual señala que a partir del lenguaje, su uso y sus vacíos (ausencia de términos) se contruye la realidad. Considero importante abordar estos otros rostros de la reproducción, pues implica nombrar, al interior de un proceso a otros sujetos-personas, que también actúan y están presentes en él.

En el caso de la homoparentalidad, abordarla implica hablar de las familias y la diversidad con la que éstas se organizan, relacionan, interactúan, etc. No obstante, aunque comparten muchas problemáticas, es pertinente señalar que el matrimonio gay, no es lo mismo que el parentesco gay (homo parentalidad) (Butler 2004), lo que nos pone de frente a: a) la heterosexualidad -procreadora-obligatoria apoyada en b) la legalidad que otorga a la *familia* –en su modelo nuclear- el matrimonio como institución, c) la concepción del parentesco y las diversas formas en que se organiza, d) los derechos reproductivos de los sujetos-persona, e implícitamente, el reconocimiento del estado para toda organización de parentesco no heterosexual o nuclear y e) el uso de tecnologías, estrategias o

arreglos –como la renta de úteros- que pueden proporcionar una alternativa a la adopción.

Actualmente la tensión y negociación ocurre entre los sujetos, el estado y la sociedad, se extiende a los límites de las prácticas sexuales, el comportamiento, etc. principalmente debido a que se requiere, para ingresar a lo permitido, el aval del estado, es decir la normalización, por otro lado, solo ciertas prácticas sexuales serán bien apreciadas, estas son las que ocurran dentro del matrimonio, todo lo que no esté circunscrito dentro de esta norma, es simplemente, impensable, inconcebible. De esta manera muchas de las familias no nucleares o *posnucleares* (término propuesto por Requena y Revenga en 1993, para referirse a todo arreglo doméstico, familiar diferente al nuclear, especialmente aquellas uniones no matrimoniales, parejas sin descendencia, familias reconstituidas o combinadas, monoparentales y homoparentales) (Marquez 2010) se encuentran en el intersticio que existe entre lo posible y lo ilegal.

Sin duda, estas familias representan muchos retos pues es más lo que se desconoce de ellas que lo que sabemos, por ejemplo, no sabemos su número, organización, intereses, características, problemas que enfrentan, etc. No obstante, un aspecto que ha generado debates y enfrentamientos es la posibilidad de que las parejas homosexuales puedan desempeñarse dentro de la parentalidad y el impacto de este hecho en los hijos e hijas que críen.

Al centro de esta problemática, podemos observar cómo imperan dos principios rectores de la organización social, el heterosexismo y el heterocentrismo, el primero es un sistema de organización que “niega, menosprecia y estigmatiza cualquier forma no heterosexual de conducta, identidad, relación o comunidad” (Marquez 2010), mientras que el segundo ve la heterosexualidad como la única forma válida de orientación, preferencia y práctica sexual.

Una de las principales problemáticas que se ha apreciado en la constitución y legitimación de las familias homoparentales es su normalización, ya que supone el “hacerlas encajar” lo más posible en el modelo nuclear, pues, por un lado, es el discurso dominante, en donde, hasta el momento, la mayor cantidad de personas ha nacido, y en segundo, es difícil pensar, basados en el punto anterior, que los hijos e hijas puedan ser homosexuales, bisexuales, transexuales, etc., lo que sirve como mecanismo de perpetuación del modelo o discurso tradicional y la búsqueda de los modelos alternativos por parecerse lo más posible para alcanzar la legitimidad. Lo anterior significa que, a pesar de la diversidad de arreglos y constitución, la *familia* es uno de los contextos en donde ocurre, con mayor intensidad, la homogenización y perpetuación (Ribeiro 2004; Zapata 2009) de “las formas”.

Si se entiende la crianza como uno de los principales aspectos de la reproducción, ya que (la crianza) es un proceso por el cual se producen y reproducen subjetividades, por medio de dinámicas cotidianas en donde operan las interacciones familiares, lo que produce una suerte de fondo de inversiones que conducen a la formación de conexiones de filiación, además de canales de comunicación, y prácticas encaminadas a la protección, cuidado, enseñanza, pero también a la búsqueda del bienestar integral, esto incluye, salud, juego, convivencia, amor y reciprocidad, es posible decir que con la crianza se invierte en el éxito reproductivo, ya que los hijos con más cuidados, con relaciones de parentesco menos opresivas, y con un grado de bienestar familiar e individual mayor –pues aunque las relaciones son recíprocas, dada la plasticidad a edades tempranas, el efecto de las tareas de los padres y/o madres y sus significados sea mayor para los hijos e hijas (Zapata 2009), sin negar el efecto que provocan estas relaciones en las figuras parentales-, tendrán otro tipo de capital para echar mano en su esfuerzo por reproducirse.

A partir de lo anterior podemos apreciar cómo la familia no se constituye exclusivamente a partir de la procreación y la coparticipación de dos personas-

sujetos en ella, sino a partir del establecimiento de arreglos intersubjetivos dentro de un espacio social, producto de la interacción continua de personas-sujetos-colectividades que genera cierto equilibrio a partir del establecimiento de reglas o pautas que permiten una estabilidad relativa.

Así, las familias están atadas a los procesos socioeconómicos, políticos, etc., de ahí que se tenga una gran dinámica y se reorganicen constantemente, lo que exige, al mismo tiempo cambios en los sujetos que las conforman. A pesar de las nuevas formas de vivir en familia, estas siempre se constituyen por relaciones de género, que como vimos, suponen relaciones clase, es decir, relaciones de poder. Estas relaciones de género y sus transformaciones, al interior de la familia, incluyen los cambios en las relaciones de parentesco, pues se inscriben con las nuevas dinámicas de asociación intersubjetiva (Nudler y Romaniuk 2005).

Actualmente aun persisten ciertos miedos sobre la homoparentalidad que se han arrastrado desde finales de la década de 1980. Entre ellos destacan: a) se piensa que los padres homosexuales pueden transmitir roles y modelos de desarrollo sexual inapropiados, al promover en sus hijos el deseo de la homosexualidad, por ejemplo; b) se cree, especialmente en las parejas de hombres gay, que pueden tener relaciones sexuales con sus hijos; c) los hijos e hijas pueden resultar estigmatizados por otras personas, especialmente por sus pares, al ser intolerantes a la sexualidad de sus padres (King y Pattison 1991); de manera más reciente, también se han expresado los temores relacionados con d) el supuesto de que las familias homoparentales influyen en su coexistencia con otras familias, como las extendidas, tradicionales y monoparentales, por mencionar algunas, y más allá de esto la convivencia de los hijos de familias de padres homosexuales con hijos de familias tradicionales o de padres heterosexuales, e) la relación y apego de los padres no procreadores con los hijos y como el método de reproducción elegido influye en esta relación y apego; f) el posible conflicto que puede ocasionarle a los hijos de estas “nuevas familias” al

contrastar su situación familiar con los de sus pares provenientes de familias heteroparentales, al encontrar que ya no es tan válido decir *madre solo hay una*.

Es así que entre la problemática está la explosión y consecuente dificultad en la definición de la situación parental, padre/madre biológicos, madre gestante, madre sustituta, padre social, padre adoptivo, padre participativo, madre sanguínea, etc. Esta diversidad de categorías no necesariamente supone una mayor complejización en la acción de los roles, aunque tampoco la elimina, sin embargo sí señala a un integrado al de socialización, que además nos refiere a la individualización de los sujetos, un proceso de autoconstrucción tanto subjetiva (Tovar 2005) como de múltiples identidades (Lauretis 1991). Este proceso de autoconstrucción o individualización, señala una confrontación con las normas preestablecidas, esta confrontación ocurre al alejarse de los modelos y pautas tradicionales, una de las explicaciones de este proceso se dan por la globalización, especialmente por la apertura y “acceso” a otras formas de vida (Beck y Beck 2001).

La globalización como un fenómeno mundial, no sólo implica movimientos unitarios con resultados singulares, es decir homogeneización, como se ha argumentado, ya que esto implica negar la plasticidad humana (creativa, cultural, biológica, etc.) sino también la creación de redes sociales diversas, por donde fluye información, productos, tecnología, capital y personas (Browner y Sargent 2011), para llegar a su “destino” final. Tanto las redes como los destinos de este fluir son específicos, no todos consumen lo mismo, ni a través del mismo canal, por lo que la diversidad de los sujetos no se pierde sino que se diversifica, lo que necesariamente crea un diferencial en las formas de agencia.

A la par de estos procesos de construcción, han tenido lugar momentos de conflicto, tensión, negociación, tolerancia y aceptación de estos mismos cambios sociales y culturales distanciados en mayor o menor medida de los modelos hegemónicos (Mena y Rojas 2010; Tovar 2005).

Los procesos de redefinición, sociales e individuales, de participación laboral, participación familiar, participación doméstica, y no solo en término de participación, sino la misma construcción de los espacios (por ejemplo la familia) y roles, tanto como la construcción y transformación de lo femenino y lo masculino, así como las nuevas estrategias para la negociación intersubjetiva. Esto guarda relación con el cuestionamiento, no solo hacia el esquema tradicional de la familia, sino al papel de los hombres al interior de estas, sin que esto represente que no hay división sexual, no solo del trabajo sino también, de la vida en sociedad, pues aún persisten prácticas que ubican a las mujeres como las únicas responsables de la reproducción y trabajo doméstico, así como a los hombres como ausentes de la vida familiar y principales proveedores de ingresos.

Con estas transformaciones han surgido una diversidad de estructuras parentales y paternas, por ejemplo, la hoy importante figura del papá soltero, hetero u homosexual, el papá adoptivo, que puede ser el que adopta un hijo por su cuenta, el que tiene que adoptar a un hijo porque mantiene una relación con una pareja con hijos, o el que vive en una relación en donde no pueden procrear y deciden adoptar un hijo, entre otras. De todas estas nuevas formas parentales, aquí se aborda el papá soltero sin especificar o distinguir sus prácticas sexuales, sean estas homosexuales o heterosexuales.

Indudablemente esto nos remite a hablar de nuevo de los hombres y su masculinidad, hombría y virilidad, términos que no refieren a lo mismo, pero también a su sexualidad. Esto señala una mayor flexibilización respecto de los roles que desempeñan los hombres, no solo en un contexto doméstico, sino en todas sus dimensiones, es decir, el género al tomar en cuenta la expresión objetiva de sus prácticas y su referente subjetivo (Mena y Rojas 2010) a la relación de esa entidad en su posición de clase con todas las entidades de esa misma clase, de manera individual y con esa determinada clase como un todo. En otras palabras la paternidad, o la acción de paternar, debe verse simultáneamente como

un hecho individual, en tanto que ningún hombre experimenta la parentalidad igual ni con las mismas experiencias tempranas, ni realiza las mismas inversiones que otro varón.

Diversos estudios en torno a las masculinidades, o la antropología de las masculinidades en el continente y particularmente en México, señalan un modelo de ser hombres que aún se mantiene como referente orientador de lo que es, debe ser y se espera de un varón (Gutmann 2006; Mena y Rojas 2010), este modelo genera la permanencia de la división sexual de trabajo, el hombre está vinculado a la manutención del hogar y la familia, mientras que a la mujer le corresponde la crianza y atención de los hijos así como las actividades domésticas, es decir establece al varón como “cabeza de familia”. Este modelo se ha visto amenazado por las transformaciones económicas y sociales provocadas, entre otros aspectos, por la mayor inclusión y participación de la mujer en el mercado laboral, especialmente en el rol de los hombres como los principales, y en ocasiones únicos, proveedores del sustento familiar, conjugado con la precarización del acceso laboral de los hombres y el rezago de estos en materia de educación respecto de las mujeres (Gutmann 2006), aunque esto no ha garantizado un cambio significativo que apunte hacia una responsabilidad equitativamente compartida, en las labores domésticas, entre hombres y mujeres, ni tampoco una presencia igualmente visible ni relevante en términos de reproducción, derechos reproductivos, servicios de salud reproductiva o toma de decisiones reproductivas, de tal manera que la sexualidad, la reproducción, la división del trabajo y los roles de género, presentan importantes resistencias en cuanto a la asimetría en las relaciones se refiere, sin que esto reste importancia a las transformaciones en torno a los roles, la construcción del género y las identidades, la cooperación en la manutención familiar, la presencia en la vida de los hijos, o la equidad en la responsabilidad doméstica.

En cuanto a la paternidad singular, es decir un hogar monoparental con jefatura masculina, aun se piensa, particularmente en México que la crianza es

algo natural de las mujeres, algo innato, pues “lo traen dentro” y los hijos responden de la misma manera “entregándose más a ella”. Por otro lado, se la idea de que la ausencia materna es perjudicial para los hijos (Mena y Rojas 2010), esto se traduce en que los hombres son menos capaces de prodigar cuidados, atenciones, y expresar emociones, y recibir la expresión, por parte de los hijos, de emociones.

Esta idea, parte de la construcción de lo que es ser hombre y padre, se expresa de muchas maneras, menospreciando los aportes, o inversiones paternos hacia los hijos, “la mamá sí, sí hace mucho por sus hijos y el papá no hace tanto”. Los mecanismos que han fijado esta idea, son los mismos que perpetúan la división sexual del trabajo en doméstica y laboral, por lo que algunos hombres, que se enfrentan a la paternidad singular de sus hijos, lo hacen con cierta resignación y enojo, en el caso del divorcio, al señalar que sus exparejas no tenía ese instinto maternal o no se dedicaban al 100% a sus hijos (Mena y Rojas 2010). Por otro lado, se ha encontrado que hay mayor permisividad e inconsistencia, en la actitud de los padres respecto del establecimiento de normas en cuanto al comportamiento de los niños y niñas, lo que genera alteraciones en el proceso de socialización (Agudelo 2005).

Sin duda, esta construcción del ser varón y padre se ve modulada por la edad, la actividad económica, el nivel educativo y la pertenencia a un determinado sector social. El cambio del modelo hegemónico de paternidad, se ve expresado en los padres jóvenes y solteros quienes reportan una mayor participación en las tareas domésticas así como estar presentes de manera más activa en la vida de sus hijos aún antes de cualquier separación. Como parte de las estrategias que emplean los padres solteros están las redes de apoyo, conformadas principalmente por familiares, como la madre o hermanas, lo que repercute directamente en la participación masculina en las tareas domésticas así como en la presencia activa en la crianza y cuidado de los hijos. Así, la edad y el nivel de presencia en la vida de los hijos incide directamente en la construcción de la

relación padre-hijos ya que ésta puede ser rígida, autoritaria y distante, o bien abierta, flexible y cercana, siendo esta última más frecuente entre los padres más jóvenes. Por otro lado, parece pertinente resaltar que entre las dificultades que encuentran los padres solteros para desempeñar sus actividades está el organizar su vida laboral y familiar, tal como ocurre con las madres solteras, y tienen que negociar permisos para ausentarse cuando sus hijos requieran su presencia (Mena y Rojas 2010). Este tipo de negociaciones y permisos (*paternal leave*) son ampliamente practicados y aceptados, en todo el mundo, y señalan una de las líneas de investigación más actuales en torno a la paternidad y la relación entre los padres y sus descendientes (Gray y Anderson 2010; Seward y Richter 2008), este tema ha sido señalado en nuestro país por investigadores como Guillermo Figueroa (2012) al hablar del permiso de paternidad, semejante al otorgado a las mujeres en momentos cercanos al parto y primeros días postparto.

El acudir a las redes de apoyo no necesariamente constituye un elemento favorable, ya que es muy probable que los menores tengan confusiones en tanto a la figura de autoridad y además de que el manejo del proceso regulador de la vida familiar se ve afectada, pues la aplicación de las normas familiares puede darse con mayor laxitud sin que se establezca una clara distinción entre lo permitido y no permitido. No obstante, se ha visto que en estas familias monoparentales, los padres representan la figura afectiva más relevante, especialmente aquellos padres que desarrollan diversas estrategias para realizar inversiones socioafectivas con sus hijos y familias (Agudelo 2005).

Para finalizar con este apartado es necesario apuntar que hay aún mucho que saber sobre estos “nuevos hogares”, al menos novedosos en la producción e interés académico, ya que gran parte de la investigación, nacional como internacional, la mirada se enfoca en los padres en un contexto de familia biparental, ya sea de padres homosexuales o heterosexuales. Lo anterior, se ha puesto en manifiesto, en una interesante revisión sobre los trabajos relacionados con las dinámicas familiares en Latinoamérica, la necesidad de tomar en cuenta

toda la diversidad de familias, y dinámicas internas, para la creación de políticas (Viveros 2010).

### **3.3 Problemática y consecuencias al obviar la presencia masculina en la reproducción.**

Es posible identificar elementos muy semejantes entre las prácticas y significaciones romanas de principios de la era cristiana y nuestro tiempo. En ellos se aprecia la ubicación diferenciada al interior del orden social en función del estatus, el linaje, la condición de ciudadanía, y según el sexo (Rousselle 1989). Es en el periodo del naciente cristianismo que comienza a establecerse lo que después se entenderá como la separación de la vida pública y privada con su correspondiente representante hombre y mujer respectivamente. Si bien, es cierto que la diferencia sexual ha servido para establecer relaciones de poder y subordinación, a favor del hombre, existen posibles excepciones como la creación de una subdisciplina médica en plena republica romana como la ginecología, mientras que la andrología es una “creación” muy reciente, aunque el término se acuñó en el siglo XIX, no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX que surgió como una práctica médica válida y aceptada, específicamente a finales de la década de 1970 los médicos comenzaron a aceptar esta especialización médica y se crearon las primeras sociedades de expertos, lo que representó que para inicios de los ochenta nacía una práctica médica avocada al estudio y tratamiento biomédico de los hombres, y más que de los hombres en general, de los padecimientos relacionados con sus genitales, aparato y sistema reproductivo, aunque, pese al gran impulso que tuvo esta disciplina, en comparación con la ginecología, era un desarrollo incipiente. Este desfase en términos de disciplinas dirigidas al cuidado de la salud de cada uno de los sexos, resultó en que la salud sexual y reproductiva masculina fuera poco entendida y por lo tanto considerada, en otras palabras, los hombres, especialmente aquellos de grupos occidentalizados, no tenían una guía de detección-prevención y tratamiento médico adecuado, lo que significa que los hombres no hemos sido educados, hasta principios del siglo XXI, para cuidarnos de las enfermedades, lo que ayudó

de manera indirecta a reforzar el “mito del hombre siempre fuerte, resistente y viril” (Daniels 2006; Figueroa y Sánchez 2000).

La fragilidad masculina, tanto en su salud, su hombría y su virilidad fue puesta en escena con los trabajos como los de Carlsen et al 1992, sin embargo hubo respuestas que señalaron que no había un descenso en el conteo de espermatozoides, ni una contaminación por ingesta de alimentos o por exposición laboral a ciertos agentes nocivos. La lectura de todo esto indica que el ejercicio biomédico, acentuándose más en los países occidentalizados, se normalizó tanto en la vida cotidiana de las personas que, las nociones y construcción de lo masculino y lo femenino se han asociado históricamente a estereotipos que han persistido a lo largo del tiempo a través de la reproducción social, como la negación de las vulnerabilidades físicas de los hombres –justificadas, reelaboradas y mantenidas por los mismos hombres-, las necesidades de sus cuerpos, así como el apropiarse de suposiciones que, han dado origen a ideas o creencias, más a partir de ideas parcializadas que de la realidad de los cuerpos, es decir, se trata de una producción social de la verdad, especialmente a partir de la división sexual y, para este caso, de la relación particular que guardan los sexos, los comportamientos, los roles y la reproducción.

Parte de estas diferencias en la imposición de roles y cómo se apropian las personas puede encontrarse en la diferencia que apunta Ortega y Gasset, en donde las ideas se tienen, pero se vive en las creencias, por lo que, lo obvio no se puede cuestionar, es decir, la relación obvia, clara, directa, visible, en términos de reproducción es la que tiene lugar entre la madre y el feto-hijo, mientras que la relación entre el padre-feto-hijo, siempre se ha construido, como una relación poco clara, frágil, indirecta, invisible, incluso cuestionable (Daniels 1997, 2006; Figueroa 1998b; Garfield y Chung 2006; Lamas 1996; Lerner 1998; Maurer et al. 2001; Szasz 1998, 2010), como se expresa en el dicho “*los hijos de mis hijas mis nietos serán, los hijos de mis hijos solo Dios sabrá*”. En este campo, de la duda y la incertidumbre, se encuentran muchas de las valoraciones que se tienen respecto

de cómo vemos y construimos el papel que juegan varones y mujeres en la reproducción así como el mismo proceso reproductivo (Figueroa 2001).

Sin embargo la biomedicina no ha participado sola en esta construcción, de nuevo se hace hincapié en la participación de la sociedad misma y los “sexos”, es decir los individuos sexuados y con autodenominaciones de género, como agentes de la reproducción social de los estereotipos y valores atribuidos a cada sexo. Otra ciencia que ha participado para establecer y perpetuar estas construcciones es la demografía, ciencia especializada que, entre sus líneas de estudio, incluye la fecundidad, y por lo tanto la fertilidad. Wood (1994) ya menciona que dado que es más evidente la relación madre feto-hijo, el estudio se ha enfocado más hacia las mujeres, pues es más fácil de estudiar, y requiere menos reelaboración de metodologías, técnicas y conceptos, también señala que debido a que la producción de óvulos requiere más tiempo y ciclos más fácilmente detectables, se impone un límite a la capacidad de concepción y por eso es más sencillo estudiar la fecundidad humana, no obstante, esta postura lleva implícitos algunos sesgos ya que en primer lugar, se ha traducido en que la responsabilidad del comportamiento reproductivo ha recaído en las mujeres, “relegando a los varones a una posición marginal” (Lerner 1998) pero también a una posición de comodidad (Daniels 2006) al retirarles responsabilidad en materia de las decisiones reproductivas al recrear estereotipos.

Lo anterior también se advierte en la construcción clásica de categorías y conceptos sobre la fecundidad, ya que desde este nivel del análisis de la reproducción y fecundidad humana se privilegian las determinantes próximas al lado femenino, especialmente en la toma de decisiones sobre la regulación del comportamiento reproductivo y sexual, en donde, a pesar de que el discurso, institucional y de algunos hombres señala que la responsabilidad es compartida, la visión de las mujeres es opuesta, al menos hasta finales de la década de 1980, al señalar que los hombres decidían sobre el número y espaciamiento de los hijos. Hay que resaltar que esta construcción clásica, ha sido promovida, históricamente,

y en buena medida por los mismos hombres, quienes de una u otra manera han fallado al cuestionar tales categorías y al no mostrar un verdadero interés, al menos hasta hace algunos años, de estar presentes en el proceso reproductivo (Figueroa 1998c, 2012).

Este mismo sesgo se pone de manifiesto en el diseño de herramientas empleadas para el estudio de la fecundidad. Estas herramientas –encuestas de fecundidad, salud sexual y reproductiva- han estado orientadas a caracterizar el comportamiento sexual y reproductivo de las mujeres y a mostrar la variación demográfica poblacional, lo que incluye de manera clara y explícita, el papel de las mujeres y sólo de manera implícita a los hombres. Los resultados arrojados por estos trabajos y los análisis que se han derivado de ellos, han servido para la elaboración de políticas y programas de planificación familiar y salud reproductiva, con acciones limitadas a las mujeres, reforzándose el estereotipo del hombre controlador de la actividad sexual y reproductiva, pero también obstaculizador de la planificación familiar, control natal y prácticas sexuales seguras (Figueroa 1998c; Lerner 1998) conduciendo de vuelta al mismo punto, relegar la presencia del varón en la reproducción a un papel secundario, sin embargo esto también se debe a que no ha existido un verdadero interés en desarrollar la teoría y términos que permitan comprender las experiencias masculinas en la reproducción, además de que no hay, hasta la fecha, un movimiento semejante al feminismo que cuestione y ayude a reelaborar las construcciones de género (Figueroa 2012).

Otra de las consecuencias asociadas a esta percepción de la reproducción como papel y lugar natural de la mujer inició con la “aparición” en estudios clínicos de las madres adictas y los bebés del crack (*crack babies*), esto, junto con la conclusión a la que se llegó al tratar el tema de la susceptibilidad masculina al ambiente, ya que todos los efectos teratogénicos eran conducidos al producto por la vía materna reforzó la idea de “las mujeres tienen la culpa”, pues la relación es directa y evidente; ésta “culpa” se encuentra cargada de significados sociales, como el de las malas madres, madres irresponsables, madres rebeldes, incluso en

Estados Unidos hubo juicios contra las “madres asesinas”, que no quisieron posponer su “placer” por el bienestar de sus hijos, llegando a recibir condenas de hasta 40 años, generándose un movimiento “perseguidor” de madres adictas en 1980 que hasta la fecha continua juzgando madres negligentes (Daniels 1997, 2006). Los hombres, su responsabilidad, su presencia en la reproducción y cómo su acción y presencia impacta en el crecimiento y desarrollo prenatal fue disminuyendo y al mismo tiempo los padres se “salvaron de la culpa” pero ¿a qué precio?

Lo anterior significó que en verdad, el hombre sólo depositaba la semilla y nada más, era una figura ajena y lejana al embarazo, y a sus propios hijos ya que se limitó su responsabilidad y participación en la crianza, promoviendo así, las instituciones como el mismo rol masculino y el rol femenino, el estereotipo del “hombre proveedor”, noción limitada a los hombres que solo [al menos supuestamente] contribuyen con dinero para la estabilidad familiar, pues ya se ha desarrollado, líneas arriba, que el hombre provee no solo dinero, sino tiempo entre otros recursos, y claro, está de más puntualizar, que no todos lo hacen y sería un error señalar lo contrario.

Este varón lejano, cuyo rol se ha construido de manera tal que su vida se ciñe, restringe y limita al trabajo casi exclusivamente, promovió la idea del hombre-padre también distante de sus hijos, de su crianza, su vida, su salud, etc., un padre que más que eso es una institución financiera y que funge como un opresor-dominador que por su silencio y “no participación” orienta, promueve y justifica que las acciones tomadas, para educar, informar, reproducir y controlar la sexualidad, la fecundidad y el proceso de reproducción sean dirigidos exclusivamente a la mujer, resultando en una valoración y legitimación de la maternidad como el papel prioritario, social y naturalmente, asignado a ellas, lo que produjo el siguiente concepto, el padre ausente (Daniels 1997, 2006; Figueroa 1998c, 2001; Lerner 1998; Meler 2000).

Bajo este esquema de conceptualización, todos los hombres que son padres, son padres ausentes, no solo en un sentido físico sino ausentes de responsabilidades, ausentes de una relación directa con la vida prenatal de sus descendientes tanto como durante la vida postnatal de los mismos, y finalmente ausentes de la literatura y estudios científicos especializados. En cuanto a esto Gray y Anderson (2010) proponen en su modelo a los malos padres, que resultarían en malos inversores o inversores nulos, es decir no invierten en sus hijos tiempo, dinero, cuidados, y demás recursos.

La construcción de los padres distantes, la reproducción como el lugar y atributo natural de la mujer, y por lo tanto la responsable de la salud prenatal, redujo mucho la capacidad de respuesta ante otro tipo de problemas. A finales de la década de 1980, y a pesar de los estudios previos sobre el descenso en el conteo de espermatozoides, especialmente uno realizado en 1979 en Florida en donde documentaron un descenso del 40% en el conteo de espermatozoides, no fue sino hasta 1992 que comenzó a buscarse la explicación en la relación ambiente-espermatogénesis, proponiendo la contaminación por toxinas semejantes a estrógenos como principales agentes asociados al descenso de producción de espermatozoides, nacimientos con malformaciones o nacimiento de hijos con bajo conteo de espermatozoides, criptorquidismo y aumento en la incidencia de cáncer testicular, entre otros padecimientos. A raíz del rechazo a la relación entre el daño fetal y las causas mediadas por vía paterna surgieron dos teorías, la del “Todo o nada”, relacionada más directamente con los espermatozoides y su condición, y la del “huevo seductor” asociada a los óvulos femeninos. La primera señala que sólo los espermatozoides en mejores condiciones podrán llegar y “conquistar” al óvulo, que tiene una “actitud” pasiva, así los espermatozoides son los conquistadores, mientras que los espermatozoides con daños, cumplen otra función, “apoyar en la retaguardia” para evitar el paso de otros espermatozoides al crear un “perímetro” en donde bloquean el paso a los “intrusos”, que en caso de presentarse serán enfrentados con “armas bioquímicas” que producirán la lisis de sus paredes celulares, en otras palabras se

trata de “espermatozoides kamikazes en esta “competencia” entre espermatozoides, que también postuló que la infidelidad femenina se comprobaba, al menos a partir de otras especies, ya que las hembras se aparean con varios machos, permitiéndoles a los gametos femeninos iniciar la competencia entre los “pequeños soldados” y solo el más apto es el que sobrevive.

El uso de muchas metáforas militares dejó clara la idea, la fecundación no es tarea para los (espermatozoides) débiles, los dañados, los anormales, lo que, en pocas palabras, son inadecuados para la concepción, el espermatozoide, de manera semejante a la teoría de la preformación, adquirió una personalidad, el ganador era el más viril, por lo que los espermatozoides dañados aún por el estilo de vida o contaminación ocupacional, simplemente no eran candidatos a fecundar un óvulo, por eso no representaban un riesgo, con lo que la salud reproductiva masculina se evaluó a partir del total de espermatozoides eyaculados y la función reproductiva sana se evaluó por el desempeño eyaculatorio, volumen de semen, concentración espermática, número de espermatozoides, velocidad y motilidad, morfología y tamaño. La segunda teoría, nacida de la quimiotaxis<sup>13</sup>, observada en erizos de mar, postula que los espermatozoides encuentran “atractivos” a los óvulos, pues se comprobó que el óvulo no está esperando la llegada de los espermatozoides sino que efectivamente secretan un químico para atraer a los “invasores”, a este químico se le llamó molécula seductora, sin embargo, casi al mismo tiempo, a mediados de los noventas, se encontró que también hay pequeñas vellosidades en el tracto reproductivo femenino que participan al facilitar la movilidad de los espermatozoides por el útero, estén sanos o no.

Bajo estas dos nuevas contribuciones al conocimiento de la fecundación, se probó que la participación del espermatozoide era menos agresiva lo que propició una tercera hipótesis que integró la señales químicas del óvulo, la acción de las vellosidades uterinas y a la misma célula reproductora, la teoría del “huevo

---

<sup>13</sup> El huevo u óvulo liberado en el mar, produce y libera una substancia que sirve como señal química para orientar a los espermatozoides a que encuentren los huevos que deben fecundar y no otros.

agresivo”, según la cual una vez que han sido atraídos y alcanzado al óvulo, la zona pelúcida que lo recubre sirve como punto de anclaje para los espermatozoides que vierten el contenido de su acrosoma para disolver esta zona pelúcida, para posteriormente entrar en el óvulo y expulsar su contenido. Este desarrollo de hipótesis facilitó un nuevo contexto en el cual se apoyaba el enlace entre el daño fetal y el origen paterno del daño, ya que aún los espermatozoides con alteraciones o malformaciones podían fecundar al óvulo, no obstante esto no retiró la “culpa” de las mujeres ya que si bien, ellas no seducían “malos especímenes [hombres]” sus óvulos seleccionaban malos ejemplares, es decir espermatozoides (Daniels 1997, 2006).

Este nuevo contexto supuso dos líneas de investigación. La primera de ellas enfocada en identificar agentes tóxicos que afectaran directamente la fecundidad masculina y a los productos de los hombres contaminados. La segunda línea, fue en otra dirección, los derechos sobre salud sexual y reproductiva. En esta línea de acción, producto de la evidencia del daño fetal producido por transmisión paterna, la reacción inicial por parte de las autoridades de salud pública fue poco menos que silenciosa ya que impactaba muchos aspectos de la vida cotidiana, el uso de fertilizantes, pesticidas, solventes, incluso fumar e ingerir bebidas alcohólicas, por lo que el problema no eran los tóxicos que afectaban los testículos y provocaban infertilidad, sino los efectos secundarios por contaminación –incluyendo los producidos por hábitos nocivos- que sufrían los fetos. No obstante, a nivel de políticas de salud, no se reelaboraron planes de atención que consideraran la transmisión vía paterna de malformaciones o algún tipo de daño causado por la exposición a contaminantes o por el uso de drogas o alcohol, por lo que éstas investigaciones fueron desechadas, ya que no se tenían ejemplos incuestionables de tal relación pues la discusión se situó, de nuevo, en un eje masculino-femenino. En la construcción social de los roles, al menos en occidente, es más claro que el uso de sustancias teratogénicas, aún de manera ocasional, por parte de la madre afecta al producto, mientras que la duda sobre el abuso de sustancias por parte del padre y su relación con la salud fetal seguía

siendo cuestionada, lo que provocó una percepción diferenciada del daño fetal, planteada en términos de el uso ocasional contra el abuso de sustancias. Algunas investigaciones que sugirieron modelos que se alejaron de esta “realidad”, se entendían como amenazas a la “inversión” cultural y social que representaba el rol materno de responsabilidad y abnegación, con lo que aún las restricciones más simples hacia el comportamiento de los hombres y sus condiciones de trabajo, no fueron puestas en marcha en el mismo periodo de tiempo, mediados de la década de 1990.

Estas decisiones tuvieron gran impacto en materia de políticas de salud y en las estrategias empleadas. La planificación familiar se convirtió en un “derecho universal” al menos para la cultura occidental, desde la I Conferencia Mundial de Población organizada por las Naciones Unidas en 1974 en Bucarest, derecho por el que han luchado importantes grupos de mujeres, desde mucho tiempo antes. Ya desde 1985 se había señalado que las políticas de control natal-planificación familiar, estaban dirigidas especialmente a las mujeres, dado que representaba un motivo de tensión en las mujeres (de Barbieri 1985). Hay que destacar que en México, en ese mismo año, se creó el Consejo Nacional de Población, institución mediante el cual se pretende regular los fenómenos (natalidad y migración principalmente) que afectan a la población en cuanto a su volumen, estructura, dinámica y distribución al interior del territorio nacional (Córdova et al. 2007a; Córdova et al. 2007b; Frenk et al. 2001).

En México, la tasa de mortalidad cambió drásticamente en un periodo de 15 a 20 años, entre 1940 y 1960, cuando se crearon todas las instituciones y políticas de salud, sin embargo, la tasa de fecundidad no cambió de manera significativa hasta los años 1970 y especialmente en los 1980 en que entraron en vigor las políticas de planificación familiar y se estableció como un derecho la salud reproductiva y la planificación de la familia. No obstante, la forma en cómo se llevó a cabo en muchos países, enfocándose especialmente en sectores de mujeres, planteó dudas al respecto del libre ejercicio de la decisión sobre el tamaño familiar

y sus consecuencias en materia de salud, la puesta en práctica de estas estrategias, no consideró otros puntos relevantes en la reproducción y fecundidad femenina, en primer lugar y poblacional y social en segundo, ya que no se consideró el rol de la mujer en la sociedad, y la familia, el sentido y valorización de la maternidad, el significado simbólico y económico de los hijos al interior de la familia y especialmente para los padres, así como el ejercicio de la sexualidad, de hombres y mujeres, y el acceso a las decisiones reproductivas. En este marco, las políticas de control natal, y fundamentalmente el descenso en la tasa de fecundidad y por lo tanto de natalidad, se han logrado gracias al uso extensivo de anticonceptivos especialmente enfocados para las mujeres, esto no quiere decir que sean de “uso” femenino (de Barbieri 1985; Estrada et al. 2008). En este sentido el discurso es claro, el cual menciona el derecho a la equidad de género, a las decisiones reproductivas personales, informadas, y se puntualiza que la planificación familiar contribuye a salvar las vidas de mujeres y niños, a mejorar la calidad de vida y las condiciones de vida (Córdova et al. 2007a; Córdova et al. 2007b; Estrada et al. 2008; Frenk et al. 2001).

La planificación familiar y el control natal, han coadyuvado al empoderamiento femenino, comprobándose que el uso de métodos anticonceptivos favorece su poder de decisión (grado alto = 36%) así como la autonomía en las relaciones sexuales entre las mujeres usuarias (78.22%). Estas mujeres reciben mayor apoyo, por parte de su pareja, para el uso de anticonceptivos. En análisis multivariados, se ha encontrado que hay una asociación positiva y estadísticamente significativa entre el uso de servicios de planificación familiar y la paridad (Estrada et al. 2008), es decir, a mayor número de hijos, hay más posibilidad de acudir a los servicios de planificación familiar, eso sugiere que las mujeres llegan a los servicios de planificación para interrumpir la gestación y no tanto para limitar el número de hijos ni controlar el espaciamiento entre ellos, es decir, practicar verdaderamente la planificación, especialmente entre mujeres de condición socioeconómica baja, con ésto se confirman dos premisas, que la conducta y la salud reproductivas se encuentran asociadas a la

condición socioeconómica de los individuos, y en segundo lugar a su género, en otras palabras, a pesar de que en el programa de acción específico para la planificación familiar y anticoncepción se estipule el reducir la inequidad de género en materia de salud sexual y reproductiva, se comprueba la permanencia de los estereotipos reproducidos histórica y socialmente por la valoración diferencial entre hombres y mujeres.

La construcción social, tanto como la elaboración de políticas y legislaciones, en torno a la reproducción han mantenido al varón al margen de la regulación de la fecundidad, o bien en una posición privilegiada, en la que la responsabilidad recae primordialmente en la mujer. Paradójicamente, desde el campo de la medicina, la demografía y la legislación, son los hombres quienes han ejercido su poder y han fomentado esta reproducción social de estereotipos y espacios de inserción social de los actores en los que desde estas tres áreas principalmente se han justificado, validado, reforzado y reproducido códigos de conducta diferenciales para hombres y mujeres, especialmente en materia del proceso reproductivo y del ejercicio de la sexualidad (Figuroa y Sánchez 2000).

En relación a lo anterior, y particularmente a los derechos reproductivos, se ha señalado que la construcción social de los roles en la reproducción ha dejado fuera al hombre en las decisiones reproductivas, especialmente en relación al aborto. Por un lado se ha visto que el incremento en el acceso a métodos anticonceptivos que, sobra decirlo se enfocan principalmente a regular la fecundidad femenina, es decir están orientados hacia la mujer, no ha disminuido el número de abortos, al contrario, la tasa de uso de anticonceptivos ha incrementado a la par con la tasa de abortos inducidos, llegando a ser a mediados de la década de 1990 de 0.7 abortos inducidos por mujer, es decir, el 20% de la fecundidad total, esto se interpreta de manera muy sencilla, el uso de anticonceptivos no está impidiendo los embarazos, especialmente en adolescentes.

Continuando con el aborto y la presencia masculina en esta decisión, en Estados Unidos se creó el Centro Nacional para Hombres (The National Center for Men) en donde se han generado juicios contra las madres de hijos cuyo padre no los ha reconocido, ya que primero son las madres las que demandan el reconocimiento de los padres reclamando la condición de progenitores y la colaboración en la manutención de los hijos, no obstante los juicios contra estas madres utilizan el siguiente razonamiento: los hombres no planearon tener un niño, que vino al mundo luego de relaciones sexuales casuales o informales, durante las cuales no tomaron precauciones anticonceptivas, ni hombres ni mujeres, y además plantean que el número de juicios por paternidad es una cifra tan significativa como el número de abortos programados por mujeres que no desean llevar adelante un embarazo, por lo tanto, si ellas pueden optar por no ser madres, ¿Por qué a los varones se les obliga a ser padre o en otras palabras, se les niega la posibilidad de decidir? Por tal motivo han buscado reivindicar su derecho a renunciar a la paternidad en los casos en que no la han deseado (Meler 2000).

En Cuba y Colombia se han generado estudios cuyos resultados son similares entre ellos, pues, mientras que las opiniones rescatadas en Cuba señalan que los varones al hablar del aborto lo refieren siempre a otra persona, lo que apunta a la normalización la construcción desde el discurso y percepción de las mujeres, ya que al no embarazarse el aborto no se traduce en algo vivenciado como experiencia de los hombres, en el caso de Colombia, se aprecia que los hombres se niegan a reconocer su decisión sobre aborto, pues no es muy frecuente que tengan conocimiento cuando sus compañeras estables deciden practicarse un procedimiento abortivo (Figueroa 1998c). En México, según los datos de la Segunda Encuesta Nacional sobre Aborto de 1992 el 88.4% de las personas consideraban que la decisión sobre un aborto correspondía a la mujer, mientras que en 1991 este porcentaje se estimó en 75% (Figueroa y Sánchez 2000). Actualmente podemos observar, a la luz de los eventos recientes, cómo esta condición no ha cambiado mucho, por ejemplo en el poder de las decisiones

reproductivas, la cual se ubica en el lado femenino con nula o muy poca presencia masculina en las decisiones relacionadas con el aborto.

Retomando lo expresado al final del apartado 3.1, en relación a la sexualidad y el cuerpo como discurso polisémico, considero que en la búsqueda de la equidad, si el cuerpo y lo que se hace con él es un discurso, los hombres deben ser y hacerse partícipes en las decisiones reproductivas, lo que me lleva a señalar que tal como la maternidad es una decisión, así debe ser la paternidad, una decisión, no una imposición realizada desde el mismo discurso heterocentrado.

#### *3.4 El cuerpo de los hombres. Dar voz a quien tiene algo que decir.*

Aun en la búsqueda por la ruptura con los modelos de polos opuestos, nos encontramos elaborando dicotomizaciones como familias nucleares/familias posnucleares, familias heteroparentales/familias homoparentales, familias biparentales/familias monoparentales, padres ausentes/padres presentes, padres inversores/padres no inversores, etc. Una de las pocas alternativas reales para salir de los dualismos la elabora Anne Fausto Sterling (2000), al proponer una reconceptualización del sexo y su construcción, a partir de cinco categorías o sexos biológicos, hermafroditos, varones pseudohermafroditos, mujeres pseudohermafroditas, mujeres y hombres. Las cinco categorías de sexo biológico, señalan al cuerpo como primer evidencia para realizar esta clasificación, y como la misma Anne señala, el cuerpo, su experiencia y su discurso, sirven de cimientos, muros y castillos para elaborar la construcción que de él se tiene en determinadas circunstancias. Así el cuerpo no sólo es la primera evidencia sino el eje que une, el común de toda denominación, ya sea de madres solteras, parejas homosexuales, padres realizando labores domésticas, etc.

Entre las otras alternativas, no dualistas, relativas a la construcción del ser, está la edad, o el estatus, tanto propio como de la pareja, sin embargo, éstas son

formas de organización que poco se toman en cuenta, hasta fechas muy recientes, en occidente como elementos de peso en la elaboración-expresión de la sexualidad, lo que confirma, en cierta medida, la idea de Foucault (2011) de que vivimos en una sociedad normalizante.

A pesar de lo anterior nosotros construimos nuestro cuerpo, literalmente, durante los procesos de crecimiento y desarrollo a través del lenguaje y las prácticas culturales, y en lo tocante a la sexualidad, ésta es un hecho somático creado por un efecto cultural (Fausto 2000). Por lo tanto es que el cuerpo como primer evidencia, y como única constante, es la que nos permite buscar entenderlo aunque, en este punto no basta que el cuerpo sea la única constante ya que ésta se rompe, primero en la multidimensionalidad que lo abarca y lo sitúa como nodo o *axis* en donde convergen simultáneamente todas –permítaseme la analogía de la hoy en boga teoría de cuerdas, en donde todos los componentes tienen potencialmente una unificación, es decir todas son diferentes notas de un solo instrumento, la cuerda, esta cuerda al vibrar a distintas intensidades adquiere distintas expresiones ya que genera “estructuras” diferentes, lo que elimina los “infinitos” acotando los espacios de vibración a ciertas posibilidades bien conocidas. No obstante, la vibración ocurre en múltiples dimensiones simultáneamente, lo que genera la apertura de universos paralelos infinitos. En otras palabras, el cuerpo (construido, vivido, limitado producto y productor de significados, símbolo, discurso, etc.) es interpretado a la luz de categorías finitas, bien identificadas, sexo, género, edad, raza, clase, sin embargo el cuerpo, como hecho somático resultado de una plétora de efectos culturales, adquiere diferentes sentidos, infinitos, como sujetos-personas existen, ya que aún dentro de grupos sociales con características culturales y simbólicas particulares, ninguna persona “vibra” de la misma manera.

El cuerpo así se torna en el elemento que integra y al mismo tiempo en la criba que nos permite discernir las particularidades. Así, es que para dar el primer paso hay que abordar la materialidad del cuerpo, ya que hay genes, hormonas,

tejidos y órganos (penes, vaginas, úteros, próstatas, brazos, senos labios, etc) terminales nerviosas, interacciones químicas que son el sustrato de donde emergen la variabilidad sexual y el deseo, de tal manera que la diferencia material no está exenta de la marca discursiva que la hace singular. Al seguir el pensamiento de Foucault, sobre el sexo como ideal regulatorio, se puede encontrar que el sexo no sólo opera como norma, sino que es parte de “una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna” es un poder que produce, limita reduce, distingue y clasifica los cuerpos que produce, es decir, es un ideal que se materializa con el tiempo (Butler 2002), es el resultado de la acción gradual y continua de las normas reguladoras cuyo éxito esta en dicho proceso que además las perpetúa.

Por lo tanto, podemos señalar que el cuerpo tiene un carácter fijo, definido por su forma y/o sus movimientos y esto se materializa a partir del efecto del poder, por lo que la materialidad del cuerpo bajo la norma del sexo no puede pensarse en independencia, la una de la otra, lo que hace a los cuerpos inteligibles, dentro de una matriz excluyente. El sexo ya no como algo de facto sobre lo que se impone el género sino como una norma de la materialización del cuerpo (Butler 2002), y bajo una estructura, el sistema sexo-género –este último, construcción y proceso de la representación de la posición social de los cuerpos que los sitúa, les da un lugar, un valor y múltiples significados- (Lauretis 1991) también forma parte de esa matriz excluyente, ya que los sistemas sexo-género están siempre interconectados con factores políticos y económicos, es decir están ligados a la organización de la desigualdad social. Es así que, para alguien el ser representado o representarse como varón, implica asumir la total de los efectos de la diversidad de significados que producen las representaciones de género, por lo que estos sistemas son aparatos semióticos que encuentran en el cuerpo el asiento para la producción diferenciada de diversos significados.

De tal suerte que la referencia al cuerpo es fundamental para distinguir lo que es ser mujer u hombre, convirtiéndose así en la primera evidencia y al mismo

tiempo en el último punto de referencia, aunque no el único, por tanto, si el cuerpo es la agencia de la norma, el referente de la posición social, el texto en donde se inscriben y emiten significados, y al mismo tiempo símbolo y significado (polisémico), lo que se requiere es explicar, lo que significa físicamente ser hombre o mujer, sin embargo, el género, la sexualidad y las fronteras corporales nunca son transparentes, de ahí que el ser hombre o mujer, bajo ciertas particularidades, no tienen significados precisos (Gutmann 2006).

La medicalización del cuerpo humano ha impactado significativamente la vida en sociedad, ejemplos de esto sobran, la alimentación, el esparcimiento, la sexualidad, etc. Actualmente podemos decir que el cuerpo de los hombres, construido desde la biomedicina, es un *cuerpo genital*, pues somos sexualmente insaciables, brutos carnales, mujeriegos, “los solteros son chaqueteros”<sup>14</sup>, además la masturbación es algo que ayuda a controlar el estrés, lo que nos señala una promoción sustentada en la “naturaleza”, además de que el hombre – heterosexual- es el penetrador-activo, nunca el penetrado-pasivo, esto nos señala los estereotipos corporales de género, en donde hasta las células germinales han adquirido voluntad y un comportamiento característico de su sexo, ovulo pasivo-conquistado, esperma activo-conquistador, por lo que los genitales masculinos son incontenibles, rapaces, voraces.

Por otro lado, esta medicalización del cuerpo de los hombres y el modelo del cuerpo genital, ha provocado la negación del resto del cuerpo y sus malestares, con la excepción de la salud laboral, en donde se aceptan pagos por laborar en condiciones de riesgo, es decir se cambia la salud por dinero, lo que de una manera nos retorna a la negación del cuerpo. Esta negación del cuerpo va acorde con el modelo heterocentral-androcentral, en donde el hombre tiene que amoldarse a ser, virtualmente un superhombre -más rápido, más fuerte, más alto- que no enferma, no siente dolor, a menos que sea muy intenso y por razones

---

<sup>14</sup> En México, al menos, se tiene la idea de que todo varón joven y soltero se masturba mucho, se la “chaquetea”, fragmento transcrito textual del artículo de Gutmann M. 2006. Códices somáticos y disfraces masculinos o ¿a quién le dan pan que llore? En: Muñiz E, (Ed.). Registros Corporales. México: UAM-A..

justificadas. Esto nos habla de la falta de énfasis que desde la biomedicina, y posiblemente, como señala de Keijzer (2003) se deba a una resistencia de clase y a la idea de que la actitud cuidadosa y preventiva no sea masculina.

Esta relación entre el autocuidado, los modelos hegemónicos de masculinidad y las prácticas sexuales se expresan en las prácticas de riesgo, como el tener relaciones sexuales “a cuerno limpio” (de Keijzer 2003), o tener estas relaciones no solo sin el uso de preservativo, sino con prostitutas o con hombres (Szasz 1998) debido a “la soledad” (Gutmann 2007). Aunado a lo anterior, hay que resaltar lo que señala de Keijzer, en cuanto al valor de los hombres por su capacidad laboral y su función, socialmente impuesta y aceptada por los varones, como mano de obra en los sistemas de seguridad social, lo que va de la mano con el ideal del hombre proveedor, además de que es muy común que la representación de los hombres como trabajadores esté modulada por un cuerpo sano y completamente operacional, ya que ellos estiman una significativa pérdida, para su trabajo, la falta de un miembro.

Por lo menos en México, los varones aprendemos que ser un *hombre*, está asociado con características como la fuerza, el coraje, la asertividad, ser protector y la sensación de poder, tanto físico, como económico y social. Además para ser un hombre hay que probarlo, y una manera de hacerlo es adquiriendo, experiencia sexual, así entre las máximas expresiones de la sexualidad masculina están tener una erección y penetrar a alguien, preferentemente una mujer aunque no es indispensable, puede penetrarse a un hombre y el penetrador –dominador- no es considerado como homosexual- hay que “hacer uso de la mujer”, además, simbólicamente los genitales masculinos representan el coraje, orgullo, fuerza, arrogancia y bienestar y parecen estar separados del resto del cuerpo, casi con voluntad propia (Castro y Miranda 1998; Gutmann 2007; Szasz 1998). Por otro lado, desde que se prefirió el uso de salud reproductiva en vez de planificación familiar, la genitalización del cuerpo masculino fue más que evidente, ya que es fácil apreciar como el énfasis que se da es a problemas como impotencia sexual,

problemas de erección, y más recientemente bajo conteo de espermatozoides y la calidad de estos, lo que nos refiere que, la salud sexual y reproductiva de los hombres solo tienen relación y relevancia con que los hombres sean “cumplidores”. Un segundo enfoque, privilegiado por los estudios sobre salud sexual masculina hace mucho énfasis en las vías de contagio de ETS e ITS.

En cuanto al funcionamiento genital, los hombres manifiestan continuamente sus miedos, especialmente relacionados el tamaño del pene, el no alcanzar una erección, o el eyacular al poco tiempo de iniciado el coito, estos miedos son aún mayores antes de la primera relación sexual, y en cuanto a esto, la masturbación no es considerada, de manera coloquial, como sexo. En cuanto a esto, cobra gran relevancia lo que se dice sobre el sexo y el cuerpo sexuado y uno de los medios preferidos para hacerlo en México es el *albur* un juego de ingenio, palabras, insultos, ejercicio del poder, y que implica prácticas sexuales en donde alguien penetra o utiliza sus genitales, simbólicamente a través del lenguaje, para dominar al otro negando la masculinidad del segundo, del penetrado (Szasz 1998). Lo anterior nos da una clara idea del cuerpo genital masculino, no solo construido desde los sistemas de atención biomédica, sino también social y culturalmente construidos y transmitidos. Sin embargo qué hay de lo que no se dice del cuerpo de los hombres, no solo en lo relativo a la sexualidad, sino a la reproducción, a la salud laboral, al bienestar físico, al dolor que no se dice porque no corresponde con el modelo masculino.

Volviendo al fenómeno de la covada, ya se ha mencionado, de manera sucinta, una posible explicación que relaciona la gestación en la mujer con el cuerpo masculino. No obstante, una de las pocas formas que los hombres se han hecho visibles en la reproducción es *sirviendo* como asistentes o masajistas de espalda, motivadores profesionales de la mujer parturienta y recibidores de los recién nacidos. El síndrome de la covada es algo que continua ocurriendo en todo el mundo, no obstante hay, aparentemente, tres rutas distintas, la primera, tiene que ver con la ritualización y aceptación de este proceso, es decir, afrontarlo,

experimentarlo y disfrutarlo, la segunda tiene que ver con una inconsciencia del proceso es decir, el transitarlo de manera desprevenida, normalmente por un escaso registro de la imagen corporal a pesar del aumento de peso o náuseas, por ejemplo, y la tercera ruta, a pesar de vivirla y experimentarla intensamente, no se disfruta, se niega, omite y calla, pues en lugar de concebirlas como algo normal, las clasifican como algo sin importancia o incluso inapropiado. Esto se explica por cómo, guiados por las definiciones de la biomedicina, hemos construido y mal entendido la procreación y la reproducción, por lo que al considerar la participación subjetiva de los hombres en la procreación, reconocemos que el cuerpo masculino “responde” al embarazo femenino, por lo que los hombres se vuelven en una parte importante del embarazo ya que también “ocurre en ellos”. La importancia de resaltar este proceso radica en que este mecanismo sirve de puente empático tanto con la madre, como con la descendencia, pues centra la atención en la creación de un vínculo entre el padre y el neonato. El continuar “haciendo oídos sordos” de lo que dicen los hombres a partir de sus cuerpos en relación con la procreación, indica en primer lugar que los hombres continúen siendo ajenos a sus propias experiencias, pero también que no comprendan qué pasa con su cuerpo ni por qué (Reed 2005). Esto a la larga aumentará la brecha entre el cuerpo masculino como un todo y el cuerpo masculino genital, en donde lo que está privilegiado son los testículos, el pene y su buen funcionamiento.

Por otro lado, la omisión o subvalorización de las experiencias masculinas en torno a la reproducción, representan un obstáculo para la transformación y abandono del modelo hegemónico de masculinidad. Si la masculinidad es entendida como todo aquello que los hombres dicen, piensan y hacen para reconocerse y ser reconocidos como hombres (Gutmann 1998) es posible integrar las experiencias corporales masculinas a este reconocimiento, más aún, es recomendable hacerlo si se espera romper con la masculinidad hegemónica. Esto requiere una participación activa, tanto de los hombres en la gestación, las mujeres gestantes, el personal de las instituciones de salud, las políticas y los amigos y familiares cercanos. Así la presencia de los hombres en la procreación,

es la agencia de estos en el proceso, y como tal, su producción e interpretación – por ellos mismos y los que le rodean- implica necesariamente al lenguaje, su uso, organización y el entorno (social, cultural, material, etc.) –como modulador de esta acción-, en donde los hombres experimentan y relatan estas experiencias, por lo tanto el proceso consiste en una situación con múltiples participantes que desempeñan papeles en relación con los varones en la procreación primeramente a partir del lenguaje, es decir empleando toda clase de recursos semióticos, los que por sí mismos contienen múltiples sistemas de signos (Goodwin 2000) y por lo tanto de significados.

En cuanto a la creación y asignación de significados, primero señalaremos que el significado inicia a partir de conexiones viscerales –la materialidad del cuerpo- dirigidas a *la vida* y las condiciones corporales de la vida, pues llegamos al mundo como sujetos de carne, y es a través de nuestro cuerpo –sus movimientos, percepciones, emociones y sentimientos- que el significado es posible.

Si tomamos por cierto que las fuentes primarias de significado son corporales, tenemos que, además de las interacciones sensoriomotoras, lo que se requiere, para rescatar la voz de los cuerpos de los hombres en la reproducción, es una profunda exploración de las *qualitas*<sup>15</sup>, sentimientos, emociones y procesos corporales que hacen posible la construcción y atribución de significados, es decir todo aquello que implica la capacidad humana para construir y experimentar los significados. En cuanto a esto, se consideran obsoletas las ideas de a) una mente disociada del cuerpo, b) que el pensamiento está escindido del sentimiento, y por lo tanto lo trasciende por ser más “puro”, c) los sentimientos no son parte ni del significado ni del conocimiento. De esta manera, el significado tiene que ver con el cuerpo, con la imagen corporal, el esquema corporal, sentimientos, *qualitas*, emociones y constituye un elemento importante en el “encuentro” con el mundo,

---

<sup>15</sup> Modo de ser propio y distintivo, se relacionan tanto con hechos subjetivos como con hechos objetivos,, sentimientos percepciones, emociones, etc.

de como construimos el sentido de las cosas (Johnson 2007). Se trata de prestar más atención a los hombres como hombres (Gutman 1998).

Ante esto existe un fenómeno que hace que el cuerpo “se esconda”, aunque en realidad no es el cuerpo en sí, sino el esquema corporal que aparentemente requiere que nuestros órganos y operaciones corporales se “alejen” de nuestros actos, ya que están dirigidos a o hacia lo que experimenta y lejos del cuerpo que lo percibe, en otras palabras nuestra mirada se dirige y enfoca hacia lo que vemos –nuestra intencionalidad dirigida hacia afuera-, somos conscientes de lo que vemos pero no de nuestra vista, no puedo escuchar mi oído, ni al agacharme percibo los finos ajustes neuromusculares, ni el flujo de los impulsos nerviosos, esto se conoce como *distancia focal*. Esta distancia es la que nos permite concentrarnos en lo que llama nuestra atención, y este proceso ocurre, al menos, desde el nacimiento ya que, aunque los recién nacidos no formulan proposiciones, sí van elaborando su esquema corporal, tanto como sus primeras impresiones subjetivas de la imagen corporal y los eventos y percepciones relevantes, su imagen corporal (Johnson 2007).

A partir de lo anterior es posible señalar, en primer lugar que el significado está moldeado por la naturaleza de nuestro cuerpo, que este significado, en primer lugar no es conceptual ni proposicional, ya que se presenta en etapas vitales prelingüísticas, que existen diferentes tipos de significados, que la emoción tiene un papel fundamental en la construcción –pues el significado se asocia con la relevancia de las interacciones subjetivas con el ambiente para la persona- y que el significado “fluye” por imágenes, sentimientos, qualitas, conceptos y proposiciones. De esa manera el significado adquiere una característica relacional ya que una experiencia puede tener una conexión con otras, pasadas, presentes o posibles (futuras), es decir el significado de una experiencia está modulada y es consecuencia de previas experiencias que no pueden tener lugar sin el sustrato orgánico del cuerpo, así el cuerpo y el esquema corporal, son parte, junto con las emociones, sentimientos, etc. del “desde adentro” subjetivo (Johnson 2007).

Con este modelo, se busca negar la separación mente/cuerpo, ya que los sujetos-persona no están fragmentados, son corporeidades que continuamente interactúan con aspectos de su ambiente en un continuo proceso de experiencia y cambio. Por otro lado, si no hay una mente escindida del cuerpo, lo que implica que no hay una separación del alma o ego, lo que tiene un significado para cada uno de nosotros depende de la naturaleza de nuestro cerebro, cuerpo, ambiente, interacciones sociales, instituciones y prácticas (Johnson 2007). De esta manera, los sujetos utilizan la dimensión de su corporeidad como un continuo para fundar las transacciones, trayectorias e inversiones de quién y qué son, es decir la construcción de la identidad por medio de procesos corporales integrando los componentes cinestésicos, somestésicos, propioceptivos, sensoriales, además de las ideas y las creencias sobre sí mismos (Aguirre 2012) e inherentemente sobre el cuerpo propio y el de los demás.

En cuanto al cuerpo y las ideas sobre este, Spinoza (citado en Aguilar y Morfín 2007) señaló que el espíritu es la idea del cuerpo, por lo que hay una relación entre espíritu y cuerpo, así el hombre está constituido por cuerpo y modos de pensar, esto abre la posibilidad a una multiplicidad de discursos sobre el cuerpo, pero desde el cuerpo mismo, por lo que es necesario abordar las relaciones que lo conforman, de la combinación de naturalezas corporales, internas y externas, ya que aquí resalta la capacidad de afectar y ser afectado por otros cuerpos. Si el hombre está constituido por modos de pensar, y el espíritu es la idea sobre el cuerpo, es necesario que se establezca una relación entre el yo y el cuerpo, así, el carácter relacional primeramente ocurre hacia el interior y después, con la enunciación de *mi cuerpo* se puede establecer hacia los demás, primero porque yo soy un cuerpo y segundo porque los otros son, cada uno, un cuerpo. Merleau-Ponty señala que el uso del cuerpo es algo que se crea, no es algo dado, pues el cuerpo es el vehículo de ser en el mundo, y está conformado por significados vivos (Aguilar y Morfín 2007).

De tal suerte que para Merleau-Ponty el sujeto está en primer lugar y es el generador de sentido por medio del cuerpo y es a través de este que se expresa en una apertura hacia los otros, ya que el hombre es en presencia del mundo, que contiene a los otros, es percepción del otro por él mismo, por lo tanto el cuerpo es la primera coordinada, referencia y evidencia de la experiencia, lo que otorga un esquema corporal dinámico siempre en situación, por lo que el aquí, no designa una posición sino una situación del cuerpo respecto de sus tareas.

Ortega y Gasset señala algo semejante al hablar del yo como realidad primaria, “el quehacer del yo con las cosas”, por lo que cada persona tiene un punto de vista del mundo, lo que resalta que es con y en el cuerpo que hacemos las cosas, por lo que sin corporalidad no hay vida. También plantea la necesidad de transformar la razón pura en razón vital, en relación con el hacer con las cosas, lo que lo conduce a señalar que todo acto mental lleva consigo un movimiento somático (Aguilar y Morfín 2007). Al señalar que “yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”, Ortega plantea todo el fundamento de su filosofía, e insiste en incluir todo lo que rodea al hombre, no solo lo inmediato, sino lo remoto, lo espiritual, todo cuanto lo rodea, lo que plantea su noción de perspectiva y circunstancia, por lo que para él, el punto de vista individual es el de mayor valor, es la vida misma (Xirau 2010). A mi entender, cuando Ortega señala que “vivir es tener que habérselas con algo –con el mundo y consigo mismo”, da pie, al menos para los propósitos de este ensayo, a re-abordar el rol de los hombres de la reproducción y su relación con el cuerpo de los varones. Para esto es pertinente retomar la distinción que hace sobre ideas y creencias, las segundas, son definidas como ideas básicas que no son propias de nadie, no se llega a ellas, no son pensamientos, son nuestro mundo y nuestro ser, se está en ellas, nos contiene, operan en nosotros ante de nuestro pensamiento, forman parte de nuestra realidad, son el filtro por el que vemos al mundo y a nosotros mismos, mientras que las ideas, son ocurrencias, pensamientos que requieren de ser enunciadas, son obra nuestra (Ortega 1986).

Lo anterior se asemeja a la propuesta de Marcel Mauss que señala que los hombres se sirven del cuerpo, que el proceso de aprendizaje es adquirido culturalmente y varía en cada sociedad, y que el cuerpo del hombre es producto y productor, objeto y sujeto de la técnica, por lo que hay que buscar los significados que se otorgan al cuerpo y se comunican, ya sea como algo aprendido o como intención particular (Aguilar y Morfín 2007).

A modo de conclusión, es pertinente señalar que no se hace un desarrollo más profundo sobre la corporeidad ya que es el objetivo principal de este trabajo no es abordar la corporalidad de los hombres y su relevancia para la reproducción, sin embargo, no se discute la pertinencia de hacerlo, ya que considero que el cuerpo es el eje generador, promotor y unificador, en tanto referente y evidencia, de prácticas y experiencias, no obstante, debe analizarse la particularidad individual de cada experiencia diferente, en un mismo sujeto y en sujetos diferentes para poder visualizar la corporeidad como raíz de la cultura en tanto que señala la condición existencial de los sujetos-persona y por lo tanto de la cultura al implicar una experiencia intersubjetiva, representada, concluida, reelaborada y revivida a través del relato por medio del lenguaje. Hay que destacar finalmente el carácter de producto y productor del mismo cuerpo ya que lo individual está dado socialmente, no obstante la construcción de la persona, y por lo tanto del cuerpo-sujeto, depende de la práctica individual, agencial, a partir de la cual todo individuo se construye y conoce a sí mismo, al corporeizar sus prácticas pero también sus necesidades, para en la relación con los otros cuerpos y las estructuras sociales, elaborar el discurso polisémico del cuerpo.

#### 4.- PROPUESTA.

Los hechos biológicos, de acuerdo a Simone de Beauvoir (2000), proveen una de las claves para entender las relaciones entre los sexos y géneros, pero no establecen un “destino inevitable”, ni para mujeres ni para los hombres. Así la sexualidad desde la biología, ha sido el basamento para construir falsos entendimientos al reducir la biología sexual a un destino: “*las mujeres están hechas para tener hijos (reproducirse)*” y *los hombres tienen un apetito sexual incontrolable*”.

Desde la concepción biologicista de la sexualidad, los estudios demográficos y la práctica médica –además de las políticas de salud fundamentadas en estas dos disciplinas-, han contribuido a relegar la presencia masculina en la reproducción a una posición secundaria (Daniels 2006; Wood 1994), sin embargo, es pertinente hacer hincapié en que mucho tienen que ver los modelos interpretativos, las políticas y programas construidos a partir de dicho conocimiento, y la ausencia de un movimiento de hombres que busquen, no desde el feminismo, pero sí con una postura de ética y equidad de género, que se atiendan éstas necesidades de manera relacional (Figueroa 1998a).

Para ésta propuesta se retoma el concepto de reproducción previamente señalado, el cual busca resaltar el carácter relacional del proceso incluyendo a los varones, con un enfoque sociológico, como actores o agentes igual de importantes que las mujeres en la reproducción, y que están inmersos en una red de significados, pues tanto la reproducción como la inherente práctica sexual son símbolos, productos o construcciones culturales, y en la misma medida la identidad, el rol y el género, son susceptibles de ser interpretados y analizados de acuerdo a la relación simbólica interna que existe en cada cultura –enfoque culturalista-. De tal suerte que este rol de género y el rol de padre, tanto como el de madre, se forman bajo un conjunto de normas y prescripciones sociales, por

que la reproducción deja de ser un proceso biológico únicamente y es al mismo tiempo un hecho social.

En este punto es importante tener en mente que a pesar de las innegables diferencias que existen entre hombres y mujeres, las diferencias fundamentales entre los sexos no provienen de la biología sino del género, y en buena medida la construcción del rol de padre depende del proceso de adquisición de género, pues este último también pasa por tres fases básicas, la asignación, la identidad de género y finalmente el rol de género, así el género guarda íntima relación con la construcción de la persona, de su ser y de sus relaciones de parentesco.

Desde el punto de vista anterior, en esta propuesta el estudio de la reproducción busca un análisis de este proceso no como eventos aislados, sino relacionados entre hombres y mujeres en donde también pueda identificarse la especificidad de cada actor.

Parte de esta propuesta, y en ausencia de términos más adecuados, promueve la utilización, al menos de manera académica, del término covada, pues es un concepto que permite agrupar, bajo una categoría de análisis, ya bien trabajada, algunas de las experiencias masculinas en torno a la reproducción.

En lo referente a la covada, para esta propuesta se considera que éste fenómeno, y todos los procesos que implica puede aparecer con los primeros deseos de ser padre, sin embargo, se considera que un evento que nos permite definir con mayor precisión éstos procesos es cuando los varones se enteran que su pareja está embarazada, es decir, cuando ambos padre y madre han iniciado un proceso de procreación, es decir por un periodo de transición. Esta proceso es una transición, tanto para los padres primerizos como para aquellos con previas experiencias en la procreación. Esta transición involucra, necesariamente, una reacción a la gestación, o mejor aún, una serie de reacciones, que no pueden tener sentido sino a la luz, de la propia experiencia del padre, como en el contexto del mismo, ya que no podemos referirnos a ella como una serie de respuestas puramente somáticas. De tal manera que se trata de hechos objetivos y

subjetivos, que requieren, principalmente, una interpretación que los integre, pues no podemos prestar atención únicamente al síntoma sin comprender el involucramiento subjetivo de los varones con su experiencia, y los cambios que ocurren tanto con su pareja, como con su hijo o hija. En este sentido, se piensa a los padres, no solo como actores principales de la reproducción sino también íntimamente relacionados con el desarrollo del producto.

La covada, implica no solo la presencia masculina en la reproducción y su relación con la salud fetal, sino también toda la serie de acciones que los hombres realizan durante la gestación, y los cambios por los que atraviesan, como el aumento de peso, cambios hormonales y emocionales etc. Por lo tanto, implica una nueva construcción, de su identidad, de su rol y de su cuerpo, es decir, de sí mismo.

Por otro lado, se considera necesario incluir la dimensión de sexualidad en el estudio de la reproducción, pues a menos que se utilicen métodos de reproducción asistida, la sexualidad, su experiencia -que se espera sea satisfactoria tanto para mujeres como para hombres-, permite identificar los procesos de negociación entorno a las decisiones reproductivas, y también las tensiones que ocurren especialmente entre los hombres como la competitividad, la violencia, su vivencia, el ejercicio del poder, entre otros (Figuroa 1998a).

Partiendo de la THV el empleo del concepto de inversión parental, permite concebir la relación, y acciones tomadas en ella, padre-hijo, como contribuciones de una amplia gama de recursos. Semejante a la covada, la inversión parental es todo aquello que los padres y madres hacen para favorecer la sobrevivencia de sus hijos. Estas acciones varían de un grupo a otro, por lo que es importante analizarlas con gran precisión, ya que una misma acción puede tener sentidos distintos, por ejemplo la circuncisión, el evitar ingerir algunos alimentos durante el embarazo, o el presentar ante un sacerdote al hijo. La diferencia principal con la covada radica en que las acciones se realizan para beneficiar a alguien, no son respuestas somatoculturales. De esta manera, la inversión parental comienza con

el esfuerzo de apareamiento, continua con la procreación y todas las acciones que busque favorecer el buen término de la gestación y continua hasta la muerte, ya que, como se ha señalado, los abuelos continúan invirtiendo, tanto en los hijos, por ejemplo en el caso de las redes de apoyo, como en los nietos al servir de cuidadores.

Por otro lado, esta misma conceptualización posibilita la categorización de los actos paternos en términos de una contribución directa o indirecta, de transmisión-enseñanza, de provisión o cuidado, de convivencia, etc., y según el momento y lugar en donde se realiza, matutina, vespertina, diurna, en casa, el trabajo, la escuela, etc., lo que proporciona un primer, aunque suficientemente amplio espectro para conocer ¿De qué manera se relacionan los padres con sus hijos?, ¿Qué hacen?¿Cómo lo hacen?¿En dónde?, y al mismo tiempo podemos darnos una buena idea de cuánto tiempo pasan en contacto directo con sus hijos o hijas, si hacen alguna distinción en el tipo de actividades que hacen según el sexo de sus hijos, y la duración de éstas.

A pesar de los profundos cambios al interior de las estructuras familiares, el alto índice de divorcios, y de la parentalidad singular, es decir, padres o madres solteros/as, la familia como institución es el primer contexto de aprendizaje de roles y estereotipos relacionados con múltiples aspectos del desarrollo de los seres humanos (Torres *et al.* 2008).

Las teorías identitarias señalan que a través de los padres se transmiten e interiorizan valores y significados sobre “cómo ser padre” que presentan cierto grado de flexibilidad aunque la base siempre es lo que se “ve y aprende” (Gray y Anderson 2010; Litton y Bruce 2001; Maccoby y Jacklin 1974; Stets y Burke 2000; Torres *et al.* 2008). A este respecto, el ser madre o padre representa un proyecto en el cual se tienen que cumplir ciertas funciones, como son establecer una relación personal y emocional con los hijos, promover su crecimiento y desarrollo a partir de la atención a la salud, el proporcionar un ambiente de apoyo y afecto, proveer los estímulos que les permitan alcanzar un desarrollo integral, etc., por lo

que gran parte de las prácticas asociadas a estas funciones de la parentalidad, tienen su origen como estrategias que se han transmitido, con adecuaciones al momento sociohistórico, y de ahí la importancia de la construcción social del papel que deben desempeñar hombres y mujeres (Maccoby y Jacklin 1974; Torres et al. 2008).

Lo anterior resalta la importancia de la convivencia paterno-infantil, ya que implica el pasar tiempo con alguien como un recurso que puede “gastarse” y destinar cierta fracción del mismo a una actividad particular. Finalmente, entre los humanos, la inversión parental masculina en la reproducción es de gran importancia, porque la evidencia sugiere que las estrategias reproductivas de los varones están altamente condicionadas por el contexto social, ya que la plasticidad comportamental los ha facultado para desarrollar y combinar estrategias y poder invertir en la inseminación de múltiples parejas, con el riesgo de una alta mortalidad neonatal, o bien invertir en menos parejas y tener mayor sobrevivencia de pocos hijos (Charnov 2001; Guyer 1998).

Partiendo de la revisión y análisis de la literatura consultada, se enuncian algunos de los elementos que incluye ésta propuesta que tiene como propósito plantear la necesidad de generar en la Antropología Física una línea de investigación en torno a la participación masculina en la reproducción. El primero que se ha considerado importante rescatar es el análisis del marco histórico-social como el contexto macro al cual se puedan referir las particularidades personales de cada varón ya que la construcción de los roles parentales es dinámica y se encuentra determinada por la situación particular de las sociedades. Por otro lado, y en concordancia con lo expresado por Figueroa (1998 y 2000), es necesaria una reformulación del concepto de reproducción, ya que a partir del diseño evolutivo de nuestra especie, es que nos preparamos para la reproducción desde la gestación. Esta noción se ve reforzada al tener en cuenta que desde edades muy tempranas, los niños y niñas son depositarios de valores, atributos y expectativas transmitidas social y culturalmente.

En esta propuesta también se busca identificar las presencias y ausencias de los hombres en la reproducción y como éstas diferencias juegan un papel importante al modular las condiciones para las mujeres e hijos, y al mismo tiempo en la toma de acciones correspondientes al rol de padre, de tal manera que una parte importante de esta propuesta es el análisis complementario entre la participación masculina-femenina, por lo que se debe incluir tanto a hombres y mujeres de manera explícita al hacer especial énfasis en la salud reproductiva, las experiencias tempranas y la toma de decisiones.

Se propone una primera guía de entrevista (anexa) basada en los planteamientos teóricos aquí desarrollados.

Para esta propuesta se plantea el tener contacto con los hombres, principal aunque no exclusivamente, a partir de una aproximación que nos permita hacer un seguimiento basado en la historia de vida empleando la información biográfica a partir de una entrevista. Se plantea este acercamiento ya que nos ayuda a conocer cómo viven los hombres las transiciones de identidad, de autoridad, de rol, por ejemplo la transición que ocurre cuando los varones tienen hijos. Esta metodología nos posibilita el acceder a los componentes sociales, culturales, económicos, familiares, etc. que operan en esa transición, al mismo tiempo que nos permite conocer el tipo de interacción entre ellos al igual que la naturaleza del cambio y cuál fue la contribución de los varones para el mismo.

Esta perspectiva permite realizar un análisis por edad, ya que los roles derechos y obligaciones, así como los comportamientos y expectativas son asignados socialmente y de manera diferenciada en función de la edad. También, nos ayuda a conocer de qué manera se negocia, consigo mismo y con la pareja, cómo planean, eligen y actúan en consecuencia a las transformaciones, a su vez, es posible identificar cómo las decisiones propias afectan las trayectorias de vida de los demás y viceversa, de tal manera que, en función de la vinculación entre generaciones, requerida en el concepto de reproducción aquí formulado, se puede

hacer un correlato entre las experiencias de los abuelos, padres e hijos, pues las experiencias de la paternidad, es decir tanto del padre como del hijo, se estructuran en un proceso complejo continuamente elaborado en la articulación de las diferentes trayectorias que los individuos siguen durante su vida, y al mismo tiempo, estas trayectorias son moduladas por la acción del individuo y por su estar en el mundo, pues recordemos, las personas y su identidad son a la vez, construcciones individuales y sociales.

Para esta propuesta se empleará el concepto de trayectoria como la “ruta” que el sujeto sigue a lo largo de diferentes espacios de la vida social, y la transición se utiliza como todo evento que modifica y/o caracteriza una trayectoria. Para el análisis de estas trayectorias se utilizan las categorías de tiempo individual –que se refiere a la edad cronológica-, tiempo familiar –que alude a eventos como el matrimonio, la paternidad, la salida del hogar, etc.- y el tiempo-, el tiempo social –que representa eventos que modifican el calendario esperado de los eventos, por ejemplo la presión para tener relaciones sexuales antes o bien por casarse a una edad temprana-.

Finalmente es necesario considerar otros elementos además de los aquí expuestos, como el análisis de testosterona en saliva, la transmisión vía paterna de daños fetales, registro y análisis de las experiencias de los niños y niñas en torno a la paternidad y maternidad, el modo en que afectan los métodos de reproducción asistida, así como realizar este tipo de análisis en distintas poblaciones. Como nota respecto de este punto, siguiendo una suerte de recomendación, es pertinente tener el contraste en las respuestas que dan hombres entrevistados en instalaciones médicas, y hombres entrevistados en otro lugar, como el trabajo, el hogar o un espacio “neutro”, pues se sabe que las respuestas pueden estar influidas por el ambiente médico que se percibe en clínicas u hospitales, lo que permitirá distinguir entre el discurso del estado repetido por los varones, y lo que en realidad piensan de la reproducción, la paternidad y otros temas afines.

## **5.- DISCUSIÓN Y CONSIDERACIONES FINALES.**

El propósito de la presente investigación fue el hacer un ejercicio de reflexión en torno a la reproducción para poder ya no sólo imaginar a los hombres reproduciéndose, sino pensarlos como actores activos de la reproducción. Esto último se considera como relevante ya que a pesar de los numerosos e importantes esfuerzos, aún hay poca información y mucho que saber sobre la presencia de los hombres en la reproducción, y de lo que ellos hacen para hacer patente su presencia.

Los estudios sobre reproducción se han generado principalmente desde la medicina y la demografía, y al mismo tiempo, han privilegiado el enfoque femenino, es decir la reproducción se ha feminizado (Figuroa y Rojas 2000), sin embargo, en esto han contribuido los hombres, principales personajes en la historia de la construcción del conocimiento del cuerpo y sus funciones.

En la actualidad es necesario reconocer, en todos los ámbitos que estudien la reproducción y la salud asociada a este proceso, que la reproducción no es un terreno femenino, sino un lugar de conflicto, negociaciones, toma de decisiones, de construcción del ser, es decir, es un espacio relacional, en donde los individuos se encuentran a si mismos, a sus parejas, a sus hijos y a sus padres.

El objetivo general que se planteó fue describir el proceso reproductivo a partir de los estudios que incluyen a los hombres con base en la revisión de la literatura producida entre 1995 y 2010. Este objetivo se cumplió y se encontró que aún a pesar de que los varones no cuentan con un diseño propicio para la gestación, ellos atraviesan por procesos fisiológicos y culturales que les permiten tener experiencias reproductivas y que éstas aún necesitan analizarse. Además se identificaron algunas de las principales adaptaciones masculinas asociadas a la reproducción.

El primer objetivo específico Describir y analizar cual es el estado del arte respecto de los estudios sobre la presencia masculina en la reproducción publicados entre los años 1995 y 2010 se asocia con la primera pregunta de investigación ¿Cómo se ha estudiado la reproducción humana desde la medicina, demografía y antropología biológica?

Se debe reconocer que han existido tres líneas principales de investigación de la reproducción, especialmente humana. Probablemente la más antigua tenga que ver con los antecedentes de la medicina y la creación de la ginecología; la segunda línea más reciente, es probable que sea la que viene de la teoría evolutiva y los trabajos de Darwin, así como de sus antecesores. Finalmente, la línea más reciente sería la de la demografía.

A pesar de la distancia temporal, las más cercanas, en cuando a su acción e impacto sobre las sociedades, sean la tradición médica y la demográfica. En estas dos líneas de estudio, se ha estudiado, por un lado, al embarazo como el evento tipo de la reproducción, mientras que en la demografía se equipara la fecundidad con reproducción. En ambos casos, se han dejado fuera muchos otros elementos importantes para la reproducción, y entre ellos está la presencia paterna. Para cumplir con este objetivo y responder la pregunta de investigación, se realizó una revisión histórica a partir de la cual se puede apreciar cómo las ideas sobre la reproducción se han transformado a lo largo del tiempo y en función de las transformaciones sociales y se ha descrito a la reproducción, desde el siglo XIX –y a pesar del movimiento feminista- como el terreno único y exclusivo de la mujer en donde el hombre no tiene mayor injerencia que aportar unos cuantos espermatozoides de los cuales, de manera ideal, sólo uno podrá fecundar al huevo.

Se identificó, por otro lado, un suceso relevante para el novedoso interés en los hombres y su presencia en la reproducción, a partir de la Conferencia Internacional sobre Población celebrada en la ciudad del Cairo en 1994. A partir

de ese momento, ha habido un interés constante por incluir a los hombres en la reproducción, aunque los estudios que privilegian lo femenino de la reproducción son la mayoría. Un hecho importante para este objetivo y pregunta resulta, de la misma conferencia, al hablar de derechos sexuales y derechos reproductivos, éstos últimos al referirse a lo que anteriormente se denominaba planificación familiar.

Finalmente encontramos que existe una plétora de estudios sobre reproducción, que van desde el análisis clínico de los procesos que ocurren allí, hasta el aborto, de los cuidados y suplementos más adecuados para atender distintas anomalías en los productos, hasta las dimensiones de la madre y su relación con las dimensiones del producto al nacer.

Lo cierto es que aún hay tensión entre las posturas que definen el comportamiento sexual y reproductivo ya sea como un construccionismo social o bien, como una pulsión biológicamente determinada.

El uso hoy, por parte de las ciencias sociales y en la búsqueda férrea de establecer un marcado distanciamiento con las ciencias biomédicas, del término salud reproductiva, ha restado importancia a las contribuciones de las ciencias biológicas pues como se ha señalado, el solo reconocimiento de vínculos (Stern y Yañes 2001) no señala la importante relación que hoy en día se ha descubierto, por un lado, a partir de la teoría de la programación fetal, que explica el desarrollo de una mayor susceptibilidad de contraer ciertas enfermedades como diabetes o hipertensión, por otro, la contribución de la moderna epigenética, que asocia, al igual que la teoría anterior, las condiciones de vida (no solo materiales, sino la situación contextual concreta de los individuos en relación con su entorno) y la salud, finalmente, las modernas teorías evolutivas como el la THV, el EvoDevo, la psicología evolutiva, aun tienen mucho que decir en torno a la reproducción.

Para finalizar hay que resaltar las importantes contribuciones que se han logrado en las ciencias sociales. Se ha marcado la distinción, sin que dejen de estar íntimamente relacionadas, entre la sexualidad y reproducción, especialmente al distinguir la salud sexual de la salud reproductiva. En este sentido, se ha propuesto que la sexualidad y la reproducción son expresiones individuales de procesos sociales más amplios. Las fuerzas, inherentes de estos procesos sociales, impactan en los comportamientos sexuales y reproductivos, así como en los discursos y acciones institucionales vinculados a la salud, la sexualidad y la reproducción.

Por lo anterior la reproducción no es un hecho solo biológico, sino también social y cultural, que está inmerso y tiene lugar en una inmensa y compleja articulación de estructuras y redes sociales. Al mismo tiempo hoy se sabe, que tanto la sexualidad como la reproducción están cercanas a la distribución de recursos y el ejercicio de poder, pues los comportamientos sexuales y reproductivos son conductas estructuradas socialmente y están cargados de significados.

Las instituciones, como la familia, grupos sociales, pero también instituciones estatales, no son ajenas a estos comportamientos pues los modulan, normalizan, restringen, y construyen. Los actores, hombres y mujeres, están presentes en las prácticas sexuales y reproductivas y como tal, son igualmente importantes, y a su vez interpretan y experimentan la normatividad, las construcciones y expectativas, para reaccionar ante estas interpretaciones (Stern y Yanes 2001).

En cuanto al segundo objetivo, Analizar, en la “clásica” del concepto de reproducción, las causas de la presencia implícita de los varones en el estudio del proceso reproductivo que corresponde a la pregunta de investigación ¿Cómo se explica el hecho de que no se mencione de manera específica a los varones en el proceso de reproducción?. Es posible señalar que se cumplió con el objetivo y se

encontró la respuesta al identificar que mucho han tenido que ver los hombres en esta ausencia, pues históricamente ellos configuraron la práctica médica que legitimó la intervención preferente en las mujeres y la no intervención sobre los cuerpos masculinos. Esta manera de pensar a los hombres, especialmente en occidente, provocó que se negara la fragilidad masculina al establecer pautas de comportamiento, pensamiento y de emoción sobre personas con un físico determinado, es decir el mito del hombre siempre fuerte siempre viril, y además de esto, se asoció a los varones con un apetito sexual irrefrenable, cosa que tampoco es cierta. De esta manera los hombres, en su ejercicio del control del conocimiento, “feminizaron la reproducción” pues ellos, principalmente aunque no únicamente, elaboraron el aparato médico y demográfico que ha “hecho real” la falsa idea de que son las mujeres las que se reproducen porque son las que se embarazan.

Esto último es relevante, ya que, a pesar de que desde hace más de 30 años se ha peleado porque las diferencias biológicas entre hombres y mujeres no representen una condición de inequidad, en cuanto a la reproducción, los hombres, por no tener el diseño para la gestación se considera en un lugar menos importante que la mujer en materia de procreación, crianza y convivencia con los hijos. Esta diferencia biológica es el eje a partir del cual los hombres han encontrado dificultades para experimentar plenamente el proceso reproductivo, esto es más que evidente al intentar encontrar un término que refiera a las experiencias masculinas en la reproducción.

Finalmente, el tercer objetivo y la tercera pregunta de investigación, quedaron resueltos en el apartado anterior, en donde se aprecia claramente que el aporte de la antropología a los estudios de reproducción inicia al poner el cuerpo en el eje del proceso, el cuerpo sexuado, el cuerpo vivido, el cuerpo controlado, normalizado, etc. Este cuerpo tiene una historia evolutiva que es innegable y a pesar de todo, esta historia tiene un peso muy importante en la configuración de nuestro proceso y la experiencia de nuestro cuerpo. Por otro lado, la antropología

física comparte “fronteras” cognoscitivas con diversas disciplinas que han abrevado del proceso reproductivo para realizar investigaciones, como la medicina, la genética, la psicología, la demografía, la sociología, etc.

De manera concreta, se puede ver al antropólogo, no sólo realizando entrevistas sino colaborando directamente para comprender el sentido de los actos y practicas sexuales y reproductivas de hombres y mujeres en el pleno ejercicio de sus derechos. Igualmente el conocimiento que posee sobre el cuerpo, en su totalidad, es decir, biológica y culturalmente, lo faculta como uno de los elementos humanos más versátiles y que pueden fomentar la articulación entre espacios cognoscitivos diferentes.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Luego de este desarrollo no puedo más que mantenerme más firme en la idea de la reproducción como un proceso de toda la vida, primero, por las evidencias encontradas a nivel interespecie de cuidado parental como una estrategia evolutiva compartida que se ha desarrollado, desde hace millones de años entre organismos tan diferentes como pueden ser peces, aves y mamíferos, y en segundo lugar, al retomar un postulado de los primeros epigenetistas, quienes tenían una noción sobre el mundo y el óvulo muy similares, en el sentido de que al intentar explicar los cambios que ocurren en los organismos y su relación con las condiciones de vida mientras buscaban un mecanismo que permitiera explicar la morfología de los organismos, su función y relación filogenética. En cuanto a lo anterior, encontraron que para problemas-de adaptación- diversos existen soluciones comunes, es decir la teoría de los campos morfogenéticos. Así parece ser que al problema de la sobrevivencia de los descendientes y el éxito reproductivo una solución común fue el comportamiento parental y los mecanismos de retroalimentación bioquímica-hormonal-genética que se han desarrollado.

Ahora bien, se ha desarrollado en este trabajo la relación existente entre los procesos reproductivos, los procesos de crecimiento-desarrollo y la transmisión de valores y atributos, no obstante, merece la pena ahondar más en esta relación agregando la importancia de la adquisición de habilidades. Un ejemplo de lo anterior es posible apreciarlo en la especialización que ocurre en las aves, por ejemplo en el desarrollo de una danza de apareamiento que permita a los machos un mayor acceso a las hembras, o bien en el caso de los capulíneros que construyen sofisticados y adornados nidos y que modifican su “técnica arquitectónica” con cada temporada de apareamiento, otro ejemplo es también observable en mamíferos como los gorilas que invierten muchos recursos para proteger a su grupo familiar. Entre los humanos, las posibilidades de inversión son muy amplias y complejas, especialmente por causa del proceso de socialización que comienza a construir a los sujetos-persona desde la gestación y nunca cesa de obrar en los individuos, y por lo tanto permite repensar la reproducción como un proceso de toda la vida además de que se trata de un proceso somático construido por efectos culturales y sociales.

Respecto de las premisas planteadas, para el desarrollo de este ensayo, es posible señalar que existen elementos aportados desde distintas perspectivas que sustentan la primera premisa *los hombres también se reproducen*. Desde los aportes biomédicos, se encontró que los varones participan en la reproducción desde el momento en que nacen. En cuanto a esto, las ciencias sociales contribuyen al resaltar la importancia que tienen las experiencias tempranas, los procesos de transmisión de valores y de socialización en la construcción de los sujetos. Ambas caras de la ciencia se encuentran al considerar tanto la covada y la inversión parental, ya que sin el sustrato biológico, la historia evolutiva, y la capacidad de ser estimulados por múltiples vías, de manera simultánea no podríamos tener una experiencia única, somatocultural, de nuestro entorno y situación, y al mismo tiempo, sin un aparato cultural sumamente diverso y complejo no nos sería posible dar sentido a todo aquello que experimentamos. Lo anterior nos lleva a destacar la concomitancia existente entre el abanico de

eventos a lo largo de la vida ya que sin duda, hoy en día no se puede pensar lo biológico sin lo cultural, lo que nos ayuda a despejar poco a poco la sombra de la dicotomización y fragmentación de los sujetos.

Esta simultaneidad apunta a la interdependencia que existe entre los comportamientos sociales, sexuales reproductivos con la construcción del sujeto, a apropiación e identificación de roles, y finalmente con la agencia de los sujetos-persona, por lo que el que un varón pase tiempo con sus hijos estará modulado tanto por procesos como el aumento de prolactina en sangre como por las experiencias tempranas que tuvo en la relación con su padre y su identificación-construcción del rol paterno.

Lo expresado en el párrafo anterior me conduce a señalar la relevancia de la segunda premisa, *la presencia masculina en el proceso reproductivo no es ni debe ser una "imagen especular" de la participación de la mujer*, pues si no es posible pensar que dos hermanos, del mismo sexo, que conviven se comporten de la misma manera, sin que esto señale que serán totalmente distintos sus comportamientos, ¿Cómo podemos esperar que dos personas de sexos distintos que se criaron en circunstancias diferentes tengan un comportamiento parental igual?. Con esto más que decir que hombres y mujeres, no son precisamente iguales al señalar la diferencia en la experiencia del cuerpo que se encuentra desde elementos tan cotidianos como la postura y posición del cuerpo y sus segmentos al momento de la micción, hasta las repuestas somatoculturales<sup>16</sup> en torno a la sexualidad y reproducción, si quiero destacar que mujeres y hombres deben tener por igual, las mismas oportunidades de: a) decidir, b) la confianza de que pueden criar, c) de prestación para convivir con sus hijos e hijas, y d) de respaldo y valoración social ya que tanto madres como padres son sujetos que deben ser tratados de manera equitativa, es decir de equidad de género. Con lo anterior en vez de resaltar las diferencias, se busca en lo general atesorar lo

---

<sup>16</sup> Término que propongo desde la idea de Anne Fausto cuando señala que el sexo y género son hechos somáticos con efectos culturales, de ahí que se considera que el cuerpo, responde, somatológicamente y esta respuesta tiene un sentido cultural.

singular y único de cada padre y madre, y al mismo tiempo, desde estas singularidades tomar distancia para apreciar las respuestas comunes en un contexto que nos obliga a pensar tanto en lo global como en lo local.

La tercer premisa, *reproducción no es igual a procreación*, es central para este trabajo ya que el pensar que el embarazo y la reproducción son lo mismo, implica tener una mirada muy corta en cuanto a lo que hay en juego para tener un hijo. Si todos los organismos vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren, y si el embarazo es igual a reproducción los hombres no se reproducen, pues no se embarazan, y esta visión los excluye del orden de la materia viva.

Por otro lado, es más fácil y nos permite tener una manera mas enriquecedora de estudiar a los sujetos, desagregar un proceso importantísimo en la reproducción como lo es la procreación. Por lo que se piensa en la procreación como la sucesión de eventos que están van desde el entrecruzamiento del material genético que está contenido en las células germinales masculinas y femeninas (fecundación) hasta que nace o es parido un nuevo organismo. De esta manera acotada la procreación se contempla como una parte del proceso reproductivo, de acuerdo a la definición del mismo que se ha desarrollado en este trabajo.

En lo que respecta a la premisa *la importancia de la decisión*, es posible apreciar que el decidir por la no procreación no aparta a las personas del proceso reproductivo ya que este dura toda la vida, además de que al tratarse de un proceso que abarca más que el sólo intercambio genético, es que se continua dentro del proceso. Por otro lado, al apuntar el valor de la decisión, se busca rescatar la negociación al interior de la pareja, pero también la negociación con sigo mismo y los roles que desempeñan, tanto hombres como mujeres.

Por otro lado, en estas negociaciones tienen cabida las estrategias para invertir en las hijas e hijos. En este ensayo se aprecia como la agencia individual

no siempre es la última voz o la que más se escucha, ya que mucho del desarrollo, prácticas, ideas, etc., relacionadas con la reproducción tienen un sustento político y económico, por lo que es importante entender como se da esta negociación entre el individuo, el estado, los servicios médicos, los programas de asistencia social, etc., pues se considera que esta relación es parte estructural en la concepción que cada sujeto-persona tiene de la reproducción y las acciones que toma en torno a este proceso.

La quinta premisa, *sexualidad no es lo mismo que reproducción*, surgió por la necesidad de evitar toda posible confusión, en la interpretación de la literatura consultada y la elaboración de este ensayo, además de que me llamó la atención el escuchar, de una estudiante del posgrado, que los derechos sexuales y reproductivos eran lo mismo.

A todas luces, y es un argumento que se ha empleado en los debates a favor del aborto, no todas las relaciones sexuales tienen como finalidad el procrear. Por otro lado, y como ya se argumentó, el caer en esta confusión, en donde la sexualidad equivale a la reproducción, es un ejemplo de la genitalización del cuerpo, especialmente de los hombres ya que se piensa que la salud sexual y reproductiva de ellos depende de una erección duradera y firme además del retraso en la eyaculación, principalmente. Esta premisa me parece relevante, ya que para el desarrollo de ella, mi intención fue mantener al cuerpo (sujeto-persona), siempre presente, pues es a través de él que se vive la sexualidad y la reproducción, así como todas las posibles manifestaciones de alteraciones. De tal suerte que el cuerpo-sujeto es el texto en donde se inscriben nuestros comportamientos y sus consecuencias.

Finamente, en esta premisa se destaca la necesidad de transformaciones profundas como el otorgar a los varones el derecho real de decidir si desean o no ejercer su rol de padres, o bien retomar propuestas valiosas, que de hecho ya se están aplicando en países europeos como la licencia de paternidad.

A manera de reflexiones finales, primero, quiero apuntar la necesidad de promover el desarrollo teórico en torno al estudio de la presencia de los hombres en el proceso de reproducción, y también la necesidad de conocer, difundir, y modificar propuestas modernas como la etnografía global, la teoría del cerebro social, la nueva epigenética, el modelo tetrádico, entre otros. Aunado a esto, el desarrollo debe tener un impacto en la vida de los varones ya que se han limitado sus experiencias reproductivas en la medida en que no tienen cómo referirlas, y si no pueden nombrar eso que viven, su presencia queda nublada por no ser mencionada explícitamente.

Hoy en día no podemos pensar uno de los procesos más significativos en la vida humana, sin pensar el proceso reproductivo como un sistema de transacciones, de recursos, bienes, dones, afectos, símbolos, cariños, pasiones, etc.

Finalmente considero que este estudio es propositivo, novedoso y deja abiertas más posibilidades para cuestionar el modelo clásico de la reproducción que aquellas que pretendió resolver.

## 6.- REFERENCIAS.

- Agudelo M. 2005. Descripción de la dinámica interna de las familias monoparentales, simultáneas, extendidas y compuestas del municipio de Medellín, vinculadas al proyecto de prevención temprana de la agresión. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 3(1):2-19.
- Aguilar A y Morfín F. 2007. El cuerpo conciliado. Una revisión del cuerpo en la filosofía y el pensamiento social. En: Muñiz E, and List M, (Eds.). *Pensar el cuerpo*. México: UAM-A.
- Aguirre D. 2012. La construcción de la imagen corporal en practicantes de aikido, judo y taekwondo [inédita]. México: ENAH.
- Arsuaga J. 2001. *El enigma de la esfinge*. Barcelona: Plaza y Janés Editores.
- Ballester R y Perdiguero E. 2003. Ciencia e ideología en los estudios sobre crecimiento humana en Francia y en España (1900-1950). *DYNAMIS Acta Hispanica ad Medininae Scientiarumque Historiam Illustrandam* 23:61-84.
- Barcat J. 2009. Lazzaro Spallanzani y la inseminación artificial. *Medicina (Buenos Aires)*. Recuperado el 24-06-2011. [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0025-76802009000500014%Ing=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0025-76802009000500014%Ing=es&nrm=iso)
- Beauvoir Sd. 2000. *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- Beck U y Beck E. 2001. *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós- El Roure.
- Bentley G. 1985. Hunter-gatherer energetics and fertility: A reassessment of the !Kung San. *Human Ecology* 13(1):79-109.
- Bentley G, Paine R y Boldsen J. 2001. Fertility changes with the prehistoric transition to agriculture. En: Peter E, (Ed.). *Reproductive ecology and human evolution*. New York: Aldine de Gruyter.
- Bercovitch F y Ziegler T. 2002. Current topics in primate socioendocrinology. *Annual Review of Anthropology* 31:45-67.
- Bingham P. 2000. Human evolution and human history: A complete theory. *Evolutionary Anthropology* 9(6):248-257.
- Bogin B. 2003. The human pattern of growth and development in paleontological perspective. En: Thompson J, Krovitz G, and Nelson A, (Eds.). *Patterns of growth and development in the genus Homo*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bohannon P y Glazer M. 1993. *Antropología lecturas*. Madrid: McGraw-Hill.
- Bohinski R. 1991. *Bioquímica*. Wilmington, Delaware: Addison-Wesley Iberoamericana.
- Bribiescas R. 2006. *Men: evolutionary and life history*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Browner C y Sargent C. 2011. Toward global anthropological studies of reproduction. En: Browner C, and Sargent C, (Eds.). *Reproduction, globalization, and the state New theoretical and ethnographic perspectives*. U.S.A.: Duke University Press.
- Butler J. 2002. *Cuerpos que importan*. Argentina: Paidós.

- Butler J. 2004. Is kinship always already heterosexual? En: Butler J, (Ed.). Undoing gender. New York: Routledge. p 102-130.
- Cameron N y Jones L. 2010. History, methods, and general applications of anthropometry in human biology. En: Muehlenbein M, (Ed.). Human evolutionary Biology. New York: Cambridge University Press. p 92-95.
- Carlsen E, Giwercman A, Keiding N y Skakkebaek N. 1992. Evidence for decreasing quality of semen during past 50 years. British Medical Journal 305(6854):609-613.
- Castro R y Miranda C. 1998. La reproducción y la anticoncepción desde el punto de vista de los varones: algunos hallazgos de una investigación en Ocuilco. En: Lerner S, (Ed.). Varones, sexualidad y reproducción. México: El Colegio de México. p 223-244.
- Coleman D. 1998. Tendencias de la fecundidad masculina en los países industrializados: Teorías en busca de alguna evidencia. En: Lerner S, (Ed.). Varones, sexualidad y reproducción. México: El Colegio de México.
- Córdova J, Hernández M, Molinar J, Yunes L. M y Uribe P. 2007a. Programa de Acción: Planificación familiar y anticoncepción. En: Salud Sd. México, D.F.: Secretaría de Salud.
- Córdova J, Molinar J y Yunes M. 2007b. Programa Nacional de Salud 2007-2012. Por un México sano: construyendo alianzas para una mejor salud. En: Salud Sd. México, D.F.: Secretaría de Salud.
- Chapais B. 2008. Primeval kinship. Massachusetts: Harvard University Press.
- Charnov E. 2001. Reproductive efficiencies in the evolution of life histories. Evolutionary Ecology Research 3(7):873-876.
- Daniels C. 1997. Between fathers and fetuses: the social construction of male reproduction and the politics of fetal harm. Signs: Journal of Women in Culture and Society 22(3):579-616.
- Daniels C. 2006. Exposing men. New York: Oxford University Press.
- Darwin C. 1880. El origen del hombre. Barcelona: Trilla y Serra Editores.
- Darwin C. 1981. El origen de las especies. México: CONACYT.
- Davis K y Blake J. 1956. Social structure and fertility: an analytic framework. Economic Development and Cultural Change IV(3):211-235.
- de Barbieri T. 1985. Las mujeres, menos madres. Control de la natalidad: ¿Control de la Mujer? Nueva Sociedad 75(1):105-113.
- de Keijzer B. 2003. Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina. En: Cáceres C, Cueto M, and Ramos M, Vallena, S, (Eds.). La salud como derecho ciudadano Perspectivas y propuestas desde América Latina Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- Drenth J. 2005. The origin of the world: Science and fiction of the vagina. London: Reaktion Books.
- Ellison P. 2001. Introduction: Ecology, reproduction, and human evolution. En: Peter E, (Ed.). Reproductive ecology and human evolution. New York: Aldine de Gruyter. p 1-11.
- Ellison P. 2006. En tierra fértil: Historia natural de la reproducción humana. México: Fondo de Cultura Económica.
- Estrada F, Hernández C, Walker D, Campero L, Hernández B y Maternowska C. 2008. Uso de servicios de planificación familiar de la Secretaría de Salud,

- poder de decisión de la mujer y apoyo de la pareja. *Salud Pública de México* 50(6):472-481.
- Fausto A. 2000. *Sexing the body*. New York: Basic Books.
- Ferlin A, Arredi B y Foresta C. 2006. Genetic causes of male infertility. *Reproductive Toxicology* 22:133-141.
- Figuroa J. 1998a. Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva. *Cadernos de Saúde Pública* 14(Supl. 1):87-96.
- Figuroa J. 1998b. Fecundidad en el ciclo de vida masculina: apuntes sobre algunos temas para discusión. En: Lerner S, (Ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México: El Colegio de México - Sociedad Mexicana de Demografía.
- Figuroa J. 1998c. La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones. En: Lerner S, (Ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México: El Colegio de México - Sociedad Mexicana de Demografía. p 163-189.
- Figuroa J. 2001. Varones, reproducción y derechos ¿podemos combinar estos términos? *Desacatos* 6(1):149-164.
- Figuroa J. 2012. *Comunicación personal*. México.
- Figuroa J y Rojas O. 2000. La presencia de los varones dentro de los procesos reproductivos. En: Schmuckler B, (Ed.). *Políticas públicas, equidad de género y democratización familiar*. México: Instituto Mora. p 42-56.
- Figuroa J y Sánchez V. 2000. La presencia de los varones en el discurso y en la práctica del aborto. *Papeles de Población* 25(6):59-82.
- Foucault M. 2011. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Frenk J, Ruelas E, Tapia R, Roberto C y de León-May M. 2001. Programa de Acción: Salud reproductiva. México, D.F.: Secretaría de Salud.
- Frisancho R. 1978. Nutritional influences on human growth maturation. *Yearbook of Physical Anthropology* 21:174-191.
- Frisch R y Revelle R. 1970. Height and weight at menarche and a hypothesis of critical body weights and adolescent events. *Science* 169(3943):397-399.
- García A. 2005. *La conjura de los machos: una visión evolucionista de la sexualidad humana*. Barcelona: Tusquets Editores.
- García I y Nader F. 2009. Estereotipos masculinos en la relación de pareja. *Enseñanza e investigación en psicología* 14(1):37-45.
- Garfield C y Chung P. 2006. A qualitative study of early differences in fathers' expectations of their child care responsibilities. *Ambulatory Pediatrics* 6(4):215-220.
- Gettler L, McDade T, Feranil A y Kuzawa C. 2012. Prolactin, fatherhood, and reproductive behavior in human males. *American Journal of Physical Anthropology* 148(3):362-370.
- Gladstone E. 1933. Johan Sigismund Elsholtz. *Clysmatica nova* (1665): Elsholtz' neglected work on intravenous injection Part I. *California and Western Medicine* 38(6):432-434.
- Goodwin C. 2000. Action and embodiment within situated human interaction. *Journal of Pragmatics* 32(10):1489-1522.

- Gray P y Anderson K. 2010. *Fatherhood: Evolution and human paternal behavior*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Gutmann M. 1998. Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *Revista de Estudios de Género La Ventana*(8):47-99.
- Gutmann M. 2006. Códices somáticos y disfraces masculinos o ¿a quién le dan pan que llore? En: Muñiz E, (Ed.). *Registros Corporales*. México: UAM-A.
- Gutmann M. 2007. *Fixing men*. Los Angeles: University of California Press.
- Guyer J. 1998. Las tradiciones en el estudio de la paternidad en la antropología social. En: Lerner S, (Ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. Mexico: El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía.
- Hall W. 2010. *The biology, physiology and sociology of reproduction: also sexual hygiene, with special reference to the male*: Nabu Press.
- Harris M. 1989. *Nuestra especie*. Madrid: Alianza editorial. 137-140 p.
- Hawkes K, O'Connell J, Blurton N, Alvarez H y Charnov E. 1998. Grandmothering, menopause, and the evolution of human life histories. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 95(3):1336-1339.
- Hernández F y Mundo P. 2010. Estudio de crecimiento fetal y su relación con las condiciones de vida maternas perigestacionales [Tesis de Licenciatura en Antropología Física]. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Hewlett B. 1991. *Intimate fathers: The nature and context of Aka Pygmy paternal infant care*. Michigan: The University of Michigan Press.
- Hewlett B. 1992. Husband-wife reciprocity and the father-infant relationship among Aka Pygmies. En: Hewlett B, (Ed.). *Father-child relation: Cultural and biosocial contexts*. New York: Aldine de Gruyter.
- Hill K, Barton M y Hurtado M. 2009. The emergence of human uniqueness: characters underlying behavioral modernity. *Evolutionary Anthropology* 18(5):187-200.
- Hofman M. 1993. Encephalization and the evolution of longevity in mammals. *Journal of Evolutionary Biology* 6(2):209-227.
- Holman D y Wood J. 2001. Pregnancy loss and fecundability in women. En: Ellison P, (Ed.). *Reproductive ecology and human evolution*. New York: Aldine de Gruyter.
- Howell N. 2010. *Life histories of the Dobe !Kung*. Los Angeles: University of California Press.
- Hurtado M y Hill K. 1990. Seasonality in a foraging society: variation in diet, work effort, fertility, and sexual division of labor among the Hiwi of Venezuela. *Journal of Anthropological Research* 46(3):293-346.
- Jacob F. 1970. *La lógica de lo viviente: una historia de la herencia*. Barcelona: Editorial Laia.
- Jasienska G. 2001. Why energy expenditure causes reproductive suppression in women, and evolutionary and bioenergetic perspective. En: Ellison P, (Ed.). *Reproductive ecology and human evolution*. New York: Aldine de Gruyter. p 59-84.
- Jasienska G. 2009. Reproduction and lifespan: Trade-offs, overall energy budgets, intergenerational costs, and costs neglected by research. *American Journal of Human Biology* 21(4):524-532.

- Joffe M. 2011. Genetic damage and male reproduction. En: Mascie-Taylor N, and Lyliane R, (Eds.). *Reproduction and adaptation: Topics in human reproductive ecology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Johnson M. 2007. *The meaning of the body*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kaplan H. 1996. A theory of fertility and parental investment in traditional and modern human societies. *Yearbook of Physical Anthropology* 39:91-135.
- Kaplan H y Gangestad S. 2004. Life history theory and evolutionary psychology. Recuperado el 09-10-2011. [http://www.unm.edu/~hkaplan/KaplanGangestad\\_2004\\_LHT+EP.pdf](http://www.unm.edu/~hkaplan/KaplanGangestad_2004_LHT+EP.pdf)
- Kaplan H, Hill K, Hurtado M y Lancaster J. 2001. The embodied capital theory of human evolution. En: Peter E, (Ed.). *Reproductive ecology and human evolution*. New York: Aldine de Gruyter.
- Kaplan H, Hill K, Lancaster J y Hurtado M. 2000. A theory of human life history evolution: Diet, intelligence, and longevity. *Evolutionary Anthropology* 9(4):156-185.
- King M y Pattison P. 1991. Homosexuality and parenthood. *British Medical Journal* 303(6797):295-297.
- Konner M. 2010. *The evolution of childhood: relationships, emotion, mind*. Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Krausz C. 2011. Male infertility: pathogenesis and clinical diagnosis. *Best Practice & Research Clinical Endocrinology & Metabolism* 25(2):271-285.
- Lamas M. 1996. Introducción. En: Lamas M, (Ed.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM-PUEG-Miguel Angel Porrua.
- Langdon J. 2005. *The human strategy: an evolutionary perspective on human anatomy*. New York: Oxford University Press.
- Langman S. 2008. *Embriología médica con orientación clínica*. Chile: Editorial Médica Panamericana.
- Laqueur T. 1994. *La construcción del sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer.
- Lauretis Td. 1991. La tecnología del género. En: Ramos C, (Ed.). *El género en perspectiva*. México: UAM-I. p 231-277.
- Leakey R. 1981. Introducción En: CONACYT, (Ed.). *El origen de las especies*. México: CONACYT.
- Lejarraga H. 2011. (Sept.). La complejidad del crecimiento. Conferencia presentada en: XII International Congress of Auxology. Ciudad de México
- Lerner S. 1998. Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación. En: Lerner S, (Ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México: Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía.
- List M. 2005. Hombres: cuerpo, género y sexualidad. *Cuicuilco* 12(33):173-202.
- Litton G y Bruce C. 2001. Conditional fatherhood: Identity theory and parental investment. Theory as alternative sources of explanation of fathering. *Journal of Marriage and Family* 63(2):394-493.
- Lopez A y Zahidi S. 2005. Women's empowerment: Measuring the global gender gap. Colony: World Economic Forum.
- Lovejoy CO. 2005. The natural history of human gait and posture Part 1. Spine and pelvis. *Gait and Posture* 21(1):95-112.

- Maccoby E y Jacklin C. 1974. *The psychology of sex differences*. California: Stanford University Press.
- Marquez B. 2010. Discurso experto y acción social: la construcción de la homoparentalidad como asunto político. *Documentos de trabajo social*(48):158-181.
- Maurer T, Pleck J y Rane T. 2001. Parental identity and reflected-appraisals: measurement and gender dynamics. *Journal of Marriage and Family* 63(2):309-321.
- Meler I. 2000. Los padres. En: Burin M, and Meler I, (Eds.). *Varones*. Primera ed. México: Paidós. p 255-287.
- Mena P y Rojas O. 2010. Padres solteros de la Ciudad de México. Un estudio de género. *Papeles de Población* 16(66):41-74.
- Menken J, Trussell J y Ulla L. 1986. Age and infertility. *Science* 233(4771):1389-1394.
- Montagu A. 1955. Time, morphology, and neoteny in the evolution of man. *American Anthropologist* 57(1):13-27.
- Montagu A. 1961. Neonatal and infant immaturity in man. *The Journal of the American Medical Association* 178(1):56-57.
- Montesinos R. 2002. *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. México: Gedisa.
- Moore K y Persaud V. 2008. *Embriología clínica*. Barcelona: Elsevier España.
- Mostafa T. 2010. Cigarette smoking and male infertility. *Journal of Advanced Research* 1(3):179-186.
- Muñiz E. 1995. Las relaciones entre los géneros: Un motivo de estado. Los años veinte en México. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Muñiz E. 1999. *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional (1920-1935)*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Muñiz E. 2002. La antropología feminista en México. *Memoria*(155):5-9.
- Muñiz E. 2008. La historia cultural del cuerpo humano. En: Muñiz E, (Ed.). *Registros corporales*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.
- Nicholson L. 2003. La interpretación del concepto de género. En: Tubert S, (Ed.). *Del sexo al género Los equívocos de un concepto*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Nudler A y Romaniuk S. 2005. Prácticas y subjetividades parentales: Transformaciones e inercias. *Revista de Estudios de Género La Ventana*(022):269-285.
- Núñez F. 2006. Los "fraudes" conyugales: una preocupación decimonónica. En: Muñiz E, (Ed.). *Registros corporales*. México: UAM-A. p 113-143.
- OPS. s/f. El estudio de masculinidad, género y salud. Recuperado el 26-3-2011. [www.paho.org/spanish/dbi/po04/PO04\\_body.pdf](http://www.paho.org/spanish/dbi/po04/PO04_body.pdf)
- Ortega J. 1986. *Ideas y creencias y otros ensayos de filosofía*. España: Alianza Editorial.
- Ortner S y Whitehead. 1996. Indagaciones acerca de los significados sexuales. En: Lamas M, (Ed.). *El género: la construcción cultural de la diferencia*

- sexual. México: Programa Universitario de Estudios de Género (U.N.A.M.) - Miguel Angel Porrua Grupo Editorial.
- Peñuela M. 2008. Una visión humanista sobre el campo de la salud. Retos y redes 1:13-18.
- Porta J. s/f. Cineantropometría: Historia, presente y futuro. Motricidad Humana. Recuperado el 19-09-2010. [http://www.motricidadhumana.com/Historia\\_de\\_la\\_Cineantropometria\\_Jordi\\_Porta.pdf](http://www.motricidadhumana.com/Historia_de_la_Cineantropometria_Jordi_Porta.pdf)
- PRSM. 1957. Soranu's Gynecology. Proceedings of the Royal Society of Medicine 50(1):56.
- Reed R. 2005. Birthing fathers: the transformation of men in american rites of birth. New Jersey: Rutgers University Press.
- Reiches M, Ellison P, Lipson S, Sharrock K, Gardiner E y Laura D. 2009. Pooled energy budget and human life history. American Journal of Human Biology 21(4):421-429.
- Ribeiro M. 2004. Relaciones de género: Equilibrio entre las responsabilidades familiares y profesionales. Papeles de Población(039):219-237.
- Risman B. 2004. Gender as a social structure: theory wrestling with activism. Gender and Society 18(4):429-450.
- Rousselle A. 1989. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial: Del siglo II al siglo IV de la era cristiana. Barcelona: Ediciones Península.
- Rubin G. 1996. El tráfico de mujeres. En: Lamas M, (Ed.). El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual. México UNAM-PUEG-Miguel Angel Porrua.
- Sayer L, Bianchi S y Robinson J. 2004. Are parents investing less in children? trends in mothers' and fathers' time with children. American Journal of Sociology 110(1):1-43.
- Schmukler B. 2001. La socialización de los niños y las relaciones de género en la familia. En: Figueroa J, (Ed.). Elementos para un análisis ético de la reproducción. México: Programa Universitario de Investigación en Salud- Programa Universitario de Estudios de Género-Miguel Angel Porrua.
- Seward R y Richter R. 2008. International research on fathering: an expanding horizon. Fathering 6(2):87-91.
- Shallins M. 2011. La ilusión occidental de la naturaleza humana. México: Fondo de Cultura Económica.
- Short R. 1976. The evolution of human reproduction. Proceedings of the Royal Society of London B series 195:3-24.
- Smith E, Borgerhoff M y Hill K. 2001. Controversies in the evolutionary social sciences: a guide for the perplexed. Trends in Ecology and Evolution 16(3):128-135.
- Stearns S. 1976. Life-history tactics: A review of the ideas. The Quarterly Review of Biology 51(1):3-47.
- Stearns S. 1977. The evolution of life-history traits: A critique of the theory and a review of the data. Annual Reviews of Ecology, Evolution and Systematics 8:145-171.

- Stern C y Yanes M. 2001. Introducción. En: Sterns C, and Figueroa J, (Eds.). Sexualidad y salud reproductiva Avances y retos para la investigación. México: El Colegio de México.
- Stets J y Burke P. 2000. Identity theory and social identity theory. *Social Psychology Quarterly* 63(3):224-237.
- Szasz I. 1998. Masculine identity and the meanings of sexuality: a Review of research in México. *Reproductive Health Matters* 6(12):97-104.
- Szasz I. 2010. El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades. Recuperado el 23-09-2010. [www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/1.pdf](http://www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/1.pdf)
- Tanner J. 1981. A history of the study of human growth. New York: Cambridge University Press.
- Torres L, Garrido A, Reyes A y Ortega P. 2008. Responsabilidades en la crianza de los hijos. *Enseñanza e investigación en psicología* 13(1):77-89.
- Tortora G y Grabowski S. 2002. Principios de anatomía y fisiología México: Oxford University Press Mexico.
- Tovar Y. 2005. Familias queer en la sociedad de la ciudad de México. Construcción de espacios público-privados. México: UNAM. 171 p.
- Trivers R. 1972. Parental investment and sexual selection. En: Campbell C, (Ed.). *Sexual selection and the descent of man*. Chicago: Aldine. p 136-179.
- Vera L. 1998. Historia de la sexualidad. *Revista Biomédica* 9(2):116-121.
- Vigarello G. 2006. Lo sano y lo malsano: historia de las prácticas de la salud desde la Edad Media hasta nuestros días. Madrid: Abda Editores.
- Viveros E. 2010. Roles, patriarcado y dinámica interna familiar: reflexiones útiles para Latinoamérica. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte* 31:388-406.
- Wittig M. 1992. El pensamiento heterosexual. En: Wittig M, (Ed.). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.
- Wood J. 1994. Dynamics of human reproduction: biology, biometry, demography. New York: Aldine de Gruyter.
- Xirau R. 2010. Introducción a la historia de la filosofía. México: UNAM.
- Yalom M. 2003. Historia de la esposa. Barcelona: Salamandra.
- Zapata B. 2009. Homoparentalidad en Colombia: Trazas iniciales de una investigación en curso. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia* 1:140-162.
- Zeveloff S y Boyce M. 1982. Why human neonates are so altricial. *The American Naturalist* 120(4):537-542.

## **7.- ANEXO 1.**

### Guía de entrevista

Hola mi nombre es Said Hernández, soy estudiante del Posgrado en Antropología Física de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Este es un estudio sobre los hombres que son padres y me interesa todo lo que tenga que decir sobre su experiencia como padre, cuando empezó, cómo fue, etc. También quisiera que me platicara un poco como era su situación antes de ser padre, tanto de manera individual como en su vida de pareja.

Tengo algunas preguntas y sé que usted tiene mucho que platicar, así que más que una entrevista me gustaría que se sintiera en confianza para platicar con toda libertad, también siéntase en libertad de no hablar si yo menciono algo que lo incomoda, solo dígamelo y seguiremos adelante sin ningún problema.

Quisiera su permiso para grabar esta conversación y que no tenga que escribir muchas notas para que pueda concentrarme en todo lo que usted tiene que decir, si en algún momento quiere que deje de grabar algo, sólo dígamelo. Nadie va a escuchar esta plática excepto yo y la persona que me ayuda a transcribirla. Al escribir la conversación, se eliminarán todos los datos que puedan identificarlo, por lo que nadie va a saber quien es, pero muchos pueden saber que es lo que tiene que decir, que piensa y que siente.

¿Está bien si enciendo la grabadora en este momento?

La grabadora ya está grabando

¿Tiene alguna pregunta?

## 1.- INFORMACIÓN GENERAL

Bien comencemos con usted.

¿Cuáles son sus datos generales?

¿Cuántos hermanos tuvo?

¿Hasta qué edad vivió con sus padres?

¿Por qué se salió de casa?

## 2.-EXPERIENCIAS TEMPRANAS

Platíqueme un poco de su papá, ¿Cómo era el?

¿Cómo se llevaba con el?

¿Qué le gustaba hacer con el?

¿Cuál es un recuerdo que tenga de el?

¿Cómo fue su infancia?

## 3.- HISTORIA SEXUAL Y PATERNAL

Cuénteme por favor ¿A que edad comenzó a tener relaciones sexuales?

¿Se lo comentó a su papá o a alguien en su familia?

¿A alguien fuera de su familia? ¿Por qué?

¿Cuántos años tenía la primera vez que fue papá?

Platíqueme un poco más sobre su hijo o sus hijos en caso de que tenga (o haya tenido) más de uno (edad de cada hijo, apellidos maternos de cada uno, quien es su madre, donde viven).

¿Usted platicó con la mamá (mamas) de su hijo (hijos), antes del embarazo sobre cuando tener un hijo? Cuénteme un poco más de eso.

Hay quienes planean el embarazo con meses de anticipación, hay quienes dicen que fue un accidente, otros dicen que es algo intermedio ¿Usted cómo describiría el embarazo? ¿Por qué?

Si le hiciera la misma pregunta a la mamá ¿Qué cree usted que respondería?

¿Recuerda que sintió la primera vez que se entero que era papá?

¿Quién le dijo?

¿Cómo se enteró?

Cuénteme ¿Qué hizo después?

¿Le contó a alguien?

¿Qué le dijo esa persona?

¿Cómo se sintió con lo que le dijo?

¿Usted que cree que sintió su pareja cuando supo que estaba embarazada?

#### 4.- HISTORIA Y VALORACIÓN DE LA EXPERIENCIA PARENTAL Y DE PAREJA

Platíqueme si usted convivió con la madre durante el embarazo ¿Cómo fue?

¿Qué pensaba del embarazo?

Hábleme un poco más de ¿Que sentía? ¿Qué le preocupaba?

¿Qué le platicaba la mamá?

¿Que era lo que usted hacia durante el embarazo de su esposa?

¿Para que lo hacía?

¿Usted le hablaba al “bebe”?

¿Qué sentía?

¿Sintió los movimientos del bebé?

¿Cómo se sentía?

¿En que parte del cuerpo (del padre) lo sentía?

Hábleme un poco de los síntomas de su esposa, ¿Cómo le fue con los antojos?

En algún momento usted sintió algún síntoma parecido a los de las mujeres

¿Cómo se sintió?

¿Fue agradable?

¿Le platicó eso a alguien?

¿Y que le dijeron a usted?

¿Y como se sintió después?

¿Conoce a algún otro hombre que haya sentido lo mismo o algo parecido?

¿En que momento supo que era papa?

Del 1 al 10, siendo 10 lo más alto, que tan de cerca vivió el embarazo. Que cree que le faltó hacer. Que cree que diría su esposa sobre eso

Platíqueme como era su vida antes de ser papa.

En que cambio su vida al tener un hijo.

¿Cómo sería su vida hoy si no tuviera hijo-hijos?

¿Qué es lo más fácil de ser papá? ¿Por qué?

¿Y lo más difícil?

Del 1 al 10 que tan importante es la mamá para la crianza de los hijos

Del 1 al 10 que tan importante es el papá en la crianza. ¿Por qué la diferencia?

Además de embarazarse, ¿qué otras cosas hacen las mamás que los papás no pueden hacer?

¿Y qué pueden hacer los papás que las mamás no puedan?

Si su hijo le preguntara que es ser padre ¿Qué le diría?

¿Qué cree usted que le ha hecho falta hacer como padre?